

SERVICIO SECRETO

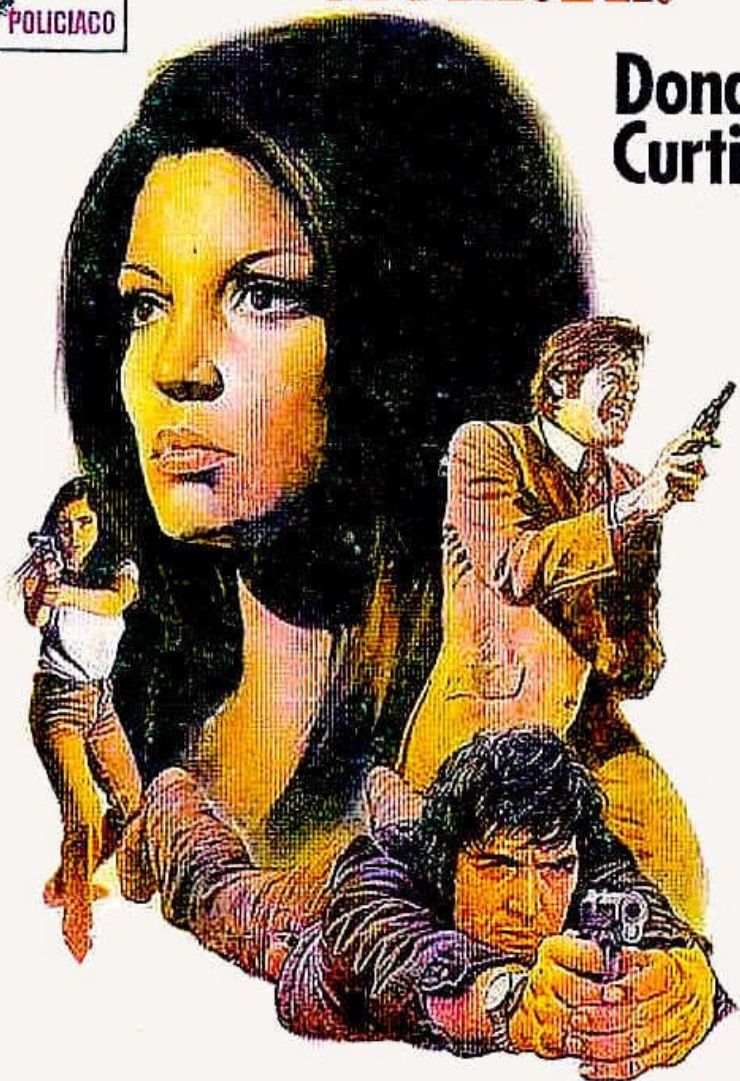
**BRU
GÜE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIAO

¡BESAME, MUERTE!

**Donald
Curtis**



Tenía las manos rígidas, agarrotadas, colgando por los lados del lecho, como si hubiera querido asirse a las dos pequeñas alfombras. Shelby entró en la habitación lentamente, en un estupor silencioso y aturdido, hasta inclinarse y rozar con sus dedos las manos del infeliz. Estaban aún calientes, sin el «*rigor mortis*» de un cuerpo que lleve varias horas carente de vida.

Se irguió, pensativo, volviéndose hacia la ventana entreabierta del dormitorio. Entonces la vio a ella. Era la rubia del cuadro de los velos, y si llevaba algo encima de la parte del cuerpo que se veía sobre el alféizar de la ventana, no era mucho más espeso que el velo del cuadro.

Estaba allí, mirándole con ojos de profundo terror, como si colgara del vacío, junto a la fachada del edificio, asomándose entre las cortinillas aguadas por el frío aire matinal.



Donald Curtis

¡Bésame, muerte!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1787

ePub r1.0

Lds 12.02.18

Título original: *¡Bésame, muerte!*

Donald Curtis, 1958

Ilustraciones: Antonio Bernal

Colección SERVICIO SECRETO n.º 392. Bruguera – 1958

Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO n.º 75. Bruguera – 1964

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1787. Bruguera – 1985

Colección PUNTO ROJO n.º 17. Ediciones B

ePub modelo

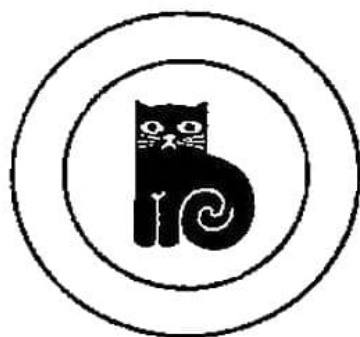
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El golpe pareció llegar al fondo de la tierra, lo levantó en el aire, y pudo distinguir, entre brumas blancuzcas, la amorfa masa de rostros, sin compasión, cercando el maldito rectángulo donde iba a morir.

Porque Shelby Lane sabía que aquello era el fin. El fin de su carrera, el fin de sus aspiraciones, el remate que le apartaba definitivamente del sueño dorado del Madison Square Garden y de todo lo demás.

Shelby Lane estaba seguro de esto, allá en el fondo de su mente, mientras aterrizaba sobre la lona, implacablemente batida por la cruda luz blanca de los focos suspendidos encima de ellos. Encima de Lou «Killer» Smoothy y de él.

Tuvo noción de que alguien contaba junto a él, monótonamente, desapasionado de la tragedia:

—... dos..., tres..., cuatro...

Pudo ponerse de rodillas, y la cuenta seguía, siniestramente machacona, implacable:

—... cinco..., seis..., siete...

A la cuenta de siete pudo ponerse en pie. ¿Para qué? Sí, eso pensó, allá en aquel rincón lúcido de su pobre mente atrofiada a puñetazos. Puñetazos con guantes de sólido cuero, azotando su rostro, su pecho y su hígado... En el acto de erguirse, tambaleante, sobre el rugido de fondo de una multitud tan carente de emociones humanas como una manada de tigres hambrientos, Shelby Lane recibió una lluvia de impactos brutales sobre el castigado hígado.

Tosió, jadeante, con el sabor acre de la sangre entre los labios. Se pegó infantilmente al cuerpo sudoroso, joven y acerado de su adversario. «Killer» Smoothy le machacó, despiadado. ¿Quién podía

esperar piedad en un rectángulo limitado por doce cuerdas?

Recibió otro mazazo bestial en las cejas. Una de ellas se quebró como si fuera de cristal. Resbaló por el rostro tumefacto algo que dio gusto salobre a la boca hinchada del campeón.

¡El campeón! Shelby se hubiera reído de sí mismo y de sus sueños de gloria sobre los *rings* de la nación, de haber podido abrir la boca lo suficiente para ello, lo único que logró fue boquear en busca de aire. Y cuando un terrible puño enfundado en cuero venía hacia él y lograba eludirlo, en un milagro de supervivencia, sonó el gong salvador.

Había terminado el sexto asalto. Pero ¿qué importaba eso? Caería en el siguiente... o en el otro... El final para él sólo podía ya ser uno. Regresó a su rincón ayudado por Happy Winslow y los demás muchachos. Sintió el agua correr por su rostro empapado de sudor y sangre. Le dolían los ojos, más por la luz que por el efecto de los golpes. Su dolor era más moral que físico, a pesar de la tremenda paliza recibida.

—¡No puedes continuar este combate, Shelby! —le voceó al oído Happy, entre masaje y masaje.

—Claro que puedo. Llegaré hasta el mismo infierno, Happy. ¿Crees que sería digno de un campeón caer sin pena ni gloria, tirando la toalla? No daré ese gusto a «Killer»...

—¡Pero, Shelby! —gimió Winslow, su «manager» de tantos años, implorante casi.

—No hay pero que valga, Happy —cortó él, hablando entre sus dientes doloridos—. Y luego, ya hablaremos tú y yo. No me has cuidado bien. Me noto pesado, inseguro, falto de agilidad y de cerebro claro para cortar las alas a ese joven cachorro ambicioso...

—¡Shelby! —suplicó Winslow, metiendo en la boca de su pupilo el trozo de goma protector—. Yo no sé...

«¡Gong!».

Estalló de nuevo el griterío. Shelby irguió sus seis pies y pico de estatura sobre la lona. Miró casi despectivo al público, a su público. ¿Aquéllos eran los que le alentaron al subir meteóricamente? Parecía imposible. Pero eran así todos ellos. Meros rostros blancos, perdidos en la sombra del estadio, al otro lado del cono de luz cegadora... Gente ansiosa de emociones. Había que dar carne a la fiera... ¡Y la tendrían aquella noche!

Avanzó, tratando de despejar su atrofiado cerebro, procurando huir de la laxitud y falta de reflejos de sus músculos. Nada. Se encontró de repente con los dos sólidos puños de Smoothy, en sucesión continua. Cayó de rodillas en la lona. Y saltó de nuevo en pie al empezar la cuenta. Su contrincante le envió ahora de un doble impacto contra las cuerdas, allí, acorralado, se sintió machacado materialmente, sin tiempo ni espacio para revolverse.

De pronto, Smoothy abandonó su guardia, confiándose en la derrota inapelable. Shelby disparó hacia arriba su puño. El gancho alcanzó en la mandíbula al joven pugilista, que retrocedió, aturdido, con un rugido de fiera herida. Shelby, encorajinado, viendo rojo ante sí, aprovechó la momentánea debilidad del enemigo. Su experiencia dominó el coraje del joven «Killer». Dio tres pasos hacia él, cerrando su guardia, manteniéndose en pie a duras penas, y le hundió la izquierda en el hígado. Lívido, el rival se dobló. Shelby disparó la derecha al mentón, haciendo trastrabillar a Lou «Killer», al borde del K. O.

Preparó el fulminante que enviaría indefectiblemente contra la lona al joven y ambicioso «Killer» Smoothy. Nunca como en aquel momento, Shelby defendió su dignidad de campeón, ante un público vociferante, en una pequeña localidad cerca de San Diego, como un principiante cualquiera que aspirase al Guante de Oro. Y eran tantas ilusiones aun las que iban en aquel golpe de gracia a su peligroso rival, acorralado ahora contra las cuerdas...

Entonces vio caer la toalla. Describió un círculo en el aire antes de chocar sin ruido, blandamente, contra el suelo del «ring». Y la había tirado su propio «manager», no el de Lou.

Por increíble que pareciese, el propio Winslow había arrojado la toalla. El abandono de su pupilo por inferioridad en el combate. ¡Inferioridad! Vio a Lou alzar los brazos, semisonriente, ante la derrota de su enemigo. Los ojos fulgurantes de Shelby miraron a su propio rincón. Winslow no le miraba. Tenía inclinada la cabeza, y así acogía las ruidosas protestas del sector del público situado en su lado.

—¡No abandono! —gritó Shelby—. ¡No puedo abandonar! ¡No abandonaría nunca..., nunca!

Pero, naturalmente, nadie le oía. El marmagnum era demasiado ensordecedor para que su voz sirviera de algo. Vio a Lou «Killer»

con un puño alzado en vilo por el árbitro de la contienda, marcando el final de ésta. Vio todo rojo, a pesar de su habitual sangre fría. Ésta parecía haberse quedado ahora fuera del «ring».

Embistió al árbitro y a Lou, asestó un directo al rostro jubiloso del joven aspirante.

Cortó las protestas del director de la contienda, mientras Lou se retorció, defendiéndose sin atacar, asestándole un violento mazazo al vientre, que le dobló por completo, haciéndole chocar con las cuerdas. Finalmente, el árbitro rodó por tierra, ante un clamor salvaje y desorbitado de los espectadores, que siempre gustaban de los desenlaces violentos.

Lo que siguió después fue un poco borroso. También lo era el resto de los acontecimientos de aquella noche, en la mente de Shelby Lane. Para él, las cosas anormales y extrañas habían empezado con la caída de una toalla a un cuadrilátero de boxeo. Pero eso, ni siquiera él mismo lo sabía aún...

Fue sacado del cerco de cuerdas por varios agentes uniformados, entre un revuelo impresionante, disparo de placas, vocerío y protestas, que nadie sabía a quién iban dirigidas. ¿Quién puede entender a un público numeroso y exaltado en tales momentos?

Empezó a recuperar la noción exacta de las cosas en el vestuario situado al final del largo y húmedo túnel que conducía a las dependencias del Estadio. Shelby se vio tendido en la mesa de masajes por sus cuidadores, entre los que buscaba frenéticamente el rostro de Winslow, sin hallarlo. Sus protestas y accesos de ira eran cortados suavemente por los policías y los cuidadores, que le aconsejaban serenidad.

—¡No podía abandonar! —gritaba Shelby, excitado—. ¡Yo no pedí a Winslow que tirase aquella toalla! ¡No podía hacerlo, él sabía que yo tenía ganado el combate!

—Por favor, no haga eso —le suplicó su cuidador negro, el bueno de Fred Ascott—. Le perjudicará esa postura ante las autoridades, señor Lane. Yo tampoco lo entiendo, pero el señor Winslow sabrá...

Shelby iba a seguir gritando, cuando vio entrar al empresario de la pelea, un tal Milko Werner, pegajoso y afable hasta la exageración. Su rostro afilado y amarillento venía rojo de satisfacción.

—¡Magnífico, muchacho! —voceó, entusiasmado—. ¡Una postura muy acertada de su cuidador! ¡No me gusta ver una matanza sobre el «ring», y estaba probado que usted no aguantaba ya ni medio «round»! De no hacerlo él, yo le hubiese advertido que tirara la toalla. Una cosa es que a la empresa le agrade que su público se divierta y otra ver destrozarse a todo un Shelby Lane, un excampeón de tal gloria...

¡Excampeón! Las lágrimas pugnaron por acudir a los ojos de Shelby. Eso era lo peor que podían decirle a un hombre como él, a un boxeador cualquiera. Era el epitafio sobre la tumba. Pero era algo más ahora: la indigna complicidad, inexplicable por otro lado, con aquel absurdo desenlace.

Shelby saltó de la mesa de masajes como un cohete sin que los esfuerzos de Ascott y los demás por sostenerle fueran útiles, aferró por las solapas del reluciente «smoking» al huesudo empresario de la pelea, y gritó, con alaridos que llegaron al corredor de los vestuarios, provocando nueva alarma:

—¡No estaba derrotado, y mucho menos destrozado por ese héroe de pacotilla que ustedes me enfrentaron en el ring! ¡Lou Smoothy no podría pegarme ni en la nariz, estando yo en condiciones normales! ¿Quiere que le diga una cosa? ¡Mi «manager» ha hecho la peor canallada del mundo, y usted es tan culpable como él en este complot!

—¿Se ha vuelto loco? —Los ojos diamantinos de Werner relucían de ira—. ¡Suélteme, si aun le queda sentido común en su dura cabezota! ¡Peste! Todos los mastodontes son iguales... Materia en bruto, sin una pizca de seso dentro..., acusando a otros de sus fallos.

Era más de lo que Shelby, de lo que cualquier hombre podía aguantar. Miró a aquélla sanguijuela que vivía de los hombres a quienes estaba despreciando tan cobardemente. Volvió a ver rojo, como en el «ring». Y le machacó la cara.

Sus dos puños subieron fulminantes al rostro huesudo, haciéndole crujir bajo los impactos. Ni Ascott, ni nadie, pudo evitarlo. Cuando le sujetaron los musculosos y tensos brazos, el empresario tenía la nariz convertida en algo sangrante y feo, mientras chillaba como un cerdo a medio degollar.

—¡Asesino! —aullaba, poco después, saliendo del vestuario entre

dos hombres que le sostenían a duras penas—. ¡Esto le costará la licencia, le valdrá meses de cárcel y morirse de hambre por los parques y las calles! ¡Nunca volverá a boxear, nunca!

Shelby estaba satisfecho a medias. Lo suficiente para serenarse un poco. Rechazó con un gesto los intentos de auxilio por parte de sus otros dos cuidadores, y miró larga y pensativamente sus manos. Grandes, recias, musculosas. Capaces de hacer daño, aun sin el peso de los guantes. Lentamente, alzó los ojos hasta el rostro de ébano, bonachón y dulce, de Ascott, su cuidador.

—Tenías razón, Fred —murmuró, más tranquilo—. Me perjudicará mucho... Mucho más de lo que yo creía... Posiblemente, ésta sea mi última pelea. Si ese coyote recurre a la ley, me despojarán de la licencia. Un hermoso final para Shelby Lane, excampeón, exboxeador y es luminaria de los estadios deportivos del Oeste de los Estados Unidos.

Se echó a reír, histéricamente, mientras cedía con docilidad a las indicaciones de Ascott y se tenía para ser masajeado suavemente. El negro le miró, preocupado.

—Tiene gracia, Fred —siguió Shelby—. Una vez estuve a punto de disputarle el título mundial a Ezzard Charles, en el Madison de Nueva York... No llegué a ello, claro. Me tumbó un chico de tu mismo color, en Alabama. Hice mal en disputar ese combate, porque dejé de ser el «challenger» oficial para Charles, de ahí bajé varios escalones más. Perdí mi título nacional, después acepté contratos más y más modestos... Nada de esas zarandajas de las películas, ¿sabes? Eso de que uno haya matado a un hombre o dejado ciego a otro. Me acomplejé por mí mismo, por mi fracaso de Alabama con aquel morenito de dura pegada, que me pescó demasiado endiosado, lleno de alcohol y de noches pasadas en blanco. Eso es malo en un deportista, Ascott. Muy malo. Y lo peor es esto: acabar disputando un combate estúpido en un sitio como Coronado. Hoy me sentía animado... Quería ganar, iniciar mi nueva marcha ascendente... hasta que Winslow me dio aquel maldito sedante nervioso. No sé qué tenía, pero me aturdió, cegó mi mente durante los primeros asaltos.

—Creí que caería usted antes, señor Lane —asintió el morenito, sombrío—. Cuando le vi aguantarlos y recuperarse, como quien sale de la anestesia, me dije que ganaría...

—La anestesia... —Shelby frunció el ceño. Paladeó su saliva. Tenía la boca áspera, correosa. Y la sensación de haber pasado una borrachera de champaña—. La anestesia... Espera, Ascott... Eso, eso que has dicho... —Le apartó con viveza, saltando al vuelo.

Se encaminó al armario donde viera a Winslow guardar el frasco del sedante, poco antes de la pelea, aquello era absurdo, claro. Winslow era su «manager» desde hacía dos años. ¿Por qué iba él a...? Pero también era absurdo el lanzamiento de la toalla, indicando K. O. técnico para su pupilo.

—El frasco del sedante, Ascott —miró al negrito, saliendo con él hacia el «ring». Bueno, no exactamente con él, sino un poco después. ¿Acaso había llevado consigo el frasco?

—El frasco del sedante, Ascott —miró al negrito, intrigado—. ¿Dónde puede estar?

—No sé, señor Lane —respondió Fred, con sinceridad en la voz—. Es raro...

—Sí, muy raro...

En aquel momento aparecieron en la puerta varios hombres de paisano, con dos agentes uniformados. Su expresión no era precisamente amistosa ni cordial. Shelby se encaró con ellos, expectante:

—Señor Lane —dijo uno de ellos, vestido de oscuro—, somos de la Comisión Deportiva de la Ciudad de Coronado. Hemos recibido una grave denuncia por parte del señor Werner y otra del árbitro de su combate, que es posible pesen demasiado sobre su futura carrera.

—¿De veras? —Lane enarcó las cejas. Sabía lo que aquello significaba. Una doble denuncia; un boxeador que golpea a personas fuera del «ring», o a un árbitro después del término del combate. En resumen, la pérdida de la licencia. Y si ésta se hallaba perdida, ¿qué importaba ya nada?—. Pues creo que pronto podrán añadir otra denuncia más: la de mi «manager», Happy Winslow. Hasta que no le parta la crisma, no pararé. ¡Me ha drogado antes de salir al «ring», me dio un narcótico, algo que me aturdió, poniéndome en manos de mi enemigo!

—Esa acusación es muy seria, señor Lane, y espero por su bien que eso pueda ser demostrado. Ésta es una pelea de importancia secundaria, no un combate donde unos apostadores profesionales pudieran haber conspirado contra usted. La bolsa es reducida, las

apuestas casi nulas, y el interés de su «manager», Happy Winslow, persona competente y bien conocida, estaría muy lejos de perjudicarle a usted. Ese cuento no le va a servir de mucho, amiguito, así que invéntese otra historia cuando comparezca en San Francisco ante un tribunal y ante la Federación Pugilística de California.

—¿Por mi licencia acaso? —Shelby rió con acritud, fue a su chaqueta colgada en un perchero, extrajo de ella la cartera y finalmente esgrimió una tarjeta rosada, su documento federativo de boxeador en activo—. ¿Acaso he de defender esto?

—Eso y su libertad civil, señor Lane —añadió gravemente un policía—. Un boxeador profesional no puede utilizar sus puños fuera del «ring». Es un acto criminal, usted lo sabe.

—Claro. Yo sé muchas cosas. —Shelby volvió a reír, ante la mirada redonda y asustada de Fred Ascott, que conocía bien el carácter violento del joven boxeador, cuando se le irritaba—. Y creo que para seguir sabiendo otras, me va a estorbar mucho mi licencia. ¡Ahí tienen, señores, envíenla a San Francisco con mis respetos!

Al tiempo de decirlo, rompió en cuatro pedazos la tarjeta rosada y la arrojó a los pies de los federativos, que le miraron a él, luego a los fragmentos de cartulina, y de nuevo a él por fin. Uno, el del traje oscuro, habló con severidad:

—Usted sabrá lo que hace. Me consta que no es de los que han hecho fortuna con los guantes. No ha sido más que uno del montón, y no demasiado bien administrado. Los hombres como usted, acaban mal. Le sobra genio y le falta calidad de boxeador, Lane.

Terminará por las calles, como tantos otros. Mendigando, incluso.

—¡Fuera! —rugió Lane—. ¡Fuera todos, buitres de mal agüero!

Salieron en silencio los visitantes. Shelby se tomó la cabeza entre las manos, aturdido aún por el cúmulo de sucesos, volvió a las manos de Fred Ascott.

—Será mejor que se vista y se vaya al hotel, señor Lane. No tiene usted el ánimo para seguir metido aquí. Y Dios quiera que todo le salga bien, porque lo veo difícil. No hace usted más que estropear las cosas con cada palabra que dice...

—Sí, Fred, tienes razón. —Lane sonrió tristemente—. Pero hay hombres que no se resignan a ciertas cosas, aun admitiendo que

Happy no me haya narcotizado, hay algo raro en todo esto: ¿por qué, si no, arrojó la toalla? Luego, la desesperación de ese frasco resulta también inexplicable... Espérame un momento, Fred.

Se envolvió en una toalla grande y se dispuso a salir del vestuario. Pero los periodistas formaban corro ante el cuarto del vencido, saliéndose de sus normas. Shelby cerró la puerta, contrariado.

—Los de la Prensa no se mueven de ahí —dijo, ceñudo—. Y yo quería hablar con el hotel. Fred, por favor, ve a telefonar. Pregunta por Winslow. Ha debido de volver allá desde aquí. Estoy seguro...

Fred asintió, saliendo del vestuario. Una vez solo, Shelby se vistió con premura. Se daba vuelta a la corbata para hacer el nudo, cuando regresó Ascott, con expresión perpleja.

—El señor Winslow no ha vuelto aún al hotel, señor —dijo—. Pero ha telefonado para que enviaran sus maletas, que dejó preparadas, al aeropuerto de San Diego.

—¿Eso ha dicho? —Shelby tiró de la corbata con fuerza. El nudo se apretó casi hasta ahogarle. Tomó la americana al vuelo, descolgó luego la gabardina, que echó al brazo, y salió con premura del vestuario, gritando por encima del hombro al masajista:

—¡Espérame en el hotel, Fred! ¡Volveré enseguida!

Se abrió camino entre los reporteros, volviendo la cabeza a cada disparo de «*flash*», y corrió por el lóbrego corredor hacia la salida posterior del estadio. La gente ya se había dispersado en la clara y fresca noche, siéndole relativamente fácil hallar un taxi libre en el que entró apresuradamente, ordenando:

—¡Pronto! ¡Al aeropuerto de San Diego, sin perder momento!

Después, se retrepó en el asiento, con la cabeza sumida en un marasmo de ideas encontradas. Y todas ellas giraban alrededor de la enigmática actitud de su «manager», Happy Winslow, el hombre en quien hasta entonces confiara más en este mundo...

CAPÍTULO II

El aeropuerto distaba pocas millas de Coronado, que en realidad no era sino una especie de arrabal o población anexa a San Diego.

Shelby saltó del coche en cuanto éste se detuvo ante la gran pista de cemento, de la que le separaban las verjas habituales en los aeródromos. El boxeador no pensó en buscar la entrada. Era más expeditivo saltar la valla, y así lo hizo, sin que nadie se le reprochara, por la sencilla razón de que no había ser humano alguno en las cercanías.

Un avión estaba a punto de partir, de una de las pistas de despegue. Los viajeros se encaminaban hacia la mole metálica, cruzando las pistas de cemento. Shelby corrió hacia ellos, escrutando sus facciones. Ninguno de ellos parecía poseer la cuadrada figura rechoncha de su «manager» y, muchísimo menos, su llamativo abrigo a grandes cuadros azules.

Renunció a seguir la búsqueda entre aquellos pasajeros y, dando un rodeo, penetró por las puertas vidrieras a acceso al restaurante del aeropuerto, preguntando a un camarero:

—Oiga, ese avión que sale ahora, ¿qué destino lleva?

—Es el último de la noche para San Francisco —le informó el hombre, mirándole como si fuera un marciano recién aterrizado en el planeta Tierra.

Shelby le dio las gracias torpemente y se retiró a un rincón del largo mostrador, examinando a los pocos viajeros que aún esperaban su turno de vuelo. El último de San Francisco. Entonces, ¿adónde diablos se dirigía Happy a aquellas horas? Él sabía que Happy tenía su esposa en esa ciudad y que no iría a otro lugar en el mundo, acabada la «tournée» pugilística por el sur de California. Si ésta había terminado tan inesperadamente, ¿qué es lo que pensaba

hacer su «manager»?

Asaltado por una súbita idea, abandonó el local y se encaminó a la sección de equipajes, donde preguntó por los bultos del señor Winslow. Un empleado de uniforme de las líneas aéreas, le interrogó, dubitativo:

—¿Es usted mismo, señor?

—Yo..., no. Soy su hermano. Quisiera saber si han cumplido sus instrucciones al pie de la letra.

El funcionario se volvió y cambió unas palabras con otro empleado vestido de mono azul que asintió con la cabeza finalmente. El del uniforme retornó junto a Shelby.

—Vaya tranquilo, señor. El equipaje se facturó ya con destino a San Francisco, sin billete. Y a porte debido, tal como indicó su hermano por teléfono.

Shelby dio las gracias apresuradamente, alejándose hacia la salida del aeropuerto. Había sido un perfecto imbécil..., y su «manager» demasiado listo. ¿Por qué todas esas precauciones para enviar el equipaje a San Francisco, mientras él buscaba otro medio de viajar? La razón era demasiado clara: Winslow había esperado su llamada al hotel, y le preparó la escena de un viaje en avión, así, mientras él le buscaba en el aeropuerto, él... ¿hacia dónde y en qué medio de transporte viajaba?

Llamó a otro taxi, lleno de ideas desconcertantes. El vapor que le había aturdido durante la pelea estaba ya muy lejos. Podía, al menos, reflexionar. Y aunque no entendía nada, sabía que Happy era culpable. Culpable de algo. Le había drogado, en principio. Y cuando su férrea naturaleza soportó el efecto benigno pero seguro de la droga, sobreponiéndose a ella, arrojó la toalla, para evitar su victoria. ¿Por qué?

Las autoridades federativas tenían razón, aquél era un combate oscuro, provinciano, sin grandes apuestas ni intereses fabulosos en juego. Ni siquiera Lou «Killer» Smoothy o él mismo, un posible gran campeón en el declive, habían logrado fama suficiente como para destacar y atraer a algún «gang» de los que viven del boxeo, a su margen legal. No podía entender nada de aquello. Y eso era lo más indignante de todo.

Se encaminó en derechura al hotel, allí lo esperaba, leyendo un suplemento infantil en el vestíbulo, el grandote y afable Fred Ascott,

su cuidador. Shelby le saludó de pasada, encaminándose al «comptoir» directamente, allí, interrogó al conserje:

—¿El señor Winslow, Happy Winslow?

—¿Su «manager», señor Lane? —Se sorprendió el empleado.

—Sí, el mismo.

—Creí que lo sabría ya. Mandó enviar sus maletas al aeropuerto, por teléfono. No hemos vuelto a verle por aquí desde que ustedes salieron juntos hacia el Estadio.

—Ya. Gracias, de todos modos —se reunió con Fred y le contó lo ocurrido. El negro se rascó la cabeza, intrigado.

—Es extraño, ¿no, señor Lane? —preguntó por fin.

—Demasiado extraño, Fred. No entiendo nada de esto. Confiaba en Happy, porque es un buen chico. Y hundiéndome a mí, no ganaba nada en absoluto, al menos, que yo pueda imaginar. ¿Quién podía tener interés en verme alejado del boxeo para siempre, que es a lo máximo que podían aspirar, en el supuesto de que todo obedezca a una trama preparada de antemano?

—Eso me pregunto yo, además, el señor Winslow es honrado, digno... No sé por qué ha tenido que hacer esto con usted, señor.

—Pues cuando una cosa no se sabe, es mejor empezar a investigarla. ¿Sabes lo que vamos a hacer, Fred? Salir para San Francisco ahora mismo. No sé si Happy estará allí, pero sé que voy a ir a su casa y no me moveré de allí hasta que aparezca...

—¿Y yo voy a ir con usted? —interrogó Ascott, con sus redondos ojos muy abiertos.

—Claro que sí. Tal vez te necesite aún, muchacho... —Lane le palmeó la ancha espalda, y el Fred sonrió ampliamente, gozoso de la confianza depositada en él por el boxeador.

* * *

Alguien había dicho un día, viendo boxear a Shelby Lane en la plaza de toros de Chihuahua, México, que el día en que se hallase en el declive de su carrera deportiva, podría optar, con grandes posibilidades de éxito a un puesto en Hollywood, dentro de la industria del cine. Y no le faltaba razón a quien tal cosa predijo.

Shelby, con sus seis pies largos de estatura, su cabello castaño claro, abundante y rebelde, con un mechón obstinado en barrer su

frente amplia e inteligente, los ojos oscuros, de mirada aguda, la recta nariz, labios carnosos y firmes, sobre el dibujo enérgico de la mandíbula rectangular hendida por un profundo hoyo natural, hubiera dado una perfecta imagen del galán cinematográfico, duro y violento, que gusta a las quinceañeras. Sus veintinueve años, acaso demasiados para un pugilista, daban un actor muy joven. Pero a pesar de todo ello, Shelby no pensó jamás en detenerse a buscar esa oportunidad en los Estudios de cine.

Por el contrario, siguió hasta San Francisco en el «Grey Line» con matrícula de Los Ángeles que tomaran en San Diego la noche antes. Una vez en la ciudad, tomaron un taxi, dándole la dirección de Happy Winslow, en Van Ness Avenue, cerca de Jackson Street.

Era un edificio de grandes apartamentos, destinados especialmente a familias o grupos de personas que precisaran de un piso amplio, sin la estrechez de los modernos. En el

37-B,

vivían los Winslow, según una tarjeta del vestíbulo. Shelby indicó a Fred que le aguardase en el local de enfrente, un bar arrinconado entre dos bazares de similar aspecto, cuya competencia mutua debía de resultar ruinosa.

El boxeador subió en el ascensor hasta el piso tercero, y una vez en él buscó la puerta rotulada con el número

37-B.

Pulsó un timbre sordo, y esperó, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina. La mañana era endiabladamente gris y despacible. Casi se experimentaba el roce de la niebla de San Francisco sobre los huesos ateridos.

—¿Quién es? —preguntó una voz, cautamente, al otro lado de la hoja. Era de mujer.

—Shelby Lane, señora Winslow —respondió el joven—. Por favor, ábrame. Es urgente.

—Mi... mi marido no está —respondió la misma voz, tras una vacilación.

—No he dicho que pregunte por él. Quiero verla *a usted*.

—Estoy..., estoy acostada, señor Lane. Tendría que ponerme algo para recibirle.

—Bueno, pues hágalo, por favor. Tengo que hablar con usted.

Detrás de la puerta herrada hubo una ligera vacilación.

Finalmente, unos pies se arrastraron, apartándose de ella. Shelby apretó los dientes. No le gustaban los rodeos de la señora Winslow. No le gustaban en absoluto.

Tuvo que esperar un par de minutos o acaso más. Por último, giró una llave, giró un pestillo, cayó una cadena, y la puerta se entreabrió unas pulgadas. Demasiadas precauciones, pensó Shelby, reflexivo. Pero ya estaba ante la señora Winslow cuando lo pensó. Y se llevó una buena sorpresa.

Él jamás había visto anteriormente a la mujer de su «manager». Happy se había casado en Sausalito un fin de semana, cosa de medio año antes. Después, iniciaron la gira profesional, y no llegó la ocasión de conocer a la flamante señora Winslow, ahora, cuando se enfrentó con ella por primera vez, se llevó la mayor sorpresa de su vida. Era lo más opuesto a Happy que se podía imaginar. No tenía su edad, ni su tipo rechoncho, ni su carencia de atractivo ni nada de lo que hacía de Happy un hombre vulgar, rudo y tosco.

La señora Winslow tenía una cabellera roja, llameante, que recordaba a Bo Derek. Físicamente era muy atractiva; pero Shelby no pensó en su juventud y belleza, sino en que era la mujer de Happy Winslow, y aunque no concebía la razón de semejante unión, preguntó lo que quería saber:

—¿Ha visto hoy a su marido, señora Winslow?

—No, claro que no... —Ella palideció, intrigada, mirando con fijeza al joven—. ¿Es que no ha vuelto con usted a San Francisco?

—Él se ha dado más prisa que yo, señora Winslow. Por eso ando buscándole. Me ha drogado en Coronado, antes del combate de anoche, después arrojó la toalla cuando yo estaba a punto de ganarle la partida a mi enemigo, y finalmente desapareció. ¿Cree que eso tiene una explicación clara?

—No sé... No entiendo gran cosa de boxeo.

—Ya. —Shelby estudió a la muñeca que tenía Happy como esposa, además del cabello rojo, tenía unos ojos verdes maravillosos, aun a pesar de no lucir maquillaje alguno, las pecas leves que salpicaban su naricilla le daban cierto encanto, y la boca incitaba a ideas poco respetuosas. Indudablemente, no debía relacionarse mucho con la profesión de su marido—. ¿Y él no ha telefoneado ni avisado en absoluto?

—En absoluto. Es la primera noticia que tengo de lo sucedido...,

y no lo comprendo.

Shelby asintió. Estaba dejando resbalar la mirada por encima del hombro de la pelirroja, hacia el interior de la habitación. Fue como una corazonada, pero advirtió enseguida que no resultaba errónea, allí había un sombrero, colgado en la percha. Un sombrero carece de importancia, en un piso donde reside un hombre, aunque esté fuera todo el año. Pero aquel sombrero era idéntico al que Happy llevaba en Coronado. Demasiado idéntico para ser otro distinto. Nadie usa dos sombreros exactamente iguales.

—Bien, señora Winslow, gracias de todos modos —empezó Shelby, iniciando la retirada—. Trataré de encontrarlo en alguna parte... si es que está en San Francisco.

—Sí, será mejor así —sonrió ella, con cierto alivio—. Si yo sé algo de él, le avisaré. La actitud de mi marido ha de tener explicación. Buenos días, señor Lane.

—Buenos di... —El boxeador parecía dirigirse a la escalera, cuando giró sobre sus talones bruscamente, lanzándose contra la puerta entreabierta. La pelirroja no pudo evitar el impacto, demasiado fuer te e imprevisto, que la desplazó de la abertura, arrojándola a un lado. La hoja de madera se abrió de golpe, mientras el corpachón de Shelby penetraba como una bala de cañón en el coqueto y moderno recibidor.

—Pero ¿qué hace usted? —Elevó la voz la joven—. ¡Salga inmediatamente o...!

Shelby retrocedió, cerrando de golpe la entrada al piso. Después, se acercó a la pelirroja, con ceño amenazador, señalándole el sombrero colgado. Las palabras escaparon de su boca, rápidas y tajantes, sin más rodeos. Shelby era hombre de pelea, no un diplomático:

—¿Y esa prenda, encanto? ¿Qué hace en su casa ahora, si anoche estaba en Coronado, sobre la cabeza de Happy? ¿Ha venido sola, en alas del viento? ¡Vamos, déjese de jugar al escondite conmigo y dígame dónde se ha metido su marido! ¡Tengo que saber lo que se trae entre manos, a toda costa!

—Pero, señor Lane, si yo le juro que él no ha vuelto ni sé nada de... —empezó a gimotear la joven, recurriendo al socorrido truco de las lágrimas.

Una de las cosas en las que Lane jamás había creído era en el

llanto de la mujer, así que atrapó a la señora Winslow sin consideración alguna por las solapas de su revelador kimono o lo que fuera, y tiró hacia sí de ella.

—¡Mire, empiezo a cansarme de buscar a Happy por todas partes, para que me cuente todo ese galimatías! ¡Y le advierto que cuando me canso, me vuelvo muy peligroso! ¿Entiende?

—¡Dios mío, está amenazándome! —lloriqueó ella, abriendo mucho los ojos—. ¡Llamaré a la policía si no se va inmediatamente de mi casa!

Shelby, sin hacerle el menor caso, la derribó contra una butaca, en cuya blandura se sepultó la pelirroja señora Winslow, con un gemido de terror. El boxeador penetró en un «*living*» decorado alegremente en naranja y blanco. Sobre una butaca, vio el abrigo, a grandes cuadros azules y amarillos, tan inconfundible como un asno pintado de verde. Shelby encajó las mandíbulas y recorrió el resto del piso sin hallar rastro alguno de Happy. Si no estaba metido en algún cajón de los armarios, lo cual resultaba muy dudoso, en aquel piso no se encontraba su «manager», aunque sí era evidente que había estado en la casa aquella mañana.

—¿Oiga? ¿Departamento de Policía? —Escuchó la voz de la señora Winslow, después de un clic metálico—, aquí la señora Gladys Winslow, de Van Ness número 478...

Rápido, Shelby corrió al recibidor, sorprendió a la dama de cabellos rojos con el teléfono en la mano y se limitó a plantar su ruda mano sobre la horquilla, cortando la comunicación. Claro que eso no servía de mucho, porque la policía no tardaría ni diez minutos en plantarse en las señas indicadas.

Pero miró por encima de la mesita y del teléfono a la atemorizada Gladys, que retrocedió ante su virulenta mirada.

—¡Bien, allá usted si prefiere la lucha! —rugió Lane, irritado—. ¡Pero su querido Happy será quien sufra las consecuencias, amiguita! ¡Le aseguro que voy a volver los forros de esta ciudad hasta dar con él, sea donde sea! Encontraré a Happy Winslow, y si todo lo que he descubierto es verdad, le machacaré la cabeza sin compasión de ninguna especie.

Después de decir esto, se encaminó a la puerta, la abrió, y salió del apartamento con un violento portazo. Ya nada tenía que hacer allí con aquella obstinada y hermética pelirroja, además, era tonto

pretenderlo, porque no podía decidirse a pegarla, único medio que acaso ella admitiera para decir algo aprovechable.

Cruzó la calle, penetrando en el bar donde Fred Ascott consumía una taza gigantesca de café. Esto despertó en Shelby su instintiva apetencia por esa infusión, pero no era hora de entretenerse. Las cosas se iban a poner pronto al rojo vivo.

—Vamos, Fred. Tenemos tarea, y no precisamente aquí.

—¿Ha encontrado al señor Winslow? —inquirió Fred, disponiéndose a pagar su consumición.

—No, pero he encontrado a una gatita pelirroja muy seria —dijo el boxeador, anticipándose y arrojando sobre el mostrador una moneda—. Vamos, rápido.

Salieron, sin que Fred pudiera consumir su terrible piscina de café negro y aromático. En el mismo momento en que salían del bar y llamaban un taxi, dobló la esquina cercana un coche patrulla policía, haciendo sonar su sirena. El cuidador de Shelby lo miró extrañado antes de que Shelby diera al taxista una dirección y arrancaran apresuradamente.

—¿Qué es lo que sucede ahora? —inquirió Ascott, mirando con aire de duda a su patrón.

—Complicaciones. Por si no teníamos bastantes —suspiró Lane—. Sólo falta que añadan a la hoja de cargos contra el boxeador Shelby Lane, un allanamiento de morada con intento de agresión a una dama indefensa, en San Francisco. Después de lo de Coronado, es probable que termine pronto en la cárcel, muchacho. Y para una larga temporada.

—Pero..., pero usted... ¿hizo algo a esa señora?

—Traté de asustarla, y ella fingió estarlo. Pero la señora Winslow no es de las que se asustan fácilmente. Y sabe que estoy en inferioridad para esta lucha, porque enseguida llamó a los policías. Óyeme, Fred. Creo que para lo que va a seguir ahora, será mejor que te alejes de mí y vuelvas a casita como un buen chico. Esto, sea lo que sea, arde por sus cuatro costados, y alguien va a quemarse. La actitud de Happy es absurda, extraña. Y por todos los diablos que le arrancaré la verdad y tendré que soltársela a la policía; en cuanto nos encontremos frente a frente los dos.

—Tenga cuidado, señor Lane —le recomendó Fred con gesto sincero—. No me gustaría tenerle que visitar en la prisión.

—Peor sería que compartieses la celda conmigo —le palmoteó la ancha espalda con una sonrisa que sacó de algún lejano rincón de su cuerpo, y concluyó—: Te dejaré en casa, Fred. Es mejor para todos. No quiero que te enredes en todo esto. ¿Dónde vives?

—Señor Lane, yo preferiría compartir su...

—Pero yo no —de mala gana, Ascott le dio su dirección, un número en Stockton, en el Barrio Latino. Shelby se inclinó, dándole esa dirección al taxista. Luego se recostó en el asiento.

—Y usted, señor Lane, ¿adónde irá después?

—Al único hombre en San Francisco que puede decirme dónde se oculta Winslow: Bill Travers, mi agente.

CAPÍTULO III

Bill Travers se quedó mirando a Shelby con expresión atónita. Incluso Carol, la esposa de Bill, mantuvo un momento en el aire el recipiente de café, estudiando con sorpresa a su matutino visitante.

—Pero Shelby, ¿estás seguro de todo eso? —estalló el más famoso agente pugilístico de Frisco, examinando al joven boxeador como si éste tuviera perturbadas sus facultades mentales.

—Todo lo seguro que puede estar un hombre consciente, Bill —asintió Lane—. Happy ha sido hasta hoy el hombre en quien más confié. Pero aquel frasco de sedante, desaparecido, la inexplicable actitud de arrojar la toalla al «ring»..., y sobre todo, la fuga. Una fuga absurda, de no existir culpa. Lo sensato era volver al vestuario, afrontar el error, si lo hubo. Pero si ese error era premeditado, al advertir mi excitación, Happy escapó.

—¡Increíble! —murmuró Travers dando vueltas a su café—. In creíble de todo punto... Conozco bien a Happy Winslow. Un antiguo boxeador honrado y digno. Un «manager» sincero, honesto y sin ambiciones torcidas. ¿Qué puede haberle ocurrido?

—Eso es lo que quiero saber, Bill. Y el único medio de lograrlo es ése: dar con él.

—¿Crees que va a ser fácil, si Happy se esconde de ti?

—Espero encontrarle, tarde o temprano —mantuvo, obstinado, Shelby.

—Oye, ¿no crees que sería más prudente presentarte a la policía y denunciar el suceso de Coronado? Eso explicaría tu visita, un poco violenta, a la señora Winslow. Y también tu actitud rebelde con los federativos, si bien creo que esto último no tendrá fácil arreglo, y te despojarán de tu licencia.

—¡Al diablo el boxeo, la Federación y todo lo demás! No me

importa en absoluto.

—Escucha a un amigo, Shelby: tu carrera de boxeador todavía no se ha terminado. Puedes hacer muchas cosas sobre un «*ring*», y tú lo sabes. Te sobran fondo, pegada, experiencia y un sinfín de cualidades inherentes a todo buen pugilista. Estarías como si tiraras todo eso por la ventana, simplemente por espíritu rebelde, ¿no te parece?

—Es espíritu rebelde, a veces, redime al hombre de la más abyecta esclavitud. —Shelby se expresó fríamente. Después apuró un largo trago de café bien fuerte, el calor descendió hasta su entumecido estómago, y se sintió muchísimo mejor. Hasta la neblina gris y húmeda de la mañana otoñal, parecía menos hostil, a través de la ventana rectangular del confortable comedor de los Travers—. Existen cosas más seguras y duraderas que encerrarse entre unas cuerdas con mastodontes que siempre aspiran a lo mismo que tú: a machacar el cuerpo del contrario, sedientos de gloria, de nombre y de dólares. Es una profesión horrible la nuestra, Bill.

—Sí, yo también lo fui en un tiempo —sonrió la fea cara achatada del bueno de Bill, su agente profesional desde hacía un par de años o acaso más, y amigo desde mucho antes—. Pero se vive de ella, e incluso una vez acabado, puedes aspirar a seguir viviendo en su mundo.

—¡Y qué mundo! —A Shelby le produjo náuseas el café, sólo de pensarlo—. Te lo dejo para ti solito, Bill. Preferiría encontrar un buen empleo lejos de los «*rings*» y de su gente.

—Allá tú, Shelby —se encogió de hombros Travers. Luego añadió—: Pero tu modo de pensar no te resolverá la situación. ¿Quieres encontrar a Winslow y no sabes por dónde empezar?

—Eso es —asintió Lane, ceñudo.

—¿Por qué no pruebas en los gimnasios de Burt Freeman? Están en Columbus, y Happy fue siempre socio de ellos. Freeman es un pájaro de cuenta, pero buen amigo mío. Yo le telefonearé entretanto, advirtiéndole de tu visita y encargándole que te ayude. ¿Vale, Shelby?

—Vale, Bill. Y gracias —apuró la taza y se puso en pie.

—¿Ya se va, Lane? —preguntó Carol, con una sonrisa en sus labios y en sus ojos grises.

—Sí, tengo mucha prisa —sonrió a su vez Shelby—. ¿Te quedas, Bill?

—No, también voy a mis cosas. Ya son casi las nueve. Vamos, te llevaré en mi coche hasta Montgomery Street, de allí al gimnasio, apenas si hay cinco minutos andando.

Salieron juntos, subiendo en el descapotable gris de Travers hasta más allá del Barrio Chino. En la confluencia de Columbus y la calle Montgomery, Lane despidió a Bill, agradeciéndole su ayuda, y siguió adelante hacia los gimnasios de Freeman.

Eran éstos un gran edificio de dos pisos, con una sala de billares abajo, una ancha escalera que ascendía hasta una gran nave húmeda, donde los chicos se entrenaban con «*sparrings*» profesionales, soñando la mayoría sin duda con el dorado pináculo del Madison Square Garden o el Yankee Stadium. ¡Pobrecillos!, pensó Lane, cruzando el local hacia una puerta batiente, ante la que hacía guardia una especie de gorila enfundado en un llamativo suéter azul con la letra F en blanco.

—Oye, amigo, busco a Burt —dijo Lane, parándose ante él, con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina—, a Burt Freeman, claro. Me envía Bill Travers.

—Ya. Un momento, compadre —murmuró el simio con apariencia humana.

Hizo un gesto a otro tipo que podía haber sido su hermanito gemelo, pero que no lo era. Le dijo lo que Shelby quería, el nuevo gorila estudió a la visita y debió reconocer en él al boxeador profesional, porque chasqueó los dedos y le dijo parcamente:

—Sígame.

Lane le siguió por un corredor angosto que, a pesar de ser pleno día, aparecía iluminado por bombillas eléctricas protegidas por fundas de alambre trenzado, allí jamás debía de llegar otra luz que ésa.

El camino terminó en otra parte, que una vez franqueada, le mostró un cuarto lleno de mesas y máquinas de escribir. Lo cruzaron, sin saludar a nadie y sin que nadie les mirase con un decidido interés, y así se pararon ante una puerta esmerilada, con la mención: «Burt Freeman. Private».

El simio golpeó con los nudillos, alguien dijo «adelante», y entraron. Shelby se encontró frente a Freeman, el dueño del local de

entrenamiento.

Shelby recordó haberle visto antes en publicaciones deportivas e incluso en combates, y también recordó que nunca le había gustado su cara. Pero ahora buscaba un favor de Freeman, y hasta podía parecerle guapo aquel sujeto pálido, delgado, de ojos incoloros, nariz ganchuda y rojiza en su afilada punta, boca delgada y curva y barbilla de vieja arpía.

Freeman le tendió una mano larga y huesuda sobre el tablero vidriado de su mesa.

—¿Qué hay, Lane? —saludó cordial—. Me ha llamado Travers hace un momento. ¿Es usted quien desea mi ayuda en un asunto escabroso?

—Sí, Freeman. Ignoro si podrá hacerlo, porque no he visto a mi hombre por lugar alguno.

—¿Y su hombre es... Happy Winslow? —rió Freeman, tabaleando con las yemas de los dedos sobre la última edición de *Western Sports*, doblado encima de su mesa.

—¿También se lo ha dicho Travers?

—No. Siéntese, amigo mío. Usted es hoy «noticia» en los rotativos de deportes. Y eso, cuando se está en el declive profesional, no siempre ocurre. Vea...

Shelby se sentó primeramente. Luego, tomó el periódico, allí estaba él, en la segunda página. La fotografía era de archivo, si bien se indicaba que en la siguiente edición aparecería un reportaje gráfico del dramático choque entre Shelby Lane y Lou Smoothy, en el Estadio de Coronado, San Diego. En cambio, el titular no precisaba de ampliaciones informativas:

«Shelby Lane, vencido por abandono en el séptimo asalto. Lou “Killer” le dominó durante toda la batalla, y cuando Lane parecía recuperado, su “manager” arrojó la toalla. El excampeón busca desesperadamente a Happy Winslow para ajustar cuentas. La Federación posiblemente suspenda a Lane por agresiones fuera del cuadrilátero».

—Todo un tigre furioso, ¿eh, amigo? —rió desagradablemente

Freeman—. Parece ser que ha armado usted un buen jaleo en el ambiente deportivo de Coronado, e incluso aquí. Y ahora, quiere ampliarlo. Busca a Happy, para cantárselas claras, ¿no?

—Algo así. Pero Happy no aparece. Nadie le ha visto. Ni Travers, ni la señora Winslow, según dice ella, ni nadie en San Francisco. Sin embargo, tiene que estar aquí.

—¿Y espera que yo le pueda ayudar en esa búsqueda?

—Sí, Freeman. Necesito encontrar a Happy. No tanto por decirle cuatro cosas como por saber qué se oculta detrás de todo esto. Él me drogó al salir al «ring», acaso lo hizo otras veces. Y luego, al recuperarme de la droga, tiró la toalla.

—¿Tiene pruebas de eso, Lane?

—Si las tuviera no estaría aquí, sino en la Jefatura de Policía.

—Ya. En cambio ahora, está usted en pleno aprieto. —Freeman se acarició la barbilla, meditativo—. Oiga, Shelby, usted me parece buen chico. Incluso demasiado ingenuo para desenvolverse en un mundo tan podrido como el nuestro. Está buscando a Happy como si fuera un niño perdido un jueves por la tarde. Vamos, sea sensato y haga las cosas bien, si quiera hallarse alguna vez. ¿Conoce usted a Alfred Kruger?

—¿El apostador profesional? ¿Qué tiene que ver él en esto?

—Era amigo de Winslow... en cierto modo —rió Freeman—. Usted no sabe que Happy tenía ciertas relaciones un poco extrañas con la hermana de Kruger, ¿verdad?

—No...

—Es un pajarillo. —Freeman parecía divertido en sacar al aire los trapos sucios de la gente—. Seguro que cree a todo el mundo bueno, honrado y decente.

—A Happy Winslow, sí.

—Bueno, él acaso haya sido como usted cree. Incluso puede que aún lo sea. Pero lo cierto es que engaña a su mujercita adorada con otra chica, una tal Lucy Kruger, hermana del apostador profesional.

—¡Lucy Kruger! —Lane frunció el ceño—. Me suena ese nombre, y no por su hermano...

—Se hace llamar en realidad Lucy Lee, en un *cabaret* de mala nota, situado en el Embarcadero, frente a Telegraph Hill. Canta canciones y exhibe su figura. Sobre todo esto último. Y tiene mucho por exhibir, se lo aseguro...

Shelby no entendía nada de aquello. Happy, casado con una pelirroja explosiva, casi quince años más joven que él y con encantos para convertirse fácilmente en «Miss Universo», si quería. Y ahora averiguaba que su marido no sólo no le era fiel, sino de segunda fila —o acaso de tercera—, de pésima celebridad y familia aún más pésima. No podía entenderlo, sinceramente. Pero ocultó su sorpresa y desconcierto, interrogando a Freeman:

—Bien. Y ese enredo privado, ¿de qué ayuda puede servirme, amigo Freeman?

—Pero, hombre de Dios, ¿es usted tonto? Lucy tiene un pisito bastante escondido y discreto, entre Telegraph Hill y Stockton. Creo que es la Residencia Northside Bay. Si un hombre no está en casa con su esposa, hay novecientas posibilidades entre mil de que está al calor de otro nido menos legal y mucho más sugestivo para él...

—¡Lucy Lee! —Shelby se puso en pie de un brinco—. Gracias, Freeman. Creo que puede ser una pista..., aunque él no esté allí ahora.

—Inténtelo. Y por favor, si da con él, no le pegue demasiado fuerte. Me disgustaría ser responsable de nada demasiado penoso, a fin de cuentas, Happy ya no es joven ni ágil con los puños. Tenga en cuenta que cualquiera de nosotros se puede enfangar un día...

Shelby ya no le escuchaba. Llegó a la puerta, salió precipitadamente del despacho y un minuto después pisaba la acera, brillante de humedad. Sobre la ciudad del Pacífico, la niebla parecía suspendida como algo sólido e imposible de combatir. El frío era intenso a aquellas horas de la mañana. Era probable que no viera el sol en todo el día.

Tardó algún tiempo en dar con un taxi desocupado. Cuando lo encontró, subió a él de un brinco, dando la dirección de los apartamentos citados por Freeman.

El coche subió por Columbus, en busca de North Beach, y una vez en el barrio marino, dobló a la derecha por Pioneer Street, a la búsqueda de su confluencia con Stockton. Después, el taxi aminoró, en busca del edificio de apartamentos, que al fin apareció en un cruce con la carretera que subía a Telegraph Hill.

La tarjetita L. Kruger figuraba sobre el apartamento rotulado con el

835-R,

en el piso octavo. Había una centralita de teléfonos, y un joven con uniforme gris sentado a ella, leyendo precisamente el *Western Sports*. Shelby pasó por su lado, con un saludo desenvuelto, y el muchacho alzó un instante la cabeza, para decir al hombre:

—Un momento, señor. ¿A quién busca?

—A mi amigo Happy, gracias. Sé dónde encontrarlo, no se molestó en llamarle —y entró en el ascensor número cuatro, sin volver un momento la cabeza.

El boxeador detuvo el ascensor en el octavo, salió del cubículo de metal blanco y cristal, y caminó hacia el 835 R.

El apartamento no se diferenciaba en nada de los demás. Shelby pulsó el timbre, que resonó dentro del piso sordamente.

La puerta rechinó ligerísimamente, poco a poco..., y quedó franca la entrada.

Shelby permaneció quieto ante el recibidor de color rojo claro, con puertas y molduras en «beige». Un penetrante aroma de jazmines, casi pegajoso de tan intenso como resultaba, hirió su olfato.

El joven no podía esperar semejante hospitalidad, así que permaneció inmóvil, clavados los ojos en la estancia, tratando de ver la razón de que la entrada estuviese franca al primer visitante que llegaba.

No encontrando en ella nada alarmante, entró con cautela. El aroma a jazmín resultaba dentro del piso muy intenso y embriagador. Cruzó una puerta sin hoja, de la que colgaba una cortina azul y blanca, al otro lado, halló un saloncito tan bien dispuesto como la estancia anterior. Muebles claros, modernos y muy nuevos, alfombras, luces aplicadas en los muros color magenta, y cuadros. Entre ellos, una fotografía a gran tamaño de una rubia deslumbradora, bailando la danza de los siete velos o algo parecido..., y despojada por lo menos de seis velos, a lo que se apreciaba.

Pero Shelby no había venido a admirar formas femeninas, sino a buscar a un hombre. Y ya que le daban facilidades, le buscaría aunque fuera en el fondo de la tierra, atravesó la puerta de la derecha del saloncito, pero se encontró en un bello cuarto de baño de baldosas verde claras, con cortinas de plástico estampado con flores de color. La dama rubia del cuadro no estaba, desde luego,

allí, duchándose sin velos de ninguna clase.

Cerró aquella puerta y abrió la siguiente.

Era el dormitorio de una mujer, de eso no cabía duda. El olor a jazmines era más penetrante que nunca. Pero a Shelby le importaba ya poco el aroma, la rubia ocupante del piso y todo lo demás.

Al fin había encontrado a Happy Winslow. Y si no precisamente bajo tierra, poco le faltaba para ello.

Estaba allí, sobre el lecho con colcha de raso, azul celeste, lamentablemente salpicado de rojo. Y lo peor era que ese rojo procedía de la destrozada nuca de Happy, de su «manager», buscado durante horas enteras sin resultado.

Winslow no seguiría huyendo. Estaba tendido boca abajo, con su amplio traje color ladrillo, con su inequívoca cabeza de cabellos grises aplastada en el occipital por algo contundente. La sangre salpicaba la colcha en una buena extensión.

Tenía las manos rígidas, agarrotadas, colgando por los lados del lecho, como si hubiera querido asirse a las dos pequeñas alfombras. Shelby entró en la habitación lentamente, en un estupor silencioso y aturdido, hasta inclinarse y rozar con sus dedos las manos del infeliz. Estaban aún calientes, sin el «*rigor mortis*» de un cuerpo que lleve varias horas carente de vida.

Se irguió, pensativo, volviéndose hacia la ventana entreabierta del dormitorio. Entonces la vio a ella. Era la rubia del cuadro de los velos, y si llevaba algo encima de la parte del cuerpo que se veía sobre el alféizar de la ventana, no era mucho más espeso que el velo del cuadro.

Estaba allí, mirándole con ojos de profundo terror, como si colgara del vacío, junto a la fachada del edificio, asomándose entre las cortinillas aguadas por el frío aire matinal.

—¡Eh, usted! —gritó Shelby, señalándola con dedo acusador—. ¡Venga, aquí, pronto...!

En ese momento oyó ruido de pasos tras él. Se volvió en redondo, diciéndose que había sido un estúpido en meterse allí olvidándose de toda prevención. Era muy tarde para rectificar.

El hombre de gabardina amarilla, cruzada y en forma de «comando», alzaba ya una formidable porra negra, similar a las utilizadas por la policía cuando interroga con «suavidad» a los prisioneros sometidos al tercer grado en los sótanos de Jefatura.

Shelby alzó el brazo para protegerse, y sintió que le estallaba en mil pedazos. Le sorprendió no verlo saltar en fragmentos por los aires. Sin embargo, le quedó totalmente amorfo e insensible a todo otro impacto.

Al mismo tiempo, la porra volvió a caer con toda la virulencia de aquel tipo súbitamente aparecido en la habitación, cuya nariz roma y aplastada tenía el aire habitual en los boxeadores, pero en quien no halló rasgo alguno familiar o conocido.

Esta vez no pudo eludir el golpe. Se estrelló la porra contra su sien, haciendo arder ante sus ojos un millar de llamaradas de colores, algo rojo cubrió su radio visual, y ese rojo se fue tornando negro, negro intenso y viscoso, lo suficiente para absorberle cuerpo, mente e ideas...

Lo último que percibió antes de dejarse hundir en esa negrura fue un grito de mujer, penetrante y estremecedor. Pero Shelby ya no podía acudir en ayuda de nadie. Ni siquiera de sí mismo.

CAPÍTULO IV

Debía de llevar muchas horas allí tendido. El sol había logrado abrir brecha entre la niebla, y entraba débilmente en la estancia del apartamento de Lucy Lee o Kruger o cómo demonios se llamara.

Shelby se incorporó sobre un codo y le dolió horribilmente la sien. Se palpó, retirando los dedos manchados de una sustancia roja y reseca, que podía reconocer muy bien. No era la primera vez que le causaban un daño así, pero siempre fue cara a cara y con los puños, no cobardemente y con una cachiporra.

Las ideas acudieron a él en oleadas lentas, que penetraban en su mente como pugnando contra masas algodonosas de niebla metidas entre la tapa del cráneo y sus ojos. Finalmente, recordó la visita al apartamento, a Happy Winslow, a la dama rubia de la ventana y al tipo de la trinchera color amarillo... ¡Happy!

Inmediatamente volvió la cabeza al lecho. Sí, allí estaba el desdichado aún. Rígido y en igual posición que antes. Sus miembros, con aquel frío penetrante y húmedo entrando por la ventana, debían parecer de hielo. Él mismo se sentía como envuelto en escarcha.

Se incorporó, y al hacerlo, rozó con los dedos de la mano derecha algo caído en tierra junto a él. No era la cachiporra, aunque se parecía mucho. Lo esgrimió, para comprobar su naturaleza. En el acto lo soltó como si quemara.

Era un trozo de cañería de plomo, bastante gruesa y bien limada. En su extremo tenía cabellos grises adheridos, partículas de hueso y sangre, a él no le habían tocado con aquel objeto. Era obvio el significado siniestro que tenía su presencia en la alcoba.

Acercóse al cuerpo de Winslow. Lo volvió de un tirón, hasta que los vidriados ojos abiertos del infeliz se clavaron en el techo. Su

expresión era atemorizada, de sorpresa y de horror.

Shelby sintió revuelto el estómago. Había deseado escarmentar a Happy, pero nunca una cosa así. Quien se le anticipó era cruel y perverso. Winslow había muerto por la espalda, asesinado cobardemente. Pero ¿por qué? ¿Y quién lo hizo?

Sin saber lo que buscaba ni lo que hacía, registró sus bolsillos. Encontró una cartera, conteniendo algunos billetes de cinco y diez dólares, un llavero, tabaco y un encendedor de plata con las iniciales H. W. grabadas en un ángulo.

En la cartera había una fotografía de la pelirroja señora Winslow en la playa. Seguía siendo sensacional, demasiado para él. Estaba dedicada a Happy, y Shelby la guardó, sin saber la razón concreta que le impulsaba a ello. Después colocó la cartera en el bolsillo del muerto.

En el bolsillo superior de la americana encontró un librito de cerillas con la etiqueta, en rojo brillante, del Embarcadero *Night Club*. También lo guardó. No supo si por el librito en sí o por el número escrito en el reverso de su tapa, con lápiz y apresuradamente: NOB 7964.

Después de todo esto, miró alrededor, nuevamente, acercóse a la ventana, al asomarse, encontró una galería alargada, que rodeaba la curva del ángulo de la fachada. Había plantas en macetas bien cuidadas, allí había estado en pie la rubia dama asustada, mientras él hallaba el cuerpo. ¿Y ahora dónde estaría?

Vio brillar algo en el suelo. Saltó el alféizar limpiamente, inclinándose a recogerlo. Era un pendiente. Un pendiente en forma de herradura, montado en platino, con gancho de oro y piedrecillas verdes, sin duda esmeraldas, simulando remaches de la herradura.

En aquel instante sonaron las sirenas de la policía. Llegaban directamente de Stockton Street. Y se acercaban a la casa en forma alarmante. Shelby enarcó las cejas. Regresó al piso rápidamente, pensando con toda la velocidad que le permitía su aturdido cerebro.

Encontró cerrada la puerta de salida. Y ni rastro, en todo el apartamento, de su agresor ni de la rubia belleza del cuadro. Corrió nuevamente a la alcoba, rebuscó en los cajones de una coqueta, entre ropa femenina interior, medias, pañuelos y otras cosas. Encontró una cajita de laca negra, adornada con dragones imitando malamente un trabajo chino, cuya cerradura no pudo franquear.

Rápido, la hundió en un bolsillo de su gabardina y dio por terminadas las pesquisas. La sirena del coche patrulla acababa de detenerse ante el edificio.

Vivamente, Shelby cruzó de nuevo el apartamento, tomando consigo el trozo de cañería, del que limpió toda clase de huellas con un cortinaje, arrojándolo después al interior de un jarrón.

Abrió la puerta del piso, saliendo al pasillo. Si descendía ahora, se encontraría abajo con los policías. Era evidente que el coche patrulla acudía al piso de Lucy Lee, o las coincidencias en el mundo era mayores de lo que él creía, de todos modos, tenía que salir de aquel edificio antes de que el cuerpo de Happy Winslow fuera hallado. Para su desgracia, mucha gente en San Francisco recordaría ahora que él, Shelby Lane, andaba buscando a su «manager» para romperle la crisma por traidor. Y lo malo es que alguien se la había roto de verdad, y resultaría poco sencillo convencer a la ley de que ese alguien no fue él.

Shelby descendió por las escaleras hasta el piso tercero, allí vio subir la caja del ascensor tras el cristal opaco de las puertas. Por la escalera, sonaban también pasos cada vez más próximos, acorralado, Lane miró en torno, en busca de un escape.

¡Escape! La urgente idea le llevó a clavar la mirada en la ventana abierta del fondo del corredor de aquel piso. Sí, la escalera de escape encerraba un serio riesgo, si la policía había acordonado el edificio. Pero no pasaba de ser un riesgo, mientras que el descenso por la vía principal era una seguridad. La desagradable seguridad de dar de manos a boca con los polizontes misteriosamente citados en una casa donde había muerto violentamente un hombre..., y donde él estaría aún inconsciente, de haberse prolongado unos minutos más el efecto del golpe recibido.

Cruzó el alféizar de la ventana, saliendo a la breve plataforma metálica de la escalera de incendios que descendía en

zig-zag

por un muro de ladrillos con vistas a Telegraph Hill y al azul de la bahía.

No había nadie abajo. Descendió con gran premura los escalones metálicos. Una rubia se estaba oxigenando el cabello ante la ventana de su dormitorio, y en vez de gritar al verle cruzar ante su abertura, le sonrió, guiñándole un ojo. Shelby no perdía el sentido

del humor más que en contadas ocasiones, y tuvo el suficiente ahora, para devolverle sonrisa y guiño, siguiendo sin nuevas complicaciones hasta la calle.

Una vez pisó el pavimento descuidado del muro posterior del edificio «Northside Bay», se precipitó en dirección contraria a la de la fachada principal, bajando hacia Beach Street. Ya cerca del cruce con ésta, pasó un taxi de carrocería azul y blanca, en el que subió, dándole una dirección.

Luego, miró duramente por la ventanilla posterior. Desde allí se podía distinguir la casa de apartamentos, con tres coches patrullas detenidos en torno suyo. Muchos policías para una simple denuncia de asesinato. Habían acudido, sin duda, con un señuelo mejor. El de hallar en el sitio de la tragedia al propio culpable... o al hombre destinado a serlo ante la opinión pública. En este caso, él mismo.

Era una idea poco cómoda, pero Shelby era práctico, positivo y le gustaba ver las cosas sin falsas apariencias. En aquella llegada de la policía, tan oportuna, se apreciaba algo que ya él imaginaba incluso antes de ocurrir: *alguien* pretendía hacer recaer sobre él las culpas del crimen.

Y no se podía decir que las circunstancias no estuvieran ayudando a ese alguien.

* * *

Fred Ascott redondeó mucho los ojos en su cara de brillante ébano al ver aparecer a Shelby en la puerta de su casa. Era un modesto piso en un barrio industrial y humilde del Distrito Latina de San Francisco. Un grupo de niños de color jugaban a la pelota en la calle cuando Lane cruzó entre basuras hacia el edificio donde residía Fred.

—¡Señora Lane! —exclamó el morenito, muy sorprendido—. Pase, pase...

—Gracias, Fred —el boxeador entró en el piso de paredes húmedas y desconchadas. Se apreciaba el abandono propio de un hombre solo, entregado a su propia administración y cuidado. Pero también tenía algo de acogedor y amistoso que era difícil encontrar en apartamentos más lujosos.

Se despojó de la gabardina, que arrojó a un rincón. La

calefacción de Fred funcionaba bien, y la mañana parecía allí dentro menos fría de lo que en realidad era. Había un ejemplar del *Sports* sobre la mesa, y otro a color del suplemento semanal *Sunday Boxing*, editado por la cadena de revistas deportivas Knox para toda la Costa del Pacífico.

Shelby apartó de un manotazo ambos rotativos, mirando pensativamente a Fred, que estaba en pie ante él, señalándole una silla. El joven aceptó la invitación. El negro añadió:

—¿Quiere un café sólo con unas tostadas y mantequilla? No tengo mucho más en casa.

—Eso es pura gloria, muchacho. Gracias por todo..., y acepto ciegamente tu oferta.

Sonrió el bueno de Fred, encaminándose a una cocinita empotrada inverosímilmente en un angosto cubículo con vistas a un patio no muy limpio. Shelby le siguió, y mientras Ascott preparaba la infusión, el joven explicó parcamente:

—Las cosas han empeorado mucho desde que te dejé, Fred. Han liquidado a Happy Winslow a golpes. Le deshicieron la cabeza con un trozo de cañería. Y yo he encontrado el cuerpo.

—¿De... veras? —La mano de Fred osciló tanto que la cafetera corrió el peligro de verter su precioso contenido.

Shelby le ayudó a aferrarla y estudió la cara color chocolate de Fred. Parecía que le hubieran echado encima una capa de leche. Y era palidez.

—Sí, muchacho, pero no te precipites en tus deducciones. Yo no fui. Sin embargo, no creo que nadie se trague mi historia, ni siquiera tú mismo, que me conoces. Creerán que quise vengarme o cosa parecida. Y hay un montón de indicios contra mí.

—Pero ¿quién más podía tener deseos de matar al señor Winslow? No tenía enemigos, usted lo sabe...

—Yo sé todo, o casi todo, lo de Happy desde que entró de cuidador mío. Pero su vida anterior es una incógnita que no he despejado jamás, porque no me preocupaba en absoluto. Si yo supiera qué clase de amistades tenía, qué vida llevaba fuera del mundo del boxeo...

—Yo no podré ayudarle mucho, señor Lane.

—Ya lo sé —el joven le sonrió, palmeándole afectuosamente la espalda. Finalmente, sorbió el café que le servía Ascott. Era un buen

brebaje. Y lo apuré a lentos sorbos—. Tengo pocas cosas para empezar, Fred. Pero no me voy a dejar cazar. En una mazmorra es difícil que de con rastro alguno ni pueda buscar al verdadero asesino de Happy. Y si me cazan, es probable que no me suelten. Lo de anoche en Coronado, unido a mi visita de hoy a la señora Winslow, y añadiéndole además mis viejos antecedentes policiales, que no son demasiado claros, pueden hundirme para unos cuantos años en esa maldita isla de enfrente^[1].

—¿Va a seguir escondido? —El negro sonrió—. En mi casa no creo que le busquen...

—¿De veras? Ojalá tuviera yo tu optimismo. Me parece que no dejarán rincón por ver... Bueno, de momento este sitio es tan bueno como otro cualquiera. Y voy a revisar aquí los objetos que tengo para iniciar las pesquisas.

Se sentó frente a la ventana del comedor, bajando la ventana de guillotina para no captar una ruidosa radio del piso de abajo. Luego, extrajo todo y lo depositó ante sí: una cajita de laca, imitación del trabajo manual chino, un sobre de cerillas de propaganda, y un pendiente, en forma de herradura, y unas fotografías. Lo miró todo, exasperado. ¡Buen conjunto de disparates!

Lo primero que examinó fue la cajita de cerillas que fuera de Happy. Un hombre con un buen encendedor no necesita cerillas, si no es para apuntar allí un teléfono. Y ése era, sin duda, NOB 7964. Sin duda de alguien de categoría. Nob Hill era un distrito elegante. ¿Dónde diablos había visto él antes aquel número? No dejaba de serle vagamente familiar. Claro que eso podía esperar. Tal vez sacara la información de las operarias telefónicas.

Recurrió a la cajita. Fred Ascott estaba sacando del frigorífico unos apetitosos platos de mariscos y de frutas. El pensar en una buena comida le animó algo más. Sus fuertes dedos se hundieron materialmente en la intersección de la caja, tirando de la tapa hacia arriba. No logró más que desgajar la madera. Irritado, extrajo su navajita plegable, de resorte. La abrió, hundiendo la hoja en la ranura. Fue cosa de segundos descerrajar su pequeño mecanismo de cierre..., y una cascada de cartas sin sobre cayeron encima del gastado hule de la mesa de Ascott. Entre las misivas, algunas fotografías, folletos, etc.

Shelby se armó de paciencia, empezando a leer las cartas. Eran

casi todas de hombres. Una de un tal Williams, de letra rápida y aguda, otra de Benson, otra de MacIntosh, y así hasta el infinito. En todas hablaban a la rubia Lucy Kruger (Lucy Lee para todos ellos) en términos enternecedores o apasionados, con obscuras alusiones a su íntima conexión. Especialmente la carta de MacIntosh y la del tal William era puro fuego sentimental.

De pronto, tiró a un lado toda aquella literatura privada; había visto la letra de Happy. Y eso sí le interesaba. Contó hasta cuatro cartas de su cuidador. Las leyó con el ceño fruncido. Cualquiera de ellas era prueba suficiente para que la señora Winslow demandase a su marido ante un tribunal logrando el divorcio en el acto.

Happy había estado loco por Lucy, si se creían sus palabras. Shelby no podía creer todo lo que un hombre o una mujer escriben sobre amor. Pero Happy no era dado a excesos así. Resultaba casi increíble todo su apasionamiento hacia la damita rubia.

Una de las cartas, sobre todo, absorbió todo el interés de Lane. Decía al final:

«Lucy: No sé cuándo podré verte. Salgo de viaje con mi pupilo, Shelby Lane. Estaremos por todo el sur de California y también iremos a México, Arizona y Texas. Espero que todo vaya bien. Y desde luego, te haré caso a ti. Estos granujas no lograrán asustarme más. Sé lo que he de hacer para terminar de una vez con todo esto, a veces siento asco de mí mismo. El terror puede llevar a un hombre a extremos increíbles. En fin, Lucy, espero que creas esta vez en mí. Te quiero. Y algún día podré repetírtelo en público, sin temor al escándalo. Lo de Gladys y yo terminará pronto... para siempre».

«Tuyo»,

«Happy».

Parecía mentira todo aquello. Un Happy suave, apacible, casado a su edad con una preciosidad como Gladys..., y cortejando a una rubia incendiaria de *cabaret*. Shelby se sorprendía de conocer, al fin,

la verdadera cara de Winslow. Lástima que estuviera muerto ya.

¿De qué tenía miedo Happy? ¿Por qué iba a volverse atrás, y quiénes le aterrorizaban forzándole a algo que no deseaba hacer? ¿Entraba en algo de todo eso él, Shelby Lane?

No iba a resolverlo releendo más cartas. Pero las apiló todas cuidadosamente, guardando consigo la que más le interesaba de todas las escritas por Happy. Luego miró el resto de los papeles. Había fotografías de Lucy Lee. Fotos que le hicieron silbar de asombro. Ninguna de ellas era recatada. Pero tampoco les hacía falta serlo. La magnífica rubia estaba a las mil maravillas de aquel modo. Los ojos de Ascott, al pasar ante la mesa, lo expresaron por sí solos. Shelby sonrió. Había prospectos del «Embarcadero» anunciando los electrizantes «*strip-tease*» de aquella Venus de pelo dorado. Unas cuantas poses de la damita confirmaban elocuentemente las frases de propaganda.

Shelby puso todo ello junto a las cartas..., y entonces revoloteó un papelito verde, semejante a un billete de Banco. Pero no lo era, aunque se le parecía mucho. Para Lane, un cheque valía tanto como el dinero contante y sonante si su firmante no estaba muerto o no quería pagar, aquel cheque era contra el South West Bank, valía la friolera de cinco mil dólares..., y estaba firmado por un tal Hal Knox.

¡Hal Knox! Por unos momentos meditó con la verde papeleta a favor de Lucy Kruger aireada ante sus ojos, de repente, una conexión de ideas le asaltó. Recordó el teléfono anotado en el librito de cerillas, recordó el nombre de Knox.

Rápidamente, tomó el suplemento gráfico *Sunday Boxing*. Su mirada fue a las primeras líneas impresas bajo su titular. Editor: Cadena de Ediciones para la Costa del Pacífico. Propietario: Hal Knox. Teléfonos: NOB 7961, 7962, 7963, 7964, 7965. Un enigma resuelto con demasiada facilidad. Pero ¿por qué llevaba Happy ese teléfono anotado?

Desalentado, apartó todo aquello. El pendiente aún le dijo menos que todo aquel galimatías de datos, alzó una mirada de ira hacia el siempre sonriente Fred, que regresaba de la cocina.

—¿Algo resuelto, señor Lane? —preguntó el morenito.

—¡Nada! O casi nada. Quiero hacer un par de llamadas y habré terminado por ahora.

—Entonces hágalas. Vamos a comer.

Shelby aspiró el aroma del crustáceo y de las salsas preparadas por el negro. Bendijo con toda su alma a Fred, y caminó hasta el desvencijado aparato telefónico del rincón.

Primero llamó a NOB 7961. Tras dos señales de llamada, una voz femenina preguntó:

—Departamento del señor Knox. ¿Qué desea?

¿De modo que era aquél el número del jefazo? Shelby aspiró, hablando luego:

—¿Está el señor Knox? Es algo urgente, así que no me venga con excusas.

—No doy excusas, señor —replicó secamente la voz de mujer—. El señor Knox no está. Pero si me dice lo que desea, yo se lo comunicaré.

—Gracias, nena. Dígale que han llamado los Reyes Magos, a través de un tal Shelby Lane. Que si quiere recuperar un bonito cheque de cinco mil, a nombre de una linda rubita, sospechosa de asesinato, trate de localizarme en esta hermosa ciudad. ¿Se acordará de todo eso?

—Claro. Pero, oiga, ¿qué lío es todo eso de...?

—Es suficiente. Gracias, mi querida jovencita —colgó, no sin oír aún el principio de una palabra nada propia de una dama.

Marcó luego el número de Bill Travers, su agente profesional. Se puso al aparato la voz suave y cálida de Carol, su esposa.

—Oiga, Carol, soy Shelby. ¿Me conoce?

—Naturalmente, Lane. ¿Ha oído la radio en su boletín de noticias? —El tono de ella se hizo agitado.

—No. Me entero directamente de las noticias. Si ha dicho lo de Happy, es cierto.

—¡Cielos! ¡No es posible, Lane!

—Bueno, cierto a medias. Han liquidado al pobre Happy, pero yo no. Ya se lo explicaré. ¿Está Bill en casa? Tengo necesidad de hablar con él.

—No ha vuelto aún de la oficina. ¿Sabe usted el número suyo?

—Sí. Le habré llamado un millón de veces desde que le conozco. Pero hubiera preferido que estuviese ahí. Llamarle allá puede ser peligroso. Gracias de todos modos, Carol.

Colgó, volviendo a llamar, esta vez al número de oficina de

Travers, en la Agencia de Contratación de Boxeo. Pidió por Bill diciendo que era Larry Holmes. Evidentemente no le creyeron, lo cual resultaba humillante. Bill respondió:

—¿Quién mil demonios es el bromista? No tengo tiempo que perder en tonterías...

—Entonces, ¿por qué te pones? ¿Creías en serio que ibas a obtener la exclusiva de representación de Larry Holmes para los dos años próximos?

—¡Shelby! ¡Al diablo todo eso! —habló con premura, haciendo confidencial su tono—. Oye, andan buscándote por toda la ciudad.

Parece que has armado jaleo suficiente como para llevar detrás de ti a toda la policía de California. ¿Qué lío es éste en que te has metido ahora? ¿Otro allanamiento de morada, o has repartido mamporros por ahí?

—No, pero los repartiré pronto y en cantidad. Han destrozado la cabeza a Happy.

—¿Quéeee? Oye, tú no habrás...

—No, Bill, gracias por tu fe en mí. No fui yo, pero eso no lo creemos más que tú y yo. Si me cogen voy a la silla eléctrica, la cámara de gas o lo que utilicen aquí para esas cosas. Y no me hace gracia la idea. Por eso me he escondido de momento.

—¿Dónde?

—No ganarás mucho sabiéndolo. Esos tipos de azul y los de paisano interrogan a fondo. Te sacarían la verdad de un modo u otro. Es mejor que lo ignores, Bill. Pero te llamo para unos datos. ¿Es de confianza aquel tipo a quien me enviaste en busca de Happy?

—¿Burt Freeman?

—Sí, el mismo. Nada más dejarte fui adonde él me indicó, en busca de Happy. Y lo encontré, ¡recién muerto! Si no es casualidad, no sé lo que será, Bill.

—Espera, no te excites. Creo que Burt Freeman no tiene nada que ver con eso. Él está metido en los asuntos de apuestas, como Kruger, como su socio, Moragas, y como tantos otros, pero de eso a tener interés en matar a Winslow hay distancia. No veo a Freeman como asesino de nadie. Busca otro para colgarle el sambenito, Shelby.

—Lo malo es que ya me lo han colgado a mí —gruñó

malhumorado Lane—. Y no es que busque a nadie para devolverle la pelota. Lo que quiero es encontrar al verdadero culpable, Bill.

—Te entiendo. Oye, Shelby, conviene que tú y yo nos veamos de nuevo, para ultimar unos detalles. Por teléfono nos arriesgamos demasiado.

—Iba a decírtelo yo, Bill. Creo que estaré oculto el resto del día. No conviene danzar por ahí a la luz del sol, aunque esté nublado. ¿Qué te parece..., a las nueve y media de la noche?

—Estupendo. ¿Dónde?

—En... —El aroma de la langosta fresca hirió el olfato sensible del joven. Y le dio una idea. Rápido, añadió—: En Fishermans Warf. Frente al pabellón de venta de langostas y mariscos, Bill. ¿Sabes dónde es?

—Nací en esta ciudad, Shelby —rió Travers—. ¿Qué es lo que te has creído?

—De acuerdo, entonces. Si veo algo sospechoso, levantaré el vuelo y te avisaré, Bill. No sé seguro si estas llamadas serán controladas por alguien.

—Las mías no, Shelby.

—Tú habrás nacido aquí, Bill, pero no sabes ni la mitad de los trucos de los de Homicidios cuando buscan a un hombre. Yo sé algo de eso..., aunque mis recuerdos datan de algunos años. Hasta la noche, amigo.

Regresó a la mesa. Fred ya había retirado los chismes de Lucy y de Happy, cambiándolos por algo más eficaz y nutritivo: langosta, salsas de varias clases, pan, mantequilla, dos latas de cerveza fría, frutas y café. Un festín digno de un maharajá, pensó Shelby, frotándose su abatido estómago. Y el hambre le hizo olvidarse de todo lo demás, incluso de Happy Winslow y su rubia amante de los apartamentos «Northside», tan misteriosamente evaporada.

CAPÍTULO V

Shelby no había cumplido su palabra, al menos, no estuvo todas las horas del día encerrado en el apartamento de Fred Ascott. Eran solamente las seis y veinte cuando asomó por una esquina, frente a su propia casa. Un sombrero y unas gafas ahumadas eran un pobre y nada ingenioso disfraz, pero, ya era algo, además, había adquirido otra prenda para cubrirse, una trinchera color «beige» oscuro, nada llamativa. Con todo eso, se presentó ante el gris y antiguo edificio donde él tenía su apartamento amueblado desde hacía bastantes meses.

En cierto modo era como meterse en el centro de una trampa, ir derecho a la boca del lobo, pues el primer sitio que la policía mantendría sometido a vigilancia sería su vivienda. Pero también podía darse el caso de que precisamente por la improbabilidad de su aparición en aquel paraje, la vigilancia se descuidase un poco.

Shelby Lane examinó la calle Farrell en ambas direcciones, antes de rodear los jardines infantiles situados frente a su casa. No vio ni un solo policía. Entonces, audazmente, avanzó por la calzada, cruzó el arroyo y caminó hasta penetrar en el vestíbulo de la casa. Sin un titubeo, sus firmes pies le llevaron ante la hilera de buzones destinados a la correspondencia de los inquilinos. Esperaba utilizar ese sistema para mirar en torno, antes de abordar el punto más delicado: el ascenso al piso donde residía. En su bolsillo manoseaba nerviosamente la plana llavecita plateada de su puerta, unida por una cadenita a la llave, más reducida, del buzón privado.

El telefonista estaba vuelto de espaldas, hablando con un hombre alto y fornido, que no tenía aspecto de policía en absoluto. Su abrigo azul era demasiado caro, igual que su sombrero, para que un funcionario de Homicidios pudiera usarlos.

Aparte de ellos, Shelby no vio a nadie. No obstante, no se fió aún. Probaría un sistema seguro de confirmación. Extrajo la llavecita, la introdujo en el buzón rotulado con su tarjeta de visita, y metió la mano, aferrando un sobre cerrado, al menos había correo.

Miró fugazmente el sobre, al extraerlo. El corazón le dio un vuelco, y algo reseco y áspero se apoderó de su boca y garganta. La letra, rasgada y vacilante... ¡la letra de Happy Winslow!

El corazón volvió a darle otro vuelco. Y esta vez no era la visión de la letra de Happy, sino el rápido desplazamiento del hombre del abrigo azul, en derechura hacia él mientras el telefonista, con expresión de haber visto al monstruo de Frankenstein, telefoneaba a alguien angustiadamente.

Shelby se felicitó por su tacto y se maldijo por su credulidad, todo a la vez. Después de todo, los policías llevaban abrigos caros, acaso les subieron el sueldo en aquellos años. Y éste olía a sabueso a cien millas de distancia, además, iba a sacar algo del bolsillo. Lane imaginó lo que sería, sin gran trabajo. Y echó a correr.

Se lanzó hacia la salida como si el hombre fuese la encarnación de Lucifer, a sus espaldas, gritó una voz potente y autoritaria:

—¡Deténgase! ¡Alto, Lane, o disparo!

Shelby no obedeció, apresuró la carrera, y el hombre silbó estridentemente con un pito metálico, al mismo tiempo repitió su orden. Y luego disparó.

La bala silbó sobre la cabeza de Lane, rozando su sombrero. Podían tirar más bajo, eso era evidente. Y la segunda pieza del arma del policía no se desviaría mucho ahora, así que frenó en seco en la acera, sin ver agentes de refuerzo por los alrededores. El agente del abrigo azul llegó ante él, trocada su expresión belicosa por una sonrisa afable. Shelby observó el rubio de sus cejas y el azul frío de unas pupilas serenas y limpias.

—Es prudente, ¿eh, Lane? —dijo el policía—. Se ha parado muy a tiempo, o hubiera ido a hacer compañía a su víctima. Soy el teniente Gargan. Está detenido por...

El teniente no podía esperarlo. En realidad, había creído que su enemigo se entregaba dócilmente. O acaso olvidó que su presa tenía por oficio dar puñetazos inesperados. Éste lo fue. Tal vez el más inesperado que jamás diera Lane. Disparó su puño izquierdo, el que

parecía inofensivo, contra el codo del agente. Éste gritó de dolor, al recibir el impacto en un centro nervioso, y su automática saltó en el aire.

Medio segundo después, el puño derecho de Shelby entraba en contacto destructoramente contra un mentón sólido pero desgarnecido contra la virulencia del ataque. Gargan saltó atrás, golpeando con la nuca el quicio de la entrada. Exhaló un gemido, antes de caer a tierra, aturdido. Lo cierto es que la suerte se había aliado con Lane. Éste se inclinó velozmente, tomando al arma caída, propiedad de Gargan, y luego corrió, agazapado hacia la otra acera de la calle. Varios curiosos se reunían en torno, y alguno trató de cortar la fuga de Shelby. Pero la visión de la automática en sus manos les disuadió de tal temeridad.

Lane alcanzó la acera cuando Gargan comenzaba a recuperarse y un coche patrulla asomaba por la esquina con la calle Van Ness. La cosa se ponía muy mal para Lane y él no pensaba ni en sueños en abrir fuego contra los policías. Sería la última intentona por estar libre. Corrió hacia una parada de taxis, seguro de que ni uno de ellos le podía llevar muy lejos, con los de Homicidios tras sus talones. Pero había que intentarlo.

Shelby, recordando después la angustiada escena, se dijo que seguía siendo hombre de suerte, cuando cualquier hombre hubiera dejado de tenerla. Entonces apareció con la confluencia con Hyde Street un «Lincoln» azul y blanco, que patinó sobre sus llantas al frenar al bordillo de la acera, exactamente junto a él. Shelby, presuroso, se echó hacia atrás temiendo un atropello. Y en vez de ello, una morena angelical, algo así como una mezcla de Linda Darnell, Rita Romero y Gina Lollobrigida, con lo mejor de cada una en la aleación, abrió la portezuela y, sin soltar el volante, exclamó:

—¡Deprisa, Lane, deprisa! ¡Antes de que sea tarde para escapar!

Shelby no se lo pensó dos veces, a lo mejor se metía en la boca del lobo, pero peor de lo que era no iba a hacerse su situación. Y aquella morena, a quien jamás había visto antes de ahora, aunque tan bien parecía conocerle ella a él, era mejor que cualquier policía de Homicidios, incluido el teniente Gargan.

Sin encomendarse a nada ni a nadie, saltó dentro del coche. Detrás, se repitieron silbatos, voces y empezó a ulular una sirena policial. Shelby no sabía cómo iban a salir de aquello, pero la

morena, mientras él cerraba la portezuela, metió el pie al acelerador. ¡Y de qué manera!

El coche pareció aullar de puro placer al lanzarse en tromba calle arriba, «a tumba abierta», como diría un deportista amante de la velocidad. Shelby era deportista por su profesión, y no le disgustaba correr. Pero aquello era volar. Volar sobre el asfalto, con cuatro ruedas en vez de alas.

—Oiga, ¿no cree que acabaremos en la bahía, si continúa esta carrera, jovencita? —interrogó Lane a la hermosa morena que guiaba, sin dirigirle una sola mirada.

Ella no respondió inmediatamente. Hizo un escalofriante viraje a la izquierda, a la altura de Jones Street, subió por ésta, metiéndose milagrosamente entre un autobús y un camión de frutas, a los que ni siquiera rozó, burló dos señales del tráfico en *Post Street*, y cuando parecía que iba a escalar Nob Hill con la velocidad de un tifón, dobló en cerrado, silbando como un «Constellation» al pasar junto al hotel Mark Hopkins, y en otra filigrana del volante, se metió entre un tranvía de los que gustan de ver los turistas que van por primera vez a Frisco y un camión de leche, para rugir a placer por entre carteles chinos y rostros aceitunados, en el populoso y enorme barrio oriental de la ciudad.

—Creo que les hemos perdido de vista, ¿no? —Fue todo lo que dijo la dama de cabellos cortos y negrísimos, peinados en gracioso flequillo sobre una frente tan amplia como su perfil torácico, que ya era decir. Shelby calculó por encima unas dimensiones superiores a las cuarenta pulgadas. En cambio, la cintura parecía angosta como un tubo, ensanchándose prodigiosamente en las redondas caderas.

En su premura por guiar a velocidades supersónicas, la morena no se preocupaba mucho de los bordes de su clara falda gris. Pero Lane sí. Y aquellas piernas envueltas en «nylon» elevaron el nivel de su entusiasmo hacia aquella prodigiosa criatura surgida de la nada para salvarle, a él, que en su vida la había visto. Se dijo que sólo por eso había sido una vida echada a perder.

El boxeador miró hacia atrás, a las calles repletas de calmosos chinos, de baratijas en los escaparates y de rótulos indescifrables. No vio policías, ni coches patrulla ni oyó sirenas.

—Me parece que tiene usted razón. Ha ganado la carrera con gran ventaja.

—No se fie mucho. Daremos unas cuantas vueltas todavía, antes de ir a casa.

¿A casa? Shelby se reclinó en su asiento. Tenía muchas cosas que hacer, pero eso podía esperar. Ir a casa de esta preciosidad modelada con todos los atributos capaces de hacer andar a un hombre a gatas, era como para olvidarse de lo demás. Sin embargo, había algo que aún no estaba olvidado, ni mucho menos.

—Oiga, jovencita —dijo, inclinándose hacia ella. Captó perspectivas muy sugestivas, pero ella se retiró fríamente de su contacto—, ¿cómo sabe mi nombre y qué ángel o qué demonio la envió tan oportunamente en mi ayuda?

—Mi nombre no le dirá nada, pero si quiere oírlo... Es Hilde Murdock. ¿Le suena?

—Hilde... Me suena a música celestial —musitó Shelby—. Pero sigo sin saber quién es usted.

—Ya se lo advertí, Lane. Jamás nos hemos visto ni nos presentó nadie.

—Estupendo. El misterio, aclarado. ¿Lee los periódicos deportivos o va al boxeo?

—Jamás.

—Bien, progresamos a pasos agigantados —se mofó él con sarcasmo—. Me rindo, hijita.

—Me llamo Hilde —se irritó ella, mirándole vagamente un momento.

Shelby se abismó ese fugaz momento en un par de ojos pardos maravillosos. La naricilla era leve, respingona. Y los labios..., bueno, procuró no definirlos, por no complicarse más las ideas. Pero su tono rojo y su carnosidad incitaban a cualquier idea capaz de avergonzar a una colegiala. Sin embargo, Hilde Murdock no era una colegiala, aunque no tendría más de veinte años.

—Bien, Hilde. ¿Vive usted muy lejos? —Bostezó Lane, recostándose en el asiento del «Lincoln», mientras éste devoraba millas de ciudad.

—Ya lo verá. ¿O tiene miedo de acompañarme? Si es así, puedo dejarle donde quiera.

—¿Miedo..., a usted? —rió Lane, divertido—. Creí que sería al revés.

—Yo no le temo —dijo ella, volviendo a mirarle, con grave

riesgo para un peatón.

—Pues debería estar aterrorizada. Soy un terrible asesino, ¿no lo ha leído?

—He visto los titulares y su fotografía en primera plana. «El boxeador asesino» —recitó, con un gesto de disgusto—. Ha ganado usted en fama a Ray «Sugar» Robinson.

—Le cambiaría la fama gustoso. No es la clase de publicidad que me dará títulos ni bolsas. Pero sigue sin contestarme a un sinfín de cosas. ¿Por qué me ha salvado? ¿Quién le dijo que lo hiciera y cómo supo dónde encontrarme? ¿De qué me conoce, por qué me lleva a su casa ahora?

—Demasiadas preguntas. Si se espera un poco, las contestaré todas. Pero guiando este coche no puedo. Quiero llegar viva a casa, Lane.

Shelby se rindió. K. O. técnico. Suspiró, hundiendo las manos en los bolsillos. Cruzaban ahora la calle Montgomery, a la altura de Columbus, de pronto se irguió, electrizado. Sus dedos habían rozado la carta arrugada en el fondo de su bolsillo. ¡La carta de Happy!

La extrajo en silencio, fruncido el ceño. Examinó el sobre, franqueado para el interior, a su nombre y señas. Con el rótulo, en letras rojas: «Urgente». Shelby, nervioso, rompió el borde del sobre. Sus dedos temblaban ligeramente. Era como un mensaje de ultratumba. La carta de un hombre muerto.

Desdobló una sola hoja de papel, con el membrete del *Graphic Sports*, una publicación mensual dedicada a los deportes. Debajo, un subtítulo indicaba: «Archivo». Era poco el texto, escrito apresuradamente, por una mano que tembló mucho al trazar las letras que él conocía bien:

«Amigo Shelby»:

«Tienes que perdonarme muchas cosas, pero no tantas cómo crees. Todo esto es una cobarde trama para hundirme a mí, a ti y a alguien más importante que nosotros, aléjate de todo esto, procura olvidar a tu buen amigo Happy, que a pesar de todo te aprecia. Busca a mi sobrina, Hilde Murdock. Vive en Pioneer Street, en no sé qué número. Ella tiene algo..., algo que puedes llevar a la

policía, si yo desaparezco. Entonces acaso entiendas un poco de todo esto y perdones a tu amigo»,

«Happy».

De modo que era esto... Shelby guardó la carta con calma. Luego volvióse hacia Hilde, ajena a la lectura. Habló, sonriente:

—Bien, Hilde... —Ella le miró de soslayo, intrigada—. ¿Qué número de Pioneer Street es?

El coche se desvió un poco. Pudo haber entrado en una acera, barriendo unos carros de fruta dedicados a la venta. Por fortuna la bella conductora enmendó a tiempo el fallo y siguió recta, entre denuestos de los vendedores. Su rostro había palidecido un poco.

—¿De modo que sabe quién soy, después de todo? —musitó roncamente.

—Lo acabo de saber ahora. No vuelva a asustarse, ¿eh? Es... es una carta de su tío, que he recibido poco antes de aparecer usted en escena.

—¡No puede ser! —murmuró—. ¡Tío Happy ha muerto...!

—A veces los muertos hablan, Hilde. Pero no tema. Escribió antes de morir. Lo hizo en el archivo de un periódico, no sé por qué. Pero en su casa está la respuesta, ¿no es cierto?

—¿En mi casa? —Ella le miró aprensiva, sin soltar el volante—. ¿Eso dice él?

—Sí. Y usted sabe el porqué, ¿no es cierto?

—Pues... creo que sí. Empiezo a darme cuenta. Después de todo... era cierto.

—¿El qué era cierto? Mire, Hilde, ando entre tinieblas. No me obscurezca usted más el camino, por amor de Dios.

—Yo tenía algo que me dejó mi tío, antes de partir con usted en su gira profesional. Ignoraba que tuviese valor alguno, aunque me recomendó guardarlo con todo celo. Yo jamás abrí el envoltorio, Lane.

—Bueno, ahora abrir... —Se detuvo, con una sensación en el estómago, como si la excelente langosta de Ascott le hubiera sentado mal. Recordó una palabra dicha por ella: «tenía». Tenía..., no «tengo». Y casi gritó, pegando su rostro al de ella—: ¿Lo tiene aún?

—No, Lane. Ya no. —Los ojos pardos, cuajados de temor y de angustia, se fijaron en él—. Se lo han llevado... sin que supiese si quiera lo que podía ser...

—¡Dios mío! —gimió Shelby, cayendo en el asiento, deprimido—. Era demasiada fortuna...

—Lo siento mucho, porque entonces mi sospecha de que eso tenía un valor para alguien, aparte de mi tío, era verdad, Pero se lo llevaron.

—¿Quién, Hilde?

—¿Cree que lo sé? Estoy tan a oscuras como usted. Cuando..., cuando volví a casa..., supe lo ocurrido. Ella me lo ha contado todo.

—¿«Ella»? —La cabeza de Lane era lo más parecido a una gigantesca olla de grillos. No entendía absolutamente nada—. ¿Quién es ella, por favor?

—¿Pues quién ha de ser, Lane? —dijo con deliciosa ingenuidad la joven del flequillo—. Lucy Lee, la chica rubia del «Embarcadero». Nos está esperando en casa...

* * *

Era la segunda vez que Shelby Lane se encontraba con la muerte en el corto plazo de veinticuatro horas.

Hilde, evidentemente, tenía menos experiencia y gritó. Gritó endiabladamente, hasta que el joven le amordazó la boca apretando su fuerte mano contra aquellos labios dilatados por el horror.

Luego se volvió hacia Lucy Lee, o lo que habían dejado de ella.

Si el asesinato de Happy Winslow había sido repugnante y cruel, éste lo era mucho más. Porque aquí, el rostro de la desdichada joven reflejaba todo el horror, todo el sufrimiento impotente de la víctima que se ve en manos de un sádico criminal, nada benévolo con ella. El asesino se había complacido estrujando entre sus manos el cuello de la rubia Lucy. Había borrado todo aspecto humano del rostro pícaro y bello. Con sus ropas rasgadas salvajemente, luciendo el blanco lívido de su carne muerta, arañado y lacerado por manos crueles, monstruosas y perversas como el mismo Crimen.

Horrorizado él mismo, Shelby apartó a Hilde de allí. Entre sus brazos, el hermoso cuerpo de mujer era sacudido por un llanto nervioso, epiléptico casi. La sacó a viva fuerza del dormitorio claro

y femenino, desfigurado con la fealdad atroz de la muerte. La hizo sentar en un canapé del coqueto saloncito, ante el hogar encendido, suplicándole:

—Hilde, por favor, tiene que serenarse. Llamará la atención de todo el vecindario, vendrá gente, llamarán a la policía..., y usted no ganará nada con ello, ni devolveremos la vida a esa pobre criatura.

—Pero..., pero yo..., yo dejé a Lucy llena de vida, esperándole... esperándole a usted... Y encontrarla así... ¡Oh, Shelby, es horrible, es horrible...! —Y estalló en nuevos sollozos, algo más apagados.

Lane se sintió protector. Sin malicia, porque la situación era demasiado dolorosa y amarga para pensar en otra cosa que en aquel horror latente que se cernía sobre ambos. Pasó su brazo sobre los hombros, atrajo hacia sí la figura de Hilde, y musitó palabras tontas de consuelo. Cuando la vio más calmada, le rogó que no se moviera, mientras él examinaba el dormitorio. La idea volvió a crisar a Hilde, pero acabó cediendo dócilmente.

El boxeador entró en el dormitorio. Se inclinó sobre la alfombra, donde yacía Lucy, al lado de la camita cubierta con alegre colcha de flores sobre fondo amarillo. Todo demasiado dulce y hogareño para contener..., *aquello*.

La muerte de Lucy había sido evidentemente por estrangulación. Con unas manos enguantadas, crueles y despiadadas. En la pugna por evitar el terrible fin, la rubia muñeca había luchado. Y sucumbió, destrozada por el adversario. Era un crimen brutal, sádico. Una furia glacial invadió a Shelby. Primero, Happy. Luego, la joven con quien jamás cambiara una palabra, testigo de su visita al apartamento de la muerte.

¿Era una misma mano la ejecutora o la que indujo a ambos crímenes? Lane estaba por jurar que sí. Pero ¿la mano de quién?

No encontró nada de interés. Ni huellas, ni rastros ni nada. Regresó al saloncito, donde Hilde seguía en el canapé, inmóvil y muy pálida, alzó unos enormes ojos angustiados y anhelantes al reaparecer él.

—La asesinaron, Hilde —manifestó a la muda pregunta—. No sé por qué, pero fue muerta sin piedad alguna. La persona o personas que entraron aquí en su ausencia no anduvieron con rodeos para acabar con ella. Dígame una cosa, Hilde: ¿dijo usted a alguien lo de su presencia aquí?

—A nadie, Lane. No hablé con persona alguna. Salí, recogí mi coche y fui en busca suya. Soy algo primitiva en mis métodos, y no se me ocurrió otra idea que buscar a Shelby Lane en casa de Shelby Lane. Era absurdo, pero resultó. Le reconocí al verle huir. No le mentí. Jamás he ido a un combate de boxeo ni he leído los periódicos deportivos. Mi trato con tío Happy era más bien lejano. Y nunca me hablaba de su profesión. Pero antes de ir en busca suya, examiné bien los diarios, para identificarlo. Me fue útil.

—Eso puedo jurarlo. —Lane se estremeció, recordando al teniente Gargan—. ¿Por qué me buscó con tal premura? Para usted, si leyó los periódicos, era el asesino de su tío...

—Yo lo fue... hasta que me habló ella.

—¿Lucy? ¿Qué le dijo? Recuerde todo eso, Hilde. Es de mucho interés. Yo la vi a ella en la habitación donde mataron a Winslow. Miraba por la ventana, oculta en la galería exterior..., y vio cuando un tipo me golpeó.

—Me contó ella todo eso —asintió Hilde—. Sucedió en su apartamento. Dijo que Happy había ido en busca suya, asustadísimo por algo. Según Lucy, ella sabía lo que ocurría. Lo malo es que no quiso perder tiempo en contármelo, añadió que era muy urgente hallarle a usted, al notar mi extrañeza me explicó que usted nada tenía que ver con el fin de Happy. Por el contrario, mi tío confiaba plenamente en usted, se lo había dicho a ella, poco antes de..., de ser asesinado.

—¿Cómo fue asesinado? ¿Le contó ella eso?

—Sí. Dijo que salió del apartamento, dejando cerrado en él a Happy, pues el teléfono no funcionaba, para encargarse al restaurante de abajo algo de comida. Al volver, halló la puerta abierta, asustada, entró en el piso, halló el cuerpo... En los cinco o diez minutos que ella estuvo fuera, alguien entró, sorprendió a Happy adormilado o convencido de que era ella quien volvía, y le mató. Lucy se aterro rizó, sin saber qué hacer. Entonces dice que le oyó entrar a usted, y se ocultó, llena de pánico, creyendo que era el asesino. Pero entonces apreció su gesto de asombro, sus pesquisas con el lugar, su desconcierto..., y quiso salir para hablar con usted. Entonces..., apareció un tal Moss, y le golpeó a usted.

—Moss... —Shelby frunció el ceño—. ¿Se llamaba así aquel angelito? Lo recordaré cuando lo encuentre otra vez. ¿Y qué pasó

luego?

—Siempre según ella, Moss quiso atacarla también a ella, aunque dice que conoce y teme a su hermano, Alfred Kruger. Lucy anduvo lista, salió de la galería por el otro balcón y escapó a todo correr hacia la escalera. Dice que cuando vio por última vez a ese tal Moss, ella salía ya a la calle hacía parar un taxi y buscaba un escondrijo en la ciudad. Estaba aterrorizada.

—¿Y no buscó a su hermano?

—No añadió más. Me dijo todo eso, simplemente, añadiendo que había recordado que Happy le habló de algo que yo poseía, algo que podía vengar su cobarde asesinato. Recordé el envoltorio que tío Happy me dejó aquí antes de iniciar su gira con usted, y lo busqué desesperadamente. Pero ya no estaba allí. La cerradura del cajón donde yo lo guardaba me mostró por vez primera huellas de violencia. Entonces recordé que no abría ese cajón desde hace casi un par de semanas.

—Ya. Un hermoso cuadro. ¿Cómo era ese... paquete o envoltorio? ¿Redondo, cuadrado, ovalado? ¿Grande, pequeño? Descríbame lo, al menos, si recuerda algo.

—Era... era igual que un grueso libro. Rectangular, bastante voluminoso, como una Biblia, aunque más cuadrado tal vez. Y pesado, eso sí. Estaba ligado por dos bandas de goma elástica, envuelto en papel manila recio y bien ajustado, y sus extremos pegados con papel adhesivo.

—¿Y nunca se le ocurrió curiosear en él, siendo mujer?

—No soy curiosa —ella le miró, ofendida—, además, mi tío me recomendó que no lo tocara, no siendo imprescindible. Dijo, si mal no recuerdo: «Hijita, esto es dinamita pura... Si lo desenvuelves... ¡puf! Puedes volar con él por los aires».

—Muy gráfico, ¿eh? —Shelby se esforzaba en pensar algo que le bullía en la mente—. ¿No ha tenido visitas desde que su tía le entregó ese paquete? Quiero decir visitas de cierto género. Personas que pudieran, saber la existencia del paquete, y codiciar su posesión.

—No caigo en nadie que se ajuste a esas características —meditó ella—. Decididamente, no.

—Oiga, Hilde, una pregunta indiscreta. Usted, ¿vive sola? ¿En qué trabaja?

—Son dos preguntas indiscretas —sonrió ella algo animada—. Pero le contestaré a ambas. Vivo con una compañera de trabajo en este apartamento. Lo tenemos a medias las dos. Y trabajo en una agencia de publicidad de Market Street, junto al City Hall. La agencia Knox Publicity Center.

—¡Knox! —aulló Shelby—. ¡Hal Knox!

—No. Su primo, Herbert R. Knox. Pero usa el apellido familiar, para prestigiarse. ¿Por qué dice eso?

—Cielos, no puede ser casualidad. En el mundo no hay casualidades..., y en cambio, todos los círculos acostumbran a ser líneas curvas que se cierran..., y se unen.

—Claro. La cuadratura del círculo aún no se ha demostrado —ella habló algo seca—. ¿Adónde va a parar con esas elucubraciones geométricas?

—Al infinito derechito —gruñó Lane—. Si al menos lo supiera yo mismo... Sé que esto es algo endiabladamente raro y siniestro, algo que está costando mucha sangre, porque tiene una importancia vital para alguien. Pero se me escapa lo que pueda ser, lo que esto oculte...

Tornó apresuradamente al cuarto dormitorio. Regresó con un pendiente de herradura. Se lo mostró a Hilde, que lo examinó con el aire con que toda mujer examina una joya.

—¿Ve esto? Es un pendiente de Lucy, aquí está el otro —y extrajo uno de su bolsillo—. Es el juego completo. Tomé este de su casa, en el balcón.

—Es lo natural, ¿no? Ella aseguró estar en el balcón...

—¡Que me aspen! —Abrió la otra mano y mostró un par de pendientes distintos: dos piñas tropicales, formadas a base de menudos rubíes, rematados por microscópicas esmeraldas formando hojas—. ¡Éstos son los pendientes que llevaba ahora Lucy!

Hilde se quedó viendo visiones. Sus ojos fueron de un juego a otro. Finalmente, musitó:

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. Este pendiente estaba en mi poder. El duplicado exacto, en el bolsillo del traje que Lucy Lee vestía al llegar aquí, el traje con el cual murió. Pero llevaba otros pendientes puestos. Si salía corriendo de casa, no pudo recogerlos allí. Pero los tomó de alguna parte, es evidente. ¿De dónde? Una mujer no lleva encima

dos juegos distintos de pendientes valiosos. ¿O acaso sí?

—Jamás. Sería..., absurdo.

—Absurdo —se lamentó amargamente Shelby—. Hay tantos absurdos en todo esto...

Miró las dos parejas de pendientes, se encogió de hombros y los guardó cuidadosamente en dos departamentos distintos de su cartera. Luego, se sacudió las manos.

—Bien, ahora manos a la obra —dijo, casi jovial—. ¿A qué hora vuelve su compañera de apartamento?

—Muy tarde. Ella nunca cena aquí. Sale con chicos. Vuelve siempre sobre las doce o más.

—Entonces, Hilde, tenemos tiempo.

—¿Tiempo..., de qué?

—¿De qué va a ser? ¿Quiere que encuentren aquí ese cadáver? Por poco que le guste la idea, vaya haciéndose a ella. Tenemos que llevarnos el cuerpo de Lucky Kruger a cualquier sitio donde la encuentre la policía, sin mezclarla a usted o a mí en el suceso.

Shelby no podía prever lo que Hilde haría. Esperaba que proles tara, que gritase, que estallara en histéricos sollozos o que le calificase de salvaje y loco. Pero todo lo que hizo aquel bombón moreno fue desmayarse en sus brazos sin pronunciar palabra.

CAPÍTULO VI

—Ya está. —Lane examinó con cierto escrúpulo de conciencia la visión del cuerpo de Lucy Lee, tendido en el fondo del barranco.

Después de todo, ella ya no había sufrido con el traslado ni siquiera con el descenso a la sima. Tal vez no fuera muy respetuoso todo aquello con una muerta, pero no podía andarse con rodeos.

A su lado, Hilde Murdock gimió, castañeteándole los dientes. Estaba lloviznando y el aire en el distrito de Presidio era frío y cortante, pero no justificaba por sí sólo esos temblores de la joven.

—Sigo opinando que hubiera sido mejor llamar a la policía y exponer el caso —dijo, vacilante.

—Eso es. —Lane se volvió a ella, ceñudo—. ¿Y sabe lo que hubiera ocurrido entonces? Medite un poco, pequeña. Usted me salvó de la policía ante mi casa, a estas horas, su «Lincoln» azul y blanco circula descrito a maravilla entre los cuartelillos urbanos de policía, y todos saben que su propietaria es una tal Hilde Murdock, sobrina de Happy Winslow, el hombre asesinado, añada a eso el hecho de que usted y yo estamos mezclados en otro crimen, cometido en su propia casa, y en la persona de Lucy Lee, la amante de Happy, y tendrá un cuadro perfecto de la realidad.

—¿Imagina que yo... que yo sería sospechosa de homicidio, igual que usted?

—No lo imagino. Estoy completamente seguro de ello, Hilde. Por eso ni siquiera regresaremos ya a su apartamento. Dentro de poco, la policía estará allí, si son la mitad de listos de lo que yo imagino.

—¿En mi casa? —Se horrorizó ella.

—En su casa —asintió Lane, caminando hacia el coche. La sola visión del «Lincoln», aun en la oscuridad de la carretera, le dio

náuseas, aquel azul y blanco era capaz de llamar la atención a cien millas de distancia. Pero no tenían otro vehículo a mano—. ¿Por qué no elegiría otros colores para su coche, demonio?

—Podemos cambiar de vehículo en Sausalito, alquilando uno —observó ella.

—Eso es. Y tropezamos en el Golden Gate con cien hombres uniformados de azul —dijo amargamente Shelby—. No, no sirve eso. Tenemos que cambiar de coche más cerca. En Corona Heights, por ejemplo. Vamos allá. Meteremos el «Lincoln» en cualquier garaje de lujo, y luego adquiriremos un desvencijado carromato para seguir jugando al escondite por la ciudad.

—¿El juego va a prolongarse mucho? —Ella le miró con pesar—. No debí mezclarme con usted. Desde que lo he hecho, me he complicado la vida. ¿Cómo volveré mañana a mi trabajo?

—Me parece que tendrá que tomarse unas vacaciones. Y cuando vuelva junto a Knox, si le mira con esos ojos que el cielo le ha dado, no será capaz de despedirla, ahora en serio, Hilde, usted no se da cuenta de que acaso su propia vida corre peligro a estas horas. El hombre o mujer que mató a Lucy pudo ir a su apartamento en busca de usted. ¿Cómo pueden saber que usted no miró jamás aquel paquete tan valioso? Si su contenido era dinamita, el solo hecho de verlo puede convertirla a usted en una tercera víctima ideal.

—¡Pero yo no lo he abierto jamás! —protestó ella.

—Y eso, ¿lo saben ellos? —Lane movió la cabeza—. Sólo puede elegir entre esa posibilidad y la de que los de Homicidios la metan en una celda de la prisión de mujeres. Ninguna de ellas es grata. Vale más jugarse algo en la aventura, como yo hago. Hasta hoy, Hilde, he sido muchas cosas en la vida. Contrabandista, vendedor de periódicos, lavaplatos, limpiador de nieve en las calles, tramposo en las apuestas deportivas, y finalmente, boxeador del montón. Fui campeón local, me convertí en «challenger» para el título nacional cuando la Federación y los aficionados se fijaron en mí. Y entonces pasó mi gran momento. Volví al montón, donde estoy hundido ahora. Bueno, estaba. Las cosas han cambiado mucho en veinticuatro horas. Ya no soy más que un expulsado del mundo pugilístico, un hombre perseguido por la policía, un tonto que está jugando a policías y ladrones, sin posibilidad alguna de salir bien. Y lo que es peor, arrastrando una deliciosa criatura a esta loca

aventura: a usted, Hilde.

—Tal vez a su lado emprenda la aventura gustosa Lane —le respondió ella, inesperadamente.

—¿Dice eso de veras? —interrogó Shelby, impetuoso.

—Ya hablaremos de ello más tarde, Lane —cortó ella—, ahora guíe hacia Corona Heights. Nos urge desembarazarnos del coche, si la situación es tan seria como usted dice...

Era admirable el don de adaptación a las mayores calamidades que poseía aquella muchacha. Shelby la admiró en silencio, mientras conducía por la carretera de Richmond, hacia el Distrito de Sunset.

Poco después, en Corona Heights cambiaron de vehículo. El alarmante «Lincoln» quedó encerrado en un garaje de primer orden, mientras uno de ínfima calidad, especializado en alquilar viejos mamotretos rodantes, les cedió un «Hudson» antediluviano a cambio de un depósito de cien dólares. La cifra era abusiva, pero Shelby no se paró a discutirlo, de su mermado capital disponible, entregó dos billetes de cincuenta, dio el nombre de Jess Brown y salió disparado con el «Hudson» de color negro y matrícula de Jersey.

Consultó el reloj. Las ocho y cuarenta minutos. Ni siquiera en una alfombra voladora llegaría a tiempo de su cita con Bill, en Fishermans. Detuvo el coche en un parador de la carretera, y mientras Hilde tomaba unos emparedados con café solo, Shelby telefoneó a Fred Ascott. La inconfundible voz del negrito respondió en el acto:

—¿Qué hay, señor Lane?

—Oye, Fred, corre a Fishermans, frente a los puestos de venta de crustáceos o mariscos hervidos o crudos. Si, los que tienen abierto toda la noche, junto a la venta de postales para turistas. Creo que será Aliotos u otro similar, no sé. Encontrarás a Bill Travers allí. Explícale todo lo que ocurre y... —añadió el relato sucinto de los últimos sucesos. Casi sonrió al imaginar el gesto del bueno de Fred —. Eso es todo. Pídele datos de Freeman, de Winslow y de Arthur Kruger y Hal Knox, el editor. ¿Has tomado nota de los nombres? Bien, Fred. No le digas a Bill que me oculto en tu casa. Vale más que nadie lo sepa. Ya te llamaré más tarde. Yo tengo tarea con una chica Si se presenta algo imprevisto, llama al «Embarcadero» y

pregunta por Jess Brown. Ése soy yo, y acudiré enseguida, adiós, Fred.

Colgó. Cuando reapareció en la barra del parador, Hilde terminaba su tercer bocadillo. Shelby recordó que su apetito había vuelto a aparecer, tras el festín de Ascott, y pidió otro, encaramándose junto a ella en el mostrador, alguien puso en marcha una gramola y empezó a sonar «Polvo de Estrellas», de Carmichael. Era una linda melodía.

Mirando a Hilde, que seguía el ritmo con la cabeza, interrogó:

—¿Quiere ser mi compañera esta noche en un *cabaret*, Hilde?

—¿Un *cabaret*? —La sobrina de Happy le miró, asustada—. ¿Es que piensa ir a divertirse después de..., de ver dos cadáveres en pocas horas?

—Sólo por eso necesitaría distracción. Pero no vamos de juerga, no se escandalice. Quiero visitar un sitio llamado «Embarcadero».

—¿Eh? ¿Allí trabajaba Lucy Lee?

—Eso es. Premio a su buena memoria, Hilde. ¿Tiene inconveniente en venir?

—No, ninguno —su gesto no era firme, pero lo cierto es que no se negaba—. No sé lo que buscará allí, pero sea lo que sea, sé que volverá a traernos líos. ¿Le seré yo útil en ellos?

—Eso todavía está por ver —rió Shelby, duramente—. Pero ambos estamos hasta el cuello en este enredo. Cuanto más deprisa vayamos, tanto mejor.

—Si usted lo dice... —Ella se encogió de hombros—. Estoy aprendiendo a confiar sólo en sus puntos de vista.

—Pues está usted arreglada, Hilde —gruñó Lane—. Ni siquiera sé cuidar de mí mismo...

Enmudeció al ver la mirada parda de la joven clavada en él. Su figura era una sinuosa sinfonía de curvas ceñida por el paño azul, encaramada en lo alto del taburete. Y «Polvo de Estrellas» seguía en el tocadiscos... Shelby suspiró, apartando de sí ideas poco castas. Había cosas más importantes que hacer que enamorarse de aquella preciosidad morena.

Y lo peor de todo es que se estaba enamorando.

Un club nocturno como todos, fueran de San Francisco o del Congo, suponiendo que allí hubiera clubs nocturnos. Eso era el «Embarcadero».

Sobre un fondo de cortinas azules bien ambientadas con luces de tonos suaves, una orquestina de color interpretaba una espantosa mescolanza de ritmos de Hollywood, Broadway y Harlem. Pero la gente lo bailaba, encantada de la vida.

El camarero de elegante *smoking* azul, sin duda evocando la limpia tonalidad de las aguas de la bahía, les condujo por entre un marasmo de mesas, hasta señalarles una, arrinconada y discreta, entre la orquestina y la puerta de acceso de los artistas al interior del escenario.

Era muy pronto aún, y había pocos clientes, algunos, acompañados de parejas nada despreciables del sexo bello, buscaban con ahínco los rincones más oscuros. Todo lógico y natural. Nadie iba a sitios así para contemplar el espectáculo.

Lane pidió dos combinados y luego miró a Hilde, que aparecía nerviosa y preocupada.

—¿Tiene miedo? —interrogó por último.

—Algo. ¿Usted no? —Era adorable su franqueza.

—Si le digo que no, acaso mienta. Y si digo que sí, me quitaría ánimos a mí mismo.

Dejemos eso en el aire, ¿no le parece?

—Es usted un hombre extraño —dijo inesperadamente Hilde, sin dejar de mirarle.

—¿De veras? —Shelby sonrió—. ¿Es un elogio o una censura?

—Ni siquiera lo sé. Me desconcierta, eso es todo, apenas le conozco, y quiero confiar en usted ciegamente. Por otro lado, temo hacerlo. Y en el fondo, le aprecio mucho.

—Gracias, pequeña. Eso es lo mejor que he oído en estas últimas horas. Sin embargo, es malo apreciar a Shelby Lane. No soy el hombre que le conviene a usted, Hilde.

—No he dicho tanto, apreciar a una persona, no es estar enamorada de ella.

—Pero podría enamorarse —dijo cínicamente Lane, reclinándose en la silla, tapizada de verde plástico—. Y eso sería fatal. Para usted, claro. Para mí... ¡Cielos, mire allí!

Shelby cortó su diálogo al clavar los ojos en el reducido

mostrador del club, envuelto en tenue claridad azul-verdosa. Un fondo de acuario empotrado en el muro, debidamente iluminado con tubo neón indirecto, daba al lugar su pretendido tono marítimo.

Pero el joven boxeador no miraba al acuario, a las luces, ni al barman de calva cabeza grasienta. Estaba estudiando a un tipo gigantesco, con orejas de coliflor y roma nariz, embutido en un *smoking* blanco que le sentaba como un tiro. Era el mismo hombre que le asestó el porrazo en el apartamento de Lucy Lee, de eso no le cabían dudas.

—¿Qué ocurre? —Los ojos de Hilde miraban sin entender. Lane recordó que ella no sabía nada de aquel tipo.

—Es Moss, o como dijera Lucy que se llamaba —explicó, poniéndose en pie con calma—. Usted espéreme aquí. Si tardo demasiado o advierte algo sospechoso, avise a la policía. Todo es mejor que morir asesinados en el interior de un club cochambroso como éste.

—¡Espere, Shelby! —Era la primera que mencionaba su nombre, a Lane le sonó extrañamente dulce, al proferirlo aquellos carnosos labios rojos. Le apretó la redonda barbilla con suavidad, antes de alejarse de la mesa.

—No, Hilde. Déjeme obrar a mi modo. Usted, no se mueva... ni se fíe de nadie. ¿Entiende?

No esperó respuesta, dirigiéndose con premura hacia la barra. Cortó camino, cruzando en diagonal las mesas desiertas aún, Y se detuvo ante el gigantón de nariz chata y rostro brutal, cuando éste se disponía a salir por una puerta anexa al mostrador.

—Alto, Moss —dijo con tono acerado Lane. Señaló su frente—. ¿Recuerdas esto?

Los ojillos brillantes y porcinos del tipo le estudiaron con calma. Si algún músculo se contrajo bajo la piel del hombretón, su epidermis era demasiado recia para denunciarlo.

—No le conozco, señor —dijo con solemnidad—. ¿Quiere dejar me pasar, por favor?

—No, Moss. Yo nunca olvido una cara. Sabía que te había visto en algún lado. Moss Garfield, el antiguo boxeador, descalificado por tráfico de drogas, de eso hace años. Casi fuimos juntos a la cárcel, ¿recuerdas ahora?

—Señor, no entiendo nada de lo que usted dice —insistió el

hombre, ceñudo—. ¿Va a dejarme pasar? Tengo mucho que hacer.

—¿Trabajas aquí, Moss? Bien, no sabía eso —el tono de Lane era sarcástico—. ¿Para quién?

—Para mí —una voz glacial, cortante como un bisturí, silbó a su espalda. Lane se volvió en redondo. Una faz angulosa, de ancha mandíbula, pómulos salientes y huesudos, ojos casi rojos de puro color marrón, tras unas gafas de montura de oro, y una alta figura elegante vestida de *smoking* negro, estaba ante él. Un largo cigarrillo turco despedía nubecillas de humo, retenido por sus carnosos labios pálidos. El cabello rubio se peinaba, liso y brillante, hacia atrás—. ¿Le importa mucho, señor Lane?

—Vaya... —Shelby estudió con calma al hombre—. Usted se parece a ella.

—¿A quién, señor Lane?

—A su hermano —iba a añadir: «A la difunta Lucy». Pero se contuvo, diciendo—: A Lucy...

—Soy Alfred Kruger, en efecto —asintió el hombre rubio, inclinando la cabeza casi ceremonioso—. Celebro que ambos nos conozcamos, señor Lane. Eso ahorra enojosas presentaciones.

—¿Y ese gorila trabaja para usted? —Lane señaló a Moss.

—No, exactamente —sonrió Kruger— 'Es el hombre de confianza de mi socio en este negocio, Sammy Moragas. Una especie de «guardaespaldas» y secretario, en una pieza.

—¿Secretario, Moss? —Lane rió, agresivo—. Ni siquiera sabe escribir bien su nombre. No me haga partir de risa, Kruger. ¿Puede decirme qué hacía Moss en el piso de su hermana, esta mañana, cuando estaba Happy Winslow muerto sobre la cama? ¿Por qué golpeó mi cabeza con una porra?

—Moss..., ¿tú hiciste eso? —El tono de Alfred Kruger no era demasiado pesadoso ni sorprendido.

—Le juro que no sé de qué habla este tipo, señor Kruger —protestó riendo el mastodonte.

Lane le cogió desprevenido. Casi tanto como le cogieron a él por la mañana. Sólo que Shelby no precisaba de cachiporras, como un boxeador en decadencia. Usó sus puños. Los dos contra Moss Garfield. El derecho le estalló materialmente contra la mandíbula. Rugió, queriendo defenderse, pero ya el izquierdo temible de Lane le hundía *smoking* y carne, a la altura del estómago, doblándole

como un traje hueco Kruger dijo algo, tajante, pero Lane no le atendió. Estaba demasiado ocupado rematando la tarea con un mazazo en el ancho cuello de Moss, que como un toro apuntillado rodó a los pies de Lane. También golpeó el suelo del Club un alto taburete, y gritó una chica en un rincón.

—¡Quieto, Lane! —ordenó, violento, Kruger—. ¡Está en mi casa!

—¡También estaba en casa de su hermana Lucy, cuando ese salvaje me destrozó la sien a golpes! —rugió Shelby, volviéndose hacia él—. ¡Y por Dios que tengo que saber lo que tiene él que ver con el fin de Happy!

Inclinóse para alzarlo de tierra, pero algo duro y metálico, a través de la tela del *smoking* de Kruger y de su propio traje, le rozó ásperamente las costillas.

—Estese quieto, Lane. Quiero paz en mi casa a toda costa. Si sigue la función, haré fuego. Creo que la policía me agradecería la entrega del cadáver de un asesino al que buscan por toda la ciudad.

—Usted sabe que yo no maté a Happy —musitó, rabioso, Lane.

—Yo no sé nada. Supongo que no habrá sido usted, pero nadie más lo supone. Está cercado en la ciudad, Lane. Y nadie me culpará si mato a un asesino, belicoso por añadidura, en mi propio local.

—Bien, usted gana, Kruger. Supongo que dispararía. Un apostador profesional de boxeo es capaz de todo. Incluso de matar..., a cualquiera.

—No corra tanto. Yo no tenía ningún interés en liquidar a Winslow, Lane. Vamos, venga conmigo a mi despacho. Quiero hablar con usted.

—¿Y esperar entretanto a que venga la policía?

—No sea tonto. Si quisiera hacer eso, no necesitaría engañarle. Tengo todos los triunfos en mi mano.

Eso era verdad. Shelby pensó que valía más obedecer. Vio al fondo de la sala la expresión angustiada de Hilde y le hizo una seña de que todo iba bien. Kruger la captó y miró a la mesa.

—Linda compañera trae, Lane —ponderó—. ¿Está ella metida en este lío también?

—No —mintió Shelby—. No sabe nada de esto.

—Es raro que no lo sepa..., siendo la sobrina de Happy, ¿verdad? —rió Kruger, dando media vuelta hacia la puerta encortinada por donde Moss tratara de desaparecer—. Vamos, Lane.

Shelby suspiró, preguntándose si habría algo que aquel tipo no supiera. Se le encogió el estómago al pensar que sí lo había, a menos que él no fuera el matador de su hermana, lo cual era dudoso, pero demasiado horrible. Cuando se enterase de que Lucy... Valía más no pensarlo.

Le siguió por un corredor que olía a humedad, a cerveza agria y a serrín. Una puertecilla, bajo una bombilla pintada de azul, fue abierta por Kruger, que se hizo luego a un lado, dejando paso a Lane. Éste se encontró en un reducido despacho de paredes acolchadas y tapizadas en tonos ocres. Cuando Kruger cerró tras sí, Lane supo que aquello cortaba todo contacto entre él y el mundo exterior. Un disparo en aquella estancia no sería mucho más sonoro que des corchar una botella de champaña. Empezó a transpirar su frente.

—Siéntese. —Kruger extrajo una mano armada de una automática negra y empavonada, que depositó sobre la mesa despacho, a su alcance. Se sentó él, y frente a Kruger lo hizo Shelby —. Bien, ahora hablemos, Lane. ¿Por qué ha venido precisamente aquí esta noche?

—Busco una pista que me lleve al asesino.

—¿Y espera encontrarla aquí? —rió Kruger.

—Ya he encontrado una: Moss me golpeó ante el cuerpo de Winslow. Igual pudo hacerlo con él... por orden suya, Kruger, o de su socio, ese tal Sammy Moragas.

—¿Sigue sosteniendo que Moss le atacó en el apartamento de Lucy?

—Si.

—Tendremos que esperar a que ella venga y lo confirme. — Alfred consultó su reloj y la respiración de Lane se cortó—. Es raro que no esté ya aquí. Dentro de una hora empieza el espectáculo, de todos modos me sorprende el papel que usted atribuye a Moss...

—Pues es cierto. Su cara me resultó familiar, alguien me dijo que se llamaba Moss..., y até cabos. Recordé a Moss Garfield, que fue procesado cuando..., cuando...

—Cuando usted lo fue, ¿verdad, Lane? No de rodeos, sabía esa parte de su historia. Los que vivimos del deporte estamos al tanto de muchas cosas. Fue usted procesado como sospechoso de tráfico de drogas. Se le inhabilitó temporalmente por ello y fue encarcelado

durante... digamos un año.

—Sólo estuve nueve meses —dijo Lane secamente—. Descubrieron que era falsa la acusación. Había tenido contacto con los traficantes, pero mi contrabando era más inocente: objetos sin pago de aduanas y cosas así. En las drogas no tuve nada que ver. Salí libre, y me volvieron a habilitar.

—Pero la mancha sobre usted no se pudo borrar, Lane. Y ahora, al ocurrir lo de Happy, todo se le pone feo. Puede creer que lo de entonces no fue tan erróneo como imaginaron, además, parece ser que hay descubrimientos de importancia, en relación con Happy. ¿Ha leído los diarios de la noche?

—No.

—Hace mal. Un hombre en sus circunstancias, debe vivir al minuto. Tenga —abrió un cajón de la mesa, extrajo un periódico de la noche y lo arrojó ante Lane, desplegado por su primera plana:

*«DINERO FALSO EN LOS BOLSILLOS DE HAPPY WINSLOW.
BILLETES DE CINCO Y DIEZ DÓLARES SIN VALOR ALGUNO LEGAL
¿INTRODUCÍA MONEDA FALSA WINSLOW EN LOS ESTADOS QUE
RECORRÍA CON SHELBY LANE, A MEDIAS CON SU PRESUNTO
ASESINO?».*

Lane dejó el periódico sin molestarse en leer más. Moneda falsa... Recordó los billetes de cinco y diez dólares que viera en la cartera de Happy. Él siempre utilizaba moneda de ésa, dondequiera que iban. ¿Era posible aquello?

—Las cosas se complican, ¿eh, Lane? —rió Kruger—. ¿No sabía acaso nada de eso?

El boxeador estudió calculadoramente la faz fría e inexpresiva del apostador. ¿Qué era lo que sabía y qué lo que ignoraba aquel hombre de piedra? Su privilegiada posición en el mundo tenebroso del boxeo y sus especuladores, le podían ser útiles en muchas cosas. Después de todo, él pudo matar a Happy. Y otro rival, terminar con Lucy, en venganza. Una guerra de pandillas enemigas. Como en las novelas de «gánster» de diez centavos.

No le convenció la idea, y la desechó acto seguido. Pero algo unía a Kruger con todo aquello. No se podía fiar de él para nada. Ni

de él, ni de nadie.

—De un modo u otro, Happy actuó contra mí —dijo secamente Lane—. ¿Por qué? Primeramente, me drogó para que perdiese el combate, al resistir los efectos del narcótico, tiró la toalla, antes de que pudiera vencer a Lou «Killer» Smoothy. No era un combate decisivo, ni siquiera ventajoso para nadie, usted lo sabe. En Coronado, sin título ni bolsa grande en juego, ¿a cómo podían subir las apuestas, como máximo?

—Pongamos a cien dólares la máxima —sonrió Kruger—. No justifica una traición al propio pupilo, si es eso lo que quiere decir.

—Exacto; eso es lo que pretendo decir. ¿Qué otra razón pudo mover a Happy? ¿Favoritismo hacia Lou Smoothy? Me consta que nada le unía a él.

—No debe constarle tanto. Smoothy es un luchador joven y ambicioso, capaz de todo con tal de llegar a la cúspide. Le protege un tal Milko Werner, promotor de esta ciudad, con locales de boxeo propios en Coronado, San Diego, San Mateo, Sausalito. Sonoma Napa y Vallejo. La cadena Werner, ¿sabe? Hay quien dice que Lou es hijo, sobrino o pupilo de Werner, no sé...

—¡Werner! —Shelby recordó una cara machacada, en Coronado. El empresario al cual él golpeó rabiosamente. Protector de Lou... Vaya, todo iba tomando cierto color. No sabía cuál, pero un color nada agradable. Todo el mundo parecía tener razones, más o menos sinuosas, para liquidar a Happy. Y, en consecuencia directa, a su amada Lucy, que se llevó posibles e interesantes secretos a la tumba.

—Busque por ese lado, Lane, y no se meta con mi Club —aconsejó Kruger, con peligrosa suavidad—. El «Embarcadero» es un sitio decente, amigo mío. Nada de lo que se relacione con él es delictivo. La idea de que los clubs nocturnos han de ser pecaminosos por fuerza, es una idea casi medieval. Sea inteligente, muchacho, que en cosas así, los puños no valen de nada.

—No, ¿verdad? —Shelby, irritado, se había puesto en pie. Inclínose sobre la mesa encarando el rostro tranquilo y apacible del dirigente del *cabaret* y las apuestas de boxeo—. ¿Está amenazándose, Kruger?

—Tómelo como quiera, Lane —le espetó duramente el otro—. Usted no es más que un pugilista fracasado, en el declive. No tiene

pruebas contra nadie ni puede demostrar siquiera su inocencia ante la Ley. He permitido que golpeará a Moss, pero no pasaré de ahí. Ésta es mi casa, ¿lo entiende? Coja a su joven morenita y lárguese lo más lejos posible de este distrito. La próxima vez dejaré que Moss y sus amigos le den un buen escarmiento.

—¿De modo que también hay amigos? —rió agudamente Lane—. ¿Y es a ellos a los que envió usted para asesinar a su propia hermana, Lucy Lee o Lucy Kruger, como le guste más?

El rostro del apostador se puso lívido. Saltó como si estuviera sobre cien resortes, y miró belicosamente a Lane.

—¡Largo de una vez, maldito piojoso! —gritó—. ¡Nadie hará nada a mi hermana, y mucho menos yo, que la adoro! ¿Lo entiende de una vez? ¿De dónde ha sacado esa fantasía?

—No es fantasía, Kruger. Lucy ha sido estrangulada en casa de la sobrina de Happy, hace unas horas. Pero no podrá comprobarlo. He trasladado su cuerpo para no cargar con otro asesinato, apareceré en un barranco, en cualquier momento. ¿Le gusta la noticia?

Algo atroz se reflejó en el rostro de Kruger, que miró a Shelby con ansias homicidas, aplastó su cigarrillo en el cenicero de plata y ónix, fulgurándole los ojos cruelmente.

—¡Maldito embustero, cobarde y sucio granuja, le arrancaré la piel solo por eso! —rugió Alfred Kruger, blanqueándole los nudillos al apoyar los puños sobre la mesa—. ¡Váyase inmediatamente de mi casa, antes de que le...!

—Lo malo de todo esto, Kruger, es que es bien cierto —dijo Lane, abriendo la puerta—. Pronto lo comprobará, cuando le lleven al Depósito a identificar el cuerpo de Lucy.

—¡Espere ahí! —le cortó el paso, furioso. Sus manos asieron por las solapas a Lane y trató de zarandearle, mientras rugía, espumeándole los lívidos labios—. ¡Si eso es una mentira más, le aplastaré como a una alimaña! ¡Le acribillaré a balazos, Lane!

—Lo siento por usted, Kruger, pero no me gusta ser maltratado por nadie. Y menos por tipos de su calaña —le alzó de repente, con un «uppercut» fulminante. Las suelas de los zapatos de Kruger subieron varios centímetros sobre el suelo. Cuando caía de nuevo, otro mazazo de refilón, le envió contra la pared. Golpeó un cuadro, que se desprendió, con estrépito de cristales rotos.

Era un hombre fuerte, pero los golpes de Lane resultaban

demasiado violentos para él. Boqueó, aturdido, mientras Shelby, ya en la salida, escupía sobre el hombro unas palabras de despedida:

—¡Me dan asco los tipos que viven del deporte, pudriéndolo como el gusano a la fruta! ¡La próxima vez que me ponga las manos encima... le mataré, Kruger!

Salió al corredor, acto seguido tuvo que desviarse vivamente de costado. La porra de Moss silbó, al hendir el aire, junto a su sien. No le alcanzó por pulgadas. Shelby cayó de espaldas en tierra, dejándose rodar sobre su costado, mientras hundía la mano derecha en el bolsillo de su trinchera.

Moss Garfield, con su cara bestial, destilando odio feroz, era seguido por tres hombretones fuertes y tan despiadados como él. Todos ellos rodearon a Shelby, acorralado en el lóbrego corredor, bajo la claridad mortecina de la bombilla pintada.

—¡A él, muchachos! —musitó, rabioso, Moss.

Lane se dio cuenta de que la orquesta, en la sala, tocaba un enloquecedor «rock» de vertiginoso ritmo y gran riqueza instrumental. Su sonido ahogaría cualquier rumor de lucha en aquel pasillo.

Recibió una patada brutal en las costillas y se retorció, al tiempo que veía venir una bota de recia suela contra la cara. Echóse hacia atrás. No evitó el golpe, pero lo suavizó en parte, a pesar de todo, sus labios se tiñeron de algo rojo y viscoso, nada grato al paladar.

Las facciones mongólicas y brutales de Moss reaparecieron en su campo visual, con la amenaza de la cachiporra sobre su cabeza. Se vino directamente hacia él.

—¡Dejádmelo ahora a mí! —Silabeó, rabioso—. ¡Este tipo me pertenece! ¡Y por Dios que ni su madre le reconocerá cuando salga de aquí!

Shelby respiró hondo, buscando frenéticamente entre los pliegues de su bolsillo, dificultando por su propia posición en tierra, aquel bruto decía verdad. Si no le mataban, sería peor aún. Pensaban convertirle en una piltrafa humana, sin posible ayuda de nadie.

El frío beso de la muerte pareció penetrar en el corredor, aleteado junto a él, con un amoroso afán de posesión que dio escalofríos a Shelby. La porra llegaba a él, cuando rozó la culata de la automática, tan fría como el propio roce de los labios de la Parca.

Shelby apretó aquel oscuro metal del arma expropiada al teniente Gargan de Homicidios.

Después presionó el gatillo, sin tiempo material para sacar el arma del bolsillo. Lo sintió por su prenda nueva. Pero tuvo que agujerearla. La bala salió con un estruendo que no había orquesta en el mundo capaz de ahogarle.

Moss se detuvo, como petrificado. La cachiporra escapó de su mano, al tiempo que el hombro se le teñía de rojo rápidamente, por el boquete abierto por la automática, aulló de dolor, y sus hombres se movieron desconcertados. Shelby no sintió escrúpulos en agujerear otra vez la trinchera, apretando el gatillo de nuevo. Uno de los energúmenos gritó, llevándose las manos al muslo. Rodó por tierra aparatosamente, indicando a los demás que era preferible recular.

Lívido y tambaleante, apareció Kruger en la puerta de la oficina, mirando la escena del corredor. Del club llegó un estruendo inenarrable de gritos, carreras y sillas caídas con el salpicado de algún que otro juego de cristalería echado a perder. Lane se puso en pie de un brinco, a pesar del dolor de sus costillas, corrió por el pasillo, con el paso franco, cruzó la cortina de separación, y ante la visión de su arma ya fuera del bolsillo, la gente se echó hacia atrás con alaridos de horror.

Muy inquieta, pálida y nerviosa, le esperaba Hilde, ya en pie. Lane llegó hasta ella, la tomó por un brazo y susurró a su oído:

—¡Deprisa, pequeña! ¡Esto es un cubil de fieras sanguinarias! ¡Vamos a toda prisa!

Corrieron por la sala. Iban hacia la puerta, cuando Lane captó la visión fugaz de un inoportuno tipo macizo, uniformado de azul, que tocaba un estridente silbato a la salida. Rápido, maniobró hacia el corredor interior. Su dedo se tensó en el gatillo, mientras penetraban a paso de carga en el lóbrego corredor. Kruger asistía a Moss, mientras los demás gorilas iban hacia el Club, al ver aparecer a Shelby, con el arma por delante, retrocedieron a toda prisa.

—¡Paso, paso, o sigo vaciando el cargador! —gritó Lane, rabioso—. ¿Dónde hay una salida?

—Arriba —dijo fríamente Kruger, mirándole con odio—. Da a un callejón trasero. Pero nos volveremos a ver, Lane. Y entonces no le será tan fácil huir.

—Encantado, Kruger —rió el boxeador sin soltar el brazo de Hilde, que miraba aquella escena de película de pistoleros, muy asustada—. ¡Vamos, Hilde, a toda prisa!

Uno de los amigos de Moss intentó algo, acercándose a un cajón de botellas de cerveza, arrinconado en un ángulo del pasillo. No llegó a tocar el gollete de una botella. El balazo que disparó Shelby le agujereó la muñeca, arrancándole aullidos de dolor. Cayó contra las cajas, rompiendo las tablas en mil fragmentos con su sólido peso.

Las botellas se desperdigaron, con estruendo de vidrio destrozado, sobre el húmedo suelo del corredor. Y algo más se desperdigó también, invadiendo el lugar. Papeles rectangulares, verdosos o azulados, ceñidos por tiras de goma elástica. Lane, que corría ya con Hilde hacia el fondo oscuro del corredor, lanzó una exclamación de estupor.

Una verdadera fortuna en billetes de cinco y diez dólares cayó en cascada ante los ojos atónitos de Kruger y la pandilla de granujas forzudos, al reventar el cajón que los contenía. Rápido, inclinóse, sin dejar de mantener a raya a sus enemigos, y tomó dos fajos de los billetes, hundiéndolos en su trinchera. Después, con toda rapidez, siguieron la carrera. Del Club llegaban auténticos clamores y carreras, mezclados con silbatos policiales y voces autoritarias ordenando calma y método.

Desembocaron en un lóbrego sótano de altísimo techo de piedra, con troneras al nivel de la calle. El lugar hedía a cerveza pasada, a suciedad y a subterráneo. Unas escaleras de piedra arrancaban a su izquierda, conduciendo a un nivel más elevado, donde distinguió Shelby una puerta recia, asegurada con un barrote de hierro cruzado. Subieron, pisando cuerpos vivos y animados, alguno de los cuales chilló agudamente.

—¡Ratas, Shelby! —gimió, aterrorizada la joven.

—Claro. Pero eran ratas peores las que dejamos atrás, Hilde. Vamos, no se asuste ahora.

Subieron, a sus espaldas, la voz de Kruger aulló:

—¡Están en el sótano, agente! ¡Vayan allí!

Lane lanzó una imprecación y cargó contra la puerta. Pero ésta era sólida, con fuerte cerradura de hierro oxidado. Tiró con furia de la barra de hierro, que se derrumbó contra el fondo del sótano, al

mismo tiempo, aplicó el arma a la cerradura y disparó dos veces.

La cerradura saltó, arrancada de cuajo por las balas de la automática. Un disparo silbó tras ellos, salpicándoles de fragmentos de ladrillo al clavarse en el muro a poca distancia.

—¡Deprisa, a la calle, Hilde! —susurró Lane, ambos saltaron al oscuro callejón lleno de basuras, a espaldas del «Embarcadero». Por él corrieron hacia el punto donde dejaron el viejo «Hudson» alquilado. Por fortuna, no habían cometido el error de aparcar ante la entrada del Club, que ahora sería un hormiguero de policías.

Lane llevaba cogida por el brazo a Hilde. Sus pasos resonaban huecamente sobre el adoquinado irregular de la calleja. Estaba lloviznando ahora, y el suelo brillaba como si fuera charol lustroso.

Desembocaron en Waterfront Alley, en cuya esquina permanecía aún el «Hudson» aparcado. Y lo que resultaba más gracioso, con una papeleta de multa fijada a su parabrisas. Pero Lane no tenía tiempo de reírse. Metió a Hilde dentro de un empujón, saltó él junto a la joven, y apretó el acelerador, después de poner el motor en marcha, tal como viera hacerlo en cierta ocasión a la joven.

Coincidiendo con el ulular, siempre desagradable, de las sirenas policiales, el «Hudson» roncó estrepitosamente, en dirección a Market. Hilde miraba de soslayo el enérgico perfil de Shelby, guiando a través de callejas poco frecuentadas del antiguo barrio marítimo de la ciudad.

—Shelby, siempre estamos huyendo, de todo y de todos. ¿Hasta cuándo durará esto?

—No lo sé —el joven se encogió de hombros—. Puede terminar cuando la policía nos cace, o cuando yo sepa quién mató a Happy y tenga pruebas para demostrarlo.

—Pero siendo inocentes, Shelby, ¿por qué hemos de escapar y escapar siempre?

—Porque el día en que se cierren tras mí las puertas de una celda, será muy difícil salir. —Lane respiró hondo—. Una vez, siendo inocente de algo, fui encerrado por los Federales. Me costó meses respirar de nuevo la libertad. No quiero volver allá En el mundo, desgraciadamente, la justicia humana dista mucho de ser perfecta. Se dejan guiar por las apariencias, no fían en el aspecto humano de cada uno, sino en su posible culpabilidad. Con muchos menos indicios acusadores que ahora, fui condenado. ¿Cree que

saldría bien librado de un nuevo golpe, esta vez por asesinato? No, Hilde, no volveré a dejarme cazar mientras siga respirando en el mundo. Si usted comprende que estoy en un error, que es posible luchar desde el interior de una celda, vaya a la policía y entréguese. Yo no iré con usted.

—Está en un error, Shelby —dijo ella roncamente—. La justicia de los hombres no puede ser así. Existirán engranajes lentos, erróneos o sobornables, pero no todo es igual.

—Quisiera tener sus creencias. Pero no puedo. —Lane apretó las mandíbulas—. Ni usted tampoco las tendría si hubiese de pasar sus métodos. No le aconsejo que les vaya con su historia a ellos. No la creerían...

Ella enmudeció. El «Embarcadero» quedó lejos, a espaldas suyas. Sortearon callejuelas, avenidas y calles iluminadas, con nutrido tránsito, hasta detenerse ante un puesto de periódicos de Maiden Lane. «Gumps» parpadeaba con reflejos multicolores ante ellos.

Shelby tendió una moneda al vendedor. Recogió el *San Francisco News* y echó una ojeada a la primera página. Con un suspiro le tendió el periódico a Hilde.

—¿Ve lo que le decía? —murmuró—, así son ellos.

Hilde gimió entre dientes, con un temblor nervioso en sus manos bronceadas.

«SHELBY LANE, EL BOXEADOR, ACORRALADO DENTRO DE LA CIUDAD. UNA MUJER VA CON ÉL, AYUDÁNDOLE EN LA FUGA, LA PAREJA DE DESESPERADOS DELINCUENTES CAERÁ DE UN MOMENTO A OTRO EN MANOS DE LA POLICÍA».

—¡Dios mío, Shelby, es horrible! —Ella se cubrió los ojos con sus manos—. Nos cogerán sin pérdida de tiempo... Tenemos que estar locos para pretender hallar una salida en esta ratonera de asfalto y cemento. Estamos en un cepo, un cepo sin salida...

—¡Calla un momento! —le atajó Lane súbitamente, reclinándose sobre la ventanilla del coche. Ella enmudeció, escuchando también la radio que el vendedor de periódicos tenía abierta.

Era el boletín de noticias de la noche.

—... «y de este modo, a la actualidad criminal de nuestra ciudad, centrada en la desesperada lucha de un criminal, Shelby

Lane, y de su cómplice, Hilde Murdock, contra las fuerzas de la Ley, se unen dos notas trágicas y violentas, que han conmovido vivamente el apacible ritmo de nuestra vida cotidiana...».

«¿Apacible?», pensó Lane. ¿A qué le llamarían «apacible» los redactores de estos boletines informativos?

«La primera nota penosa la constituye el hallazgo en Presidio Park del cuerpo de una mujer rubia y hermosa, muerta por estrangulación. Se la ha identificado en principio como a Lucian Kruger que, bajo el nombre de Lucy Lee, actuaba en un conocido club nocturno de nuestra ciudad. La policía examina la curiosa circunstancia de que fuera precisamente en el apartamento de Lucy Lee donde apareciera el cadáver de Happy Winslow, la víctima de Shelby Lane... El último suceso sangriento de nuestra negra crónica de hoy, corresponde a un acto de “gangsterismo” ocurrido en Fishermans Warf entre las nueve y media y las diez menos cuarto de esta noche. Desde un coche oscuro y sin identificar, fueron hechos varios disparos de pistola contra dos hombres parados en un chaflán iluminado por los puestos de venta de mariscos y crustáceos cocidos. Uno de ellos, el ciudadano de color, Fred Ascott, resultó muerto de dos balazos en la cabeza. El otro, el agente deportivo Bill Travers, ha sido hospitalizado en el Pacific Hospital, con una grave herida de bala en el costado, que pudo haber sido mortal. Sobre este suceso...».

Hilde, asombrada, experimentó la sensación de que el coche arrancaba a volar, tal vez el ímpetu con que Shelby lo lanzó adelante, sin escuchar más. Cuando Hilde le miró, su rostro era una lívida máscara de horror, ferocidad y odio...

CAPÍTULO VII

El Pacific Hospital era un gran edificio cubicular, todo vidrio, cemento y hierro, erguido agresivamente al final del Pacific Avenue. Globos de blanca opalescencia iluminaban en herradura los dos grandes arrietes que le separaban de la ancha avenida, a su derecha. Sobre un gran cartel metálico, letras doradas anunciaban su nombre y condición clínica.

—Puede haber policías, Shelby —le dijo Hilde, antes de abrir el joven la portezuela—. Recuerda que ha sido un atentado. Cualquier visita para Bill será objeto de vigilancia.

—Sí, lo sé, lo sé —dijo entre dientes Lane. Su palidez mortal persistía. Y los ojos agudos chispeaban peligrosamente—. ¡Pero esos canallas han matado a Fred Ascott, un amigo bueno, noble y leal, que quiso ayudarme en todo! La culpa de su fin es mía. Yo debía de estar en su puesto a aquella hora, hablando con Bill, y eso es lo que debió creer el tirador del coche. ¡No pagarían con cien vidas ese crimen, el más abominable de todos! Pobre Fred... Esta mañana, guisando para mí en su humilde apartamento y ahora...

Un sollozo rasgó su voz. Se rehízo, luchando contra su propia debilidad, y Hilde le miró casi con miedo. Cuando un hombre de la dureza de Lane se estremecía de emoción y dolor, el resultado de esa debilidad tenía que ser por fuerza desastroso. Para él... o para todos.

—Todo eso es penoso y cruel, Shelby —le dijo la joven, apoyándose en su brazo. Una ola de cálida proximidad aleteó sobre Lane—. Pero cometiendo una tontería, no le devolverá la vida. Piense en usted mismo. Si han intentado realmente matarle a usted, es que empieza a ser un estorbo para alguien. Y eso es señal de que siguen un rastro cierto, peligroso... Deje de seguir jugando al

escondite con la policía. Puede terminar mal. Si realmente apreciaba tanto a Fred, no luchará mucho por su memoria metiéndose en ese edificio. En torno a Bill Travers, su agente, habrá una red policíaca. Tendrá que dar su nombre, y entonces...

—Tiene usted razón, Hilde —la miró con cierta ternura—. Gracias por advertirme. Pero necesito ver a Bill, saber lo que esos canallas le han hecho, enterarme de cómo ocurrió...

Se volvió hacia el edificio del hospital, rodeado de sombras, de repente se irguió. Un «Cadillac» negro se había detenido ante los arrietes, de él descendió presurosa una mujer, con el rostro lívido, a la luz de los focos del «Hudson». Ella los miró un momento y siguió con premura hacia la entrada del edificio. En aquel fugaz instante, Shelby la reconoció.

—¡Carol! —musitó—. ¡Es Carol, la mujer de Bill! ¡Ella me ayudará a entrar!

Abrió la portezuela, saliendo al exterior. La lluvia seguía siendo menuda e intermitente. Pero el aire en aquel semidescampado era frío y desapacible. Llovería más esta noche.

—Shelby, por amor de Dios, tenga cuidado —pidió Hilde, asomándose tras él—. Por mí...

Lane la miró largamente. Una semisonrisa animó sus exangües labios al responder:

—Lo tendré... sólo por usted. Espéreme en cualquier sitio caliente... —Oteó un luminoso al otro extremo de la Avenida—. En aquel restaurante, por ejemplo...

Lanzóle a la joven un beso con la punta de sus dedos, y luego corrió tras Carol.

La esposa de Bill se detuvo, a punto de lanzar un grito, cuando oyó la carrera a sus espaldas. Pero Shelby llegó a tiempo de evitarlo, con un vivo gesto; y una voz:

—¡No, Carol! ¡Soy yo, Lane! —Llegó ante ella y se paró, jadeando—. He sabido lo de Bill y Ascott...

—Lane... —Carol le miró, con expresión de temor en sus oscuros ojos. Estaba mortalmente pálida y le temblaban las manos—. Han podido matar también a Bill... Casi lo lograron...

—Lo sé, lo sé... —Shelby la contuvo con un vivo gesto pidiendo silencio—. Necesito ver a Bill, Carol. Quiero saber lo que pasó. ¿Le ha visto usted ya?

—Aún no. Me han llamado a casa. Dije que vendría enseguida... Pero hay policías, Lane. Le conocerán en cuanto le vean...

Shelby se puso sus gafas oscuras, se hundió algo más el sombrero, y tomó a Carol del brazo, siguiendo hacia el edificio, por la grava húmeda y chirriante.

—Correré ese riesgo una vez más. Es mi única oportunidad de verle. ¿Puede sugerir algo?

—Eh..., sí. —Carol meditó con rapidez—. Les diré que usted es Larry, mi primo, acaso resulte..., pero acaso no. Es un riesgo terrible. Para usted, Lane, no para mí.

—Lo entiendo así, Carol. Gracias..., y adelante. Necesito saber lo que ocurre, y Bill es la única persona en el mundo que puede ayudarme ahora...

Entraron en el edificio. Una enfermera seca, estirada y grave, les envió al piso tercero cuando supo su nombre y objeto.

En el tercero, una enfermera más joven y muchísimo menos seca, les procedió, contoneando las caderas, hasta el pabellón rotulado

CIRUGÍA,

donde un par de policías uniformados y otro de calle, desaliñado y macilento, esperaban sentados en incómodas sillas de tubo cromado y plástico blanco. Se irguieron al aparecer ellos, y saludaron a Carol especialmente, con cortés deferencia. Sin duda, un teléfono interior les avisó de la visita.

Había cinco probabilidades entre cien de que no hubieran visto las fotos de Lane en los diarios, y sólo dos o tres de que, si las habían visto, no le reconociesen. Shelby soportó fríamente su escrutadora mirada, y triunfó el mínimo de probabilidades, por el momento.

—Bien, señores, vengan, por favor —indicó el agente de paisano—. Soy el sargento Müller, de Homicidios. El señor Travers está muy mal, pero saldrá de ésta. Se le pudo extraer a tiempo la bala. No les puede conceder más que cinco minutos. Son órdenes médicas, señora.

—Lo comprendo —dijo ella ahogadamente, mirando de soslayo a Shelby, que asintió.

Juntos penetraron en el cuarto 385, donde yacía una pálida y agotada imagen de Bill Travers, el agente pugilístico de Shelby y de

otros cien boxeadores mediocres del Oeste del país. Una enfermera se apartó al entrar ellos, dejando a un lado el diario que leía, a Lane le corrió un sutil escalofrío la espina dorsal al ver su foto en primera página.

Carol avanzó hacia la cama, sentándose en su borde. Rápida, habló:

—¡Bill, Bill, vida mía! ¿Puedes oírme? Soy yo, tu Carol...

Repitió esto mismo tres veces. Shelby, tenso, junto al sargento Müller, esperaba. Finalmente, Bill abrió los ojos como si lo hiciera a cámara lenta. Los fijó en Carol, esbozando una sonrisa con sus labios color de mármol.

—Mi... pequeña Carol... —musitó—. La fiel y buena Carol... No hubo suerte esta vez, querida... Pero creo que no me iré al valle de las sombras...

Alzó la mirada hacia los demás ocupantes de la habitación. Rápidamente, Carol añadió:

—He... he traído conmigo al primo Larry... ¿sabes, Bill? A... Larry. Él se empeñó en venir... para saber lo que te ocurría...

De momento, Travers pareció desconcertado. Entornó los ojos, estudiando al tranquilo Lane, en cuyo bolsillo temblaba la mano, rozando su automática. Müller no se movía.

—Oh, sí, primo Larry —musitó finalmente Travers, entendiendo—. Gracias, muchacho. Has sido muy bueno..., y te has enterado enseguida...

—No le fatiguen mucho —indicó el sargento, vivaz—. Ya saben lo que dijo el médico...

—Sí, lo recuerdo bien, sargento. —Shelby avanzó hacia el hombre postrado—. Bill, ¿cómo pudo ocurrir eso?

—Ni yo mismo lo sé... er... Larry. Estaba hablando con Fred Ascott, que me explicaba la imposibilidad de que mi pupilo acudiera a la cita, cuando apareció el coche. Nos barrieron a tiros antes de que pudiéramos sospecharlo. Fred estaba de espaldas a la calle, acaso le confundieron con otro, ¿sabes? Además, llevaba la gabardina de..., de mi pupilo. En cuanto a mí, traté de escabullirme, pero me alcanzaron, aunque no de lleno. Caí a tierra y no sé más... He despertado aquí, después de extraerme el plomo del costado. Les faltó poco para que fuesen dos, en vez de uno... Pobre negrito, le destrozaron el cerebro...

Carol gimió entre dientes, muy pálida. Shelby apretó las mandíbulas hasta que le crujieron los huesos de pura violencia. Müller le estaba mirando de soslayo. Lane insistió:

—¿Y por qué lo hicieron? ¿Le contaste algo a Fred que pudiera provocar ese atentado?

—¿Yo? Claro que no. Hablábamos de cosas convenidas, ¿sabes? Creo que el golpe iba más dirigido a él que a mí. Por error tal vez, ya te lo dije. Pero nos tiraron a los dos.

Müller se había apartado un poco en este momento, y Lane lo aprovechó para sentarse junto a Carol e interrogar:

—¿Algo especial sobre Freeman, Winslow, Kruger o el editor Knox, Bill?

—Nada, que yo sepa. Para ellos debieron de creer que sabíamos algo —habló entre dientes, ininteligiblemente—. Corre, Shelby, escapa de aquí, escóndete donde sea, lejos de esta ciudad, hasta que pase todo esto. Iba contra ti la cosa, podría jurarlo. Ellos no sabían que era Fred, no podían verle...

—¿Ellos? ¿Eran varios los del coche?

Asintió Bill en un calendario mural con fotografías en color de paisajes canadienses.

—Por lo menos, tuve ocasión de apreciar tres siluetas. Hombres todos... Pero no vi sus caras. El coche era oscuro. Podía ser gris plomo, azul o cosa así... No vi más, Shelby, ahora vete, por el amor de Dios... Todo esto es dinamita pura...

—Y que lo digas. Pero no seré yo quien vuele por los aires cuando estalle... —Lane se incorporó, mirando a Carol—. ¿Te quedas tú, prima Carol?

—Un poco más, Larry. ¿Tienes prisa? —Ella fingía maravillosamente, aunque bajo su capa habitualmente serena y apacible, latían los nervios, sometidos a tremenda tensión.

—Sí. He de ir aún a casa de los padres de mi novia. Los viejos no saben nada de esto. Os veré mañana. Volveré a verte, Bill. Buenas noches a todos.

—Le acompañaré, señor... —intervino Müller, cortés, acercándose a él.

Shelby no se inmutó, aunque sus músculos estaban tensos bajo la tela de su ropa. Caminó hasta la salida, la cruzó, parsimonioso, y siempre sin despegarse de Müller, salió al corredor blanco y hostil.

Los policías les vieron cruzar, sin moverse.

—¿Usted sabe algo de todo esto? —interrogó Müller de repente.

—¿Qué puedo yo saber? Creí que lo ocurrido tendría algo que ver con los negocios de mi primo, pero él asegura que no. Siendo así, más bien parece un error de alguien.

—¿Lo cree así? ¿Sabe que el muerto es Fred Ascott, cuidador de boxeo, amigo por cierto de un tal Shelby Lane, a quien se busca por asesinato? También es casual que ello coincida con la muerte de Lucy Lee, una chica que tenía relaciones con Happy Winslow, cuidador de ese tal Lane que le he citado. Y Winslow murió hoy. Son muchas muertes en un día, para que resulte casual.

—Ya. ¿Es ésa una teoría personal suya, sargento? —sonrió Lane, muy sereno.

—No. Es una teoría del FBI —respondió con suavidad Müller.

—¿El... FBI? —Shelby se contuvo con un poderoso esfuerzo. Era un nombre que le traía malos recuerdos—. ¿Y por qué la autoridad federal, en un simple caso de homicidio?

—Porque hay un delito federal por medio —informó el sargento, sacando un cigarrillo, que se puso entre los labios. Tendió otra a Lane—. ¿Quiere fumar?

—Gracias —aceptó Shelby. Estaban ya ante los ascensores—. ¿Qué clase de delito es?

—Falsificación de moneda y tráfico de ella en diversos estados. Interesante, ¿verdad? El negocio pudo llegar lejos, de haber seguido unidos Winslow y Lane, con la banda. Pero cosas entre ellos, rencillas profesionales al margen de su negocio legal, dio al traste con el plan. Lane debía de ser el jefe, porque ahora está liquidando a todos por un metódico sistema, bastante rápido. Pero no irá muy lejos ya. El cerco en torno suyo se estrecha por momentos. Tiene una mujer en complicidad con él, sobrina de Winslow. Caerán los dos antes de que transcurran veinticuatro horas. Es inevitable.

—Ha sido muy amable explicándome todo el caso, sargento —sonrió Lane, al abrirse el ascensor—. Buenas noches.

—Buenas noches, señor... —Inició el otro, mirándole.

—Brown —respondió suavemente Lane, antes de cerrar la puerta del ascensor y descender.

En la planta baja seguía la misma enfermera momificada, atendiendo al teléfono interior de la clínica. Pasó ante ella, dando

las buenas noches, de pronto, ella le detuvo:

—Un momento, señor. ¿Es usted familia del paciente de la cama 385?

—Sí. —Lane se detuvo, extrañado, mirándola—. ¿Por qué?

—Ha de firmar en esta ficha, consignando el día y la hora de su visita. Es el reglamento, señor...

Ella le tendió una cartulina en blanco, acaso Shelby hubiera escrito, sin recelar nada. Posiblemente hubiese caído así inocentemente en el garlito. Pero la enfermera, cometió el error de mirar nerviosamente a la escalera, de donde llegaba un rumor de pasos suaves pero rápidos.

Shelby alzó los ojos hasta la mirada de la enfermera, que le rehuyó, muy nerviosa. En el acto, el joven corrió hacia la puerta. La enfermera chilló desesperadamente:

—¡Se escapa! ¡Shelby Lane se escapa! ¡Socorro!

Sus alaridos pronto conmoverían los cimientos del lugar, pero Shelby ya cruzaba la amplia vidriera de salida. Un joven enfermero con blanca bata se le cruzó, belicoso. Lo envió de un directo escalofriante al centro de un arriate, donde se quedó como un pelele.

Rápido, Lane corrió bajo la lluvia, más copiosa ahora, hacia el coche de Hilde. Se quedó parado, como si echara raíces en tierra. ¡El coche, Hilde misma! ¡Todo había desaparecido súbitamente de su vista!

Era en vano que buscara alrededor suyo, por si ella eligió otro lugar de aparcamiento. No había rastro alguno del viejo «Hudson» o de su hermosa ocupante, angustiado, sintiendo ya las carreras y voces precipitadas en el vestíbulo del hospital, Lane corrió al «Cadillac» negro, charolado por la lluvia, de Carol Travers. Tuvo la suerte de que, en su premura, Carol hubiera dejado abierta la portezuela. Se metió dentro, hizo girar la llave del encendido, que colgaba en su ranura Yale, y emprendió la marcha a toda velocidad, haciendo patinar las llantas sobre el asfalto de la desierta Avenida Lincoln, en cuyo asfalto se reflejaban las luces del alumbrado callejero. Hizo sonar agudamente el claxon al pasar ante el restaurante abierto toda la noche, pero nadie salió a su puerta. Hilde no estaba allí, de estar, hubiese aparecido inmediatamente, imaginando que algo ocurría.

Dejó atrás el Hospital y todo lo demás. Sonaron dos disparos en el solitario paraje, despertando ecos en las callejas inmediatas. Finalmente, sin otra novedad, las luces del edificio clínico se hundieron en la lluvia y las sombras.

Shelby condujo como un desesperado, por un San Francisco silencioso y desierto, a causa de la lluvia y lo intempestivo de la hora. Tenía razón el sargento Müller, aquello no podía durar ya mucho. Era cuestión de horas caer en manos de la policía. O del FBI, lo cual aún era peor. Ya, ni siquiera podía contar con Hilde. ¿Dónde estaría ella? No es fácil desaparecer en cinco minutos, sin dejar rastro. Y si la hubieran arrestado a ella, él no hubiera podido abandonar el hospital.

Recordó las palabras de Bill Travers, en su lecho de herido. «Huye, por amor de Dios... Esto va contra ti. Creían que eras tú, cuando mataron a Fred, estoy seguro...».

Fred Ascott. El amigo, sacrificado estúpidamente a aquellos cobardes sedientos de sangre, ocultos como sanguijuelas en la ciudad. No tenía virtualmente donde esconderse para pasar la noche. Sentía sueño, agotamiento, cansancio...

Era como luchar en el centro de un círculo. No había salida, todos los caminos conducían al mismo cerco, obsesionante y cruel. Un círculo... Eso le dio una idea. El círculo es una línea que va a terminar precisamente donde empieza, acaso aquello fuera lo más sensato de todo. Descubrir la razón de tanto disparate sin sentido...

Frenó el «Cadillac» robado a los Travers en una calleja, adyacente a ésta, parpadeaba un luminoso verde y amarillo, con la grotesca figura de un loro. Y unas letras: THE PARROT.

Era un triste local alargado y solitario, donde un barman con aparente dolor de pies se arrastraba lánguidamente hacia un solo cliente, desastrado y abatido, ante el que se alineaban ya cinco o seis vasos vacíos, al cruzar, Lane pidió un doble *whisky*. Luego, se metió en la cabina telefónica y hojeó la gruesa guía de la ciudad.

En ella no figuraba en absoluto el nombre de Samuel Moragas. Había unos veinticinco o treinta Moragas, todos sudamericanos u oriundos, sin duda. Pero de Sammy, el misterioso socio de Alfred Kruger en el «Embarcadero», y patrón de Moss, siempre según Kruger, no había ni rastro. Lane buscó otro nombre en el apartado

de la letra K. Pasó de largo a Hal Knox, cuyo número coincidía con el que apuntara Winslow antes de morir: NOB 7964. Había allí otro Knox. Textualmente, Herbert Rice Knox, publicista. Su número, CIV9601.

Ni corto ni perezoso, echó un níquel en la ranura y marcó el CIV9601.

Tras un rato de zumbidos, una voz somnolienta, preguntó en el receptor:

—¿Diga?

—¿Es usted Herbert Rice Knox? —interrogó Lane.

—Sí. ¿Y usted quién diablos es? —Gruñó la voz, irritada.

—Jorge Washington —rió Lane.

—¡Oiga, gracioso, si le tuviera al alcance de mi mano, le... le...!

—Soy amigo de Hilde Murdock, Knox —le atajó Lane, vivamente.

—¿Eh? —La voz perdió todo rastro de sueño—. ¿Qué sucede con Hilde? Ayer desertó de su trabajo. Y he leído cosas de ella que... ¡Espere! ¿Es usted Shelby Lane?

—El mismo. Veo que ha leído cosas, realmente. Oiga, Knox, quisiera saber algo en relación con Hilde, conmigo..., y con cierto primo suyo, Hal Knox.

—No le diré nada. No tengo trato con asesinos.

—¿De veras? A lo mejor el asesino es su primito Hal, además de dirigir periódicos deportivos, su número de teléfono estaba en el bolsillo de Winslow, al morir. Raro, ¿eh?

—Winslow era «manager» de boxeo. ¿Qué tiene de notable el número de teléfono de un editor deportivo?

—Mucho. Winslow estuvo para algo en el Club «Embarcadero», un cuchitril de segunda categoría, propiedad del apostador profesional Kruger. Puede ser que no signifique nada, pero entonces escribió Winslow el número de Knox. ¿Para qué? Acaso tuviera urgencia en verle..., y no le dejaron. Vamos, sea bueno, Rice, y dígame lo que pueda de su primo. ¿Qué negocios sucios lleva entre manos el honesto Hal?

—¿Negocios sucios él? ¡No me haga reír! Es rico, mucho más rico que ese Kruger, que yo y que otros de esta ciudad que presumen de adinerados. No necesita delinquir para ganar dinero. Y no creo que tenga nada que ver con asuntos de garitos ni cosa así.

—¿Dónde vive Hal? —preguntó Lane—. Quiero decir su casa, no sus oficinas. Quisiera verlo esta mañana mismo, antes de las horas de trabajo.

—No le aconsejo que lo haga. Hal gusta de levantarse tarde. Pero si busca en Rincón Hill, cerca del ferrocarril de Oakland, acaso de con él. Es Freemont, 1047.

—Gracias, amiguito —rió Lane—. Es usted buen chico.

—Ojalá no me arrepienta de ello. He dejado de creer en su culpabilidad al ver que Hilde es acusada también. En eso puedo equivocarme. Hilde es un ángel, la conozco bien.

—Pues ha levantado el vuelo nuestro ángel. Se ha evaporado pronto. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

—Ni la más mínima, Lane. ¿Cree que le ha pasado algo malo?

—Eso quisiera yo saber, Rice, de todos modos, buenas noches. La buscaré.

Colgó, cortando las preguntas inquietas del publicista, y salió de la cabina, apuró su consumición y salió a la calle.

CAPÍTULO VIII

Franquear verjas, por altas que sean y por cerradas que estén, era algo fácil para un hombre de la contextura atlética y ágil de Shelby. No constituyó obstáculo alguno el cerco de hierro pintado de verde que rodeaba aquella edificación gris, perdida entre arrietes y alamedas de altos setos, en plena Colina Rincón, frente a las vías del ferrocarril de Oakland. Un tren de madrugada se deslizó hacia el puente de la bahía, cuando Lane piso el claro de arenilla húmeda, ante la puerta de la mansión en cuyo buzón de entrada figuraba el nombre, en letras oscuras, de relieve: H,

KNOX.

Lane buscó una abertura para introducirse en la casa, de ser verano, esto no hubiese constituido inconveniente, pero la lluvia había forzado a cerrar ventanas y postigos. Sin desmayar por el fracaso inicial, dio vuelta completa al edificio, tanteando todas las aberturas.

Por fin, un cristal cedió a su presión. Pero detrás había una espesa red metálica. Shelby sonrió con acritud. Extrajo su navaja de resorte, atacando el fino alambre. La centelleante hoja, afiladísima, cortó como si fuera sobre seda, abierto un boquete grande, Lane tiró a un lado, dejando abertura suficiente para su cuerpo. Y entró.

Era una cocina, a pesar de la oscuridad, se reconocía su olor a comida. Eludió un cubo de basura y pisó sobre baldosines claros hacia una puerta cerrada. Rechinó un poco al abrirla, pero lo consiguió sin dificultades, saliendo a un largo corredor.

Se detuvo indeciso, en las sombras. Escrutó alrededor, buscando algún signo de vida. Un rumor de voces lejanas le llegó, borroso. Miró en su dirección. Una escalera se curvaba, ascendiendo al piso alto, en un gran salón. Lane pisó la blanda alfombra, tanteando para

no golpear algún mueble. En algún lugar de la casa, un reloj sonaba con monótono tic tac.

Ascendió lentamente la escalera. Las voces se aclaraban por momentos. Eran de hombre y mujer, de pronto, le llegó una risa femenina, ruido de copas y el sonido amortiguado de una radio o gramo la. Encajó las mandíbulas, tenso. Extrajo la automática arrebatada a Gargan.

De este modo, avanzó hasta una puerta, bajo la cual se filtraba luz. Escuchó. La voz de hombre hablaba ahora, ininteligiblemente. Respondió una mujer. Y a pesar de no entender lo que decía, Lane supo que conocía esa voz. No era la primera vez que la oía.

Sin duda, estaría cerrada esta puerta. Era mejor hacer algo que les indujera a abrirla. Lane se limitó a tirar a tierra la pistola. Luego, en silencio, inclinóse a recogerla. Dentro de la habitación, enmudecieron. Unos pasos se aproximaron a la entrada. Lane ya estaba a un lado, con la automática entre los dedos. Y decidido a todo.

Cuando la hoja de madera abrióse, lo primero que apreció Shelby fue un revólver de calibre 38, en negro, algo pasado de moda. Detrás, una cabeza calva y redonda asomó, escrutando el corredor.

Vivamente, Lane le hundió el cañón de su automática en el vientre y siseó:

—¡Un solo grito y le frío a tiros, Knox! Vamos, suelte la chatarra y adentro.

El hombre calvo gimió, atemorizado. Se dejó quitar el arma. Dentro de la habitación, la mujer ahogó un grito con la mano sobre sus labios. Lane empujó a Knox dentro, sujetando las dos pistolas, cerró tras sí, con un golpe de tacón, y se quedó mirando a la hermosa pelirroja, siluetada al trasluz de una lámpara de pie, dentro de una bata muy liviana.

—Buenas noches, señora Winslow —saludó burlón el joven—. No esperaba hallarla aquí...

Gladys Winslow, la bella esposa de Happy, retrocedió, perdido el color. Su bata se entreabrió, porque no estaba muy bien cerrada. Lane confirmó que sus piernas correspondían a una verdadera escultura humana. Pobre Happy...

—¿Quién es usted? —gimoteó Hal Knox, fofo y pálido, dentro de

una bata de raso rojo, demasiado enguatada para su cuerpecillo raquítrico—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Soy Shelby Lane —rió duramente el boxeador—. Según la Prensa, el asesino de un montón de gente, de su marido también, preciosa. Y veo que usted celebra el luto muy dignamente.

Los ojos desafiantes de la linda pelirroja se fijaron en él, belicosos.

—¡No era su mujer, Lane! —protestó—. ¡No tenía por qué amarle ni serle fiel! ¡Todavía no habíamos visto jamás un juez de paz ni de lejos!

—¿No? Él decía que era su esposa...

—También lo decía yo. Pero no nos habíamos casado. Yo nunca quise atarme a él. Le necesitaba, porque pasé épocas duras en esta ciudad, y Happy me libró de muchas peores. Sin embargo, no le amaba. Y él lo sabía. No pidió nunca más de lo que podía darle. Incluso cuando encontré a Hal, me faltó valor para confesárselo...

—Muy noble de su parte —se mofó Lane—. ¿Acaso está enamorada de este tipejo? Vamos, jovencita, no me trago cuentos chinos. Usted, aunque no hubiera llegado a ser legalmente su esposa, le debía un respeto, un afecto. Pero Knox tiene más dinero, y eso basta. Era bonito vestir bien y gastar mucho, mientras Happy se arrastraba de pueblo en pueblo conmigo, para ganar dinero. ¡Dinero para usted, que necesitaba mucho más, muñequita!

—No le tolero que... —rugió Knox, con un rasgo de hombría, lanzándose hacia él.

Shelby, asqueado, le soltó un golpe de revólver al estómago. Doblado, tosiendo y jadeando, el editor de revistas deportivas retrocedió, hasta golpear su lecho. Ella no se movió. Ni sus ojos demostraron gran pena por el ataque a su «amado Hal». Shelby rió.

—Veo que sabe estar al margen cuando le conviene, gatita —acercóse a ella, metiendo el 36 de cilindro, arrebatado a Knox, en su bolsillo. No soltó, sin embargo, la pistola—. Es demasiado linda para serle fiel a nadie, ¿verdad? Sin embargo, he visto bellezas así terminando muy mal. Lucy Lee, por ejemplo.

—Usted sabrá. ¿No fue quien la mató? —le espetó ella fríamente, con un brillo cruel en los ojos.

—Claro. Como a Fred Ascott, como a Happy y como herí a Bill Travers. Soy Petiot.

—Su sistema de invadir domicilios es propio de pistoleros, al menos.

—Yo no puedo utilizar su sistema, encanto —deslizó su mirada insultante por la hermosa figura de la pelirroja, nada recatada por cierto—. Me faltan atractivos y faldas.

—Hal se va a casar conmigo —le desafió ella—. No cometo ningún mal estando aquí.

—Claro. Son ustedes deleznales, viscosos y repugnantes, pero no me interesan sus enredos privados ni la suciedad de sus conciencias. Es otra cosa lo que vengo a buscar.

¿Qué negocio era el que estaba haciendo Happy en sus viajes profesionales conmigo?

—¿Y yo qué sé?

—Claro que lo sabe. Se le nota en los ojos. Tiene miedo de hablar. Pero usted sabía que él se había embarcado en algo grande. Para ganar más..., a causa suya, ¿no es cierto?

—Yo no le pedí nada. Si él se metió en lo del dinero... —se cortó, mordiéndose los labios. Pero era tarde ya. Lane la acorraló contra un diván, implacablemente.

—Siga, vamos. Siga, encanto... ¿En lo del dinero falso? Sé ya eso. Todo el dinero que llevaba en la cartera al morir, era falso. Billetes de cinco y diez. ¡Cómo éstos!

Sacó billetes de los recogidos en el «Embarcadero», y los lanzó a tierra. Hal Knox y ella los miraron, como fascinados.

—¡Dios mío! —susurró roncamente Knox—. ¿Dónde ha encontrado esos billetes, Lane?

—En el Club de su amigo Kruger. No me diga que no conoce al apostador más famoso del boxeo. Kruger es valiente y duro, pero carece de dinero para mantener ese Club. ¿Es usted quién está detrás de él? ¿Es en su periódico donde se imprimen esos billetes tal vez?

—¿Está loco? —Knox retrocedió, lívido—. Yo no tengo nada que ver en ello...

Lane dejó a Knox y se encargó con Gladys, que tenía el color del barro sucio.

—Vamos, termine usted. ¿Con quién estaba asociado Happy? ¿Quién le daba esos billetes falsos para pasarlos en grandes cantidades a dondequiera que iba? ¿Por qué anotó el número de

Knox en un sobre de cerillas del «Embarcadero»? ¿Por qué tuvo que traicionarme a mí? ¿Qué pretendía con ello?

—No sé nada. Ni diré nada —ella encajó los labios firmemente.

Shelby perdió la paciencia. Debía aquello a Happy, por lo menos. Cruzó dos, tres veces, la carita de muñeca de Gladys. La pelirroja gritó de dolor y de ira. Knox quiso intervenir, pero retrocedió ante la fría mirada de Lane.

—¡He pedido la verdad, Gladys! —rugió Lane—. ¡No pararé ante nada por obtenerla! ¡Si a mí se me trata duramente, yo trataré igual a los demás! ¡Habla, o sigo abofeteándola!

Con los ojos llenos de lágrimas y el rostro enrojecido por los golpes, Gladys sollozó:

—Happy... Happy estaba en contacto con Sammy Moragas, el socio de Kruger... Él es quien le enviaba periódicamente el dinero falso. Y él estaba detrás de todo eso... Sé que Happy tenía miedo. Últimamente, me habló de cesar en el negocio, de retirarse. Pero Moragas no le dejaba. Le obligaría a seguir, a toda costa. También supe que..., que recibió órdenes de perjudicarle a usted. Y él se negó, no quiso hacerlo. Pero me contó que en el sedante que él le proporcionaba antes de los combates, alguien vertió aquella noche un narcótico. Durante su pelea con Lou Smoothy fue amenazado. Tenía que tirar la toalla, o le matarían a usted. Él tuvo miedo y obedeció. Luego, sin poder soportar sus reproches, huyó... Me lo contó todo al volver a casa, de allí se fue a la de Lucy... Dicen que tenía relaciones con ella, pero yo juraría que no. En mí, tenía juventud y belleza, ¿qué más iba a pedir? La hermana de Kruger estaba en el negocio del dinero falso. Era un enlace o algo así.

—Bien, pero ¿por qué tenían que perjudicarme a mí? ¿Qué pinto yo en todo esto? —gritó Lane—, además, ¿dónde vive Moragas? ¿Quién es? ¿Alguien le ha visto alguna vez?

—No —intervino Knox—. Nadie ha visto, que yo sepa, a Sammy Moragas.

—Me gustaría saber por qué se esconde tanto —gruñó Lane—. Es probable que su rostro se pueda encontrar en los archivos policiales y trate de huir de una identificación segura. Y usted, Knox, ¿por qué está metido en todo esto? ¿Qué buscaba de usted Winslow, o usted de él?

—Nada... ¿Qué iba a buscar? Jamás tuve cosa alguna que ver en

Winslow.

—¿No? —Lane, sarcástico, miró de arriba abajo a Gladys. Ella enrojeció—. No estoy yo tan seguro. Pero de todos modos, él fue al «Embarcadero». Y allí, por una razón u otra, anotó su número de teléfono. Ese sobre de fósforos no pudo estar en su bolsillo dos o tres meses, que era lo que llevábamos fuera de la ciudad. Volvió a San Francisco aquella madrugada. Y acudió al «Embarcadero» para algo. ¿A qué hora se presentó en su casa, Gladys?

—Eran... poco más o menos las siete de la mañana. Me arrancó de la cama.

—Ah, ¿ya había vuelto usted a ella? —se mofó Shelby—, de modo que antes de las siete es probable que estuviese en el Club de Kruger y Moragas. ¿Para ver a Kruger? No lo creo. Más bien a Moragas. ¿Es cierto que éste tiene «guardaespaldas»? ¡Vamos, contesten!

—Yo no sé... —musitó Knox, vacilante.

—Yo sí —sostuvo con firmeza la pelirroja—. Happy me dijo que nadie podía llegar a Moragas, sin pasar antes por el fino tamiz de un tal Moss y otros de su calaña...

—¡Moss! —Había cierto júbilo primitivo en el tono de Lane al mencionar al bruto—, así que, o Alfred Kruger dijo la verdad, o usted está mintiendo como él...

—Le juro que no miento —suplicó la «señora» Winslow—. No amaba a Happy y me he portado mal con él, Alfred y yo hemos sido poco nobles. Pero en asesinatos... no tenemos nada que ver. Sé que Happy temía a Moragas, eso es seguro. Y que Moragas es implacable...

—Ya. —Lane soltó una risita—. Pero le dejó usted estrellarse en ese muro, sólo por orgullo y ambición. ¿Por qué no la estrangularon a usted, en vez de hacerlo con Lucy Lee?

Se volvió hacia la puerta, de pronto, tuvo una idea. Volvióse en redondo hacia el asustado Knox, que retrocedió ante su dura expresión. Pero Lane dibujó una sonrisa de lobo.

—Una sonrisa, señor Knox. ¿En pago de que entregó cinco mil dólares a Lucy Lee?

El hombre de negocios palideció mucho más que antes, ahora, la dura mirada de Gladys se fijó en él, tan interrogante y ansiosa como la de Lane. El editor tragó saliva.

—Eso..., eso, ¿cómo lo ha sabido? —musitó, sin pretender negarlo.

—Así —le tendió el verdoso cheque, retirándolo cuando Knox pretendía recuperarlo. Luego acercóse a él y le miró belicosamente —: No quiero más engaños. Busco la verdad, busco la razón de una cadena de crímenes y, sobre todo, de que se pretendiera culparme a mí de todos ellos. Usted es un eslabón de este caso, y le aplastaré sin piedad si no me contesta. ¿Qué negocio existía entre Lucy Kruger y usted, y qué sabía de ello Happy Winslow?

—Se equivoca usted, Lane... —protestó Knox, enfáticamente.

—¡Oiga! —Shelby le sujetó por la solapa de raso de su bata con una sola mano y le atrajo hasta rozar su cara—. ¡He dicho que no quiero mentiras! ¡Ni tampoco perder tiempo! ¡Si no habla de una maldita vez, le destrozaré la cara a golpes! ¡Y si es tan buen editor deportivo como pretende, usted sabe que puedo hacerlo sin mucho trabajo!

Gladys contemplaba la escena con impotencia absoluta. Knox jadeó, muy atemorizado, y cuando Lane le soltó, trastabilló hasta casi derribar la lámpara de pie.

—¡Espere, espere, Lane! —gimió el editor—. ¡Le diré la verdad, la razón de todo...!

—Estoy esperando —manifestó con fría impasibilidad Shelby.

—Lucy era la amante de Happy en realidad... —empezó Knox, ante la mirada de sorpresa de Gladys—. Pero era algo más también. Una desaprensiva como su hermano Alfred. Ella sabía la verdad de nuestras relaciones. Quiero decir las de Gladys y yo... Me amenazó con decírselo a Happy y provocar el escándalo. Yo tuve miedo, y le envié el dinero que me pidió.

—Y al mismo tiempo, acabó con Happy y Lucy, ¿no es cierto?

—¡Claro que no! —protestó vivamente el editor—. ¡Sólo envié ese dinero, sin saber lo que ocurriría! Yo no deseaba un escándalo así, arruinaría mi periódico...

—Y en cuanto Lucy tuvo el dinero, informó igualmente a Happy. Éste tomó acaso la cajita de cerillas del Club o de casa de ella, y anotó allí su teléfono, para ajustar cuentas más tarde. Pero entonces le mataron, y el asunto terminó aun antes de empezar. Sería una historia convincente, Knox, pero no para mí. ¡Usted está metido en el asunto del dinero falso, usted enviaba esos billetes, una vez

impresos en máquinas suyas, a Moragas o a Kruger, los cuales a su vez los entregaban a Happy y a otros como él, para su distribución!

—¡No, eso no es cierto! —protestó débilmente el editor.

—¡Claro que es cierto! —rugió Lane, acorralándole—. ¡Lucy recibía también su parte, como engranaje del asunto! El triunvirato director aparece claro al fin: Kruger, usted..., y el enigmático Sammy Moragas, sobre el cual les interesa a todos echar las culpas. Ha encontrado el dinero en el Club, a punto de distribuirse a los encarga dos de ello. ¡Algo ha fallado esta vez, por culpa del terror de Happy a seguir en el asunto, y la organización, poderosa y perfecta, se desmorona, Knox! ¡Usted y Kruger tienen miedo! ¡Miedo! ¿A qué o a quién? ¿Acaso a Moragas? ¿Es él quien está tratando de traicionarles y quedarse con la parte del león?

Algo en los ojos atemorizados del editor, un centelleo vivaz y rencoroso, dijo a Lane más que todo cuanto hubiera podido expresar la voz temblorosa del hombre. Supo que estaba al fin en el verdadero camino, y que conocía al hombre que, en las sombras, movía los hilos de la trama: ¡Sammy Moragas, el socio invisible del «Embarcadero»!

—Al fin di con la verdad escondida, ¿eh, Knox? —Silabeó, furioso.

—Yo... no podía decirle todo eso... —gimoteó el editor, vencida su resistencia—. No me atrevía... Moragas es el peor de todos nosotros. Ni siquiera sé quién es o cómo es. Nunca le vi en persona.

—¿No? ¿Y no ha pensado que ese fantástico ser pudiera limitarse a una creación ingeniosa y teatral de nuestro inteligente amigo Alfred Kruger? —dijo Lane, dirigiéndose a la puerta.

No llegó a salir. Entonces hubo una dramática interrupción. Un teléfono de color crema que aparecía junto al lecho de Knox, sonó con estridencia en la noche. Lane se detuvo. Miró a Gladys, que estaba rígida. Y al editor, que se había quedado como de piedra.

—Coja ese teléfono, Knox —ordenó Lane, apuntándole con la automática—. ¡Vivo!

El hombre avanzó, tembloroso. Descolgó el teléfono y preguntó, torpemente:

—¿Diga? Sí, soy yo, Knox.

Escuchó unos segundos. Su rostro adquirió un color terroso y temblaron sus labios. Miró a Shelby como pidiendo auxilio. Lane

apretó los dientes, moviéndose hacia él.

—¿Quién es, Knox? —exigió, virulento—. ¡Vamos, no se calle!

—Es... Moragas —gimoteó el editor, hecho un guiñapo.

Lane le arrancó el receptor de las manos y preguntó ásperamente:

—¿Es Sammy Moragas?

Nadie respondió. Una respiración sibilante fue trasladada hasta su oído por el conducto metálico del aparato. Lane siguió, belicoso y decisivo:

—¡Oiga, fantasmón! ¡No le servirá de nada seguir haciendo de hombre invisible! ¡Sé que es Moragas, así que no cierre el pico! ¡Estoy sobre la pista, y le alcanzaré en breve!

—¿De veras? —rió una voz bronca, irreconocible, como si sonara a través de un paño puesto encima del receptor—. Es usted muy listo, Lane. Demasiado listo para seguir viviendo. Sin embargo, no me preocupa. Estoy muy lejos de su alcance. Carece de pruebas..., y yo, en cambio, tengo a cierta persona a quien usted aprecia mucho. ¿No lo sabía?

Shelby fruncía el ceño, tratando de pensar. ¿Qué voz le recordaba aquélla, sorda y ligeramente aguda? No era la primera vez que la oía, pero sí era distinto el timbre...

—¡Hilde! —musitó Lane, palideciendo y apretando el receptor con los dedos crispados.

—La misma —la voz volvió a reír, entre divertida y desafiante—. Los triunfos son míos, Lane. Sin embargo, aún podemos llegar a un acuerdo. No sabía que hubiera llegado tan lejos en sus investigaciones. La ruta termina en el «Embarcadero», y usted lo sabe, a estas horas, está cerrado. Pero yo estoy aquí ahora... con Hilde, su adorada amiguita.

—¿Cuál es su nueva cobardía ahora? —interrogó con furia Lane.

—Venga al Club dentro de una hora y lo sabrá.

—¿Y si no voy?

—Morirá ella..., como Happy, como Lucy, como su amigo Ascott y como hubiera muerto Travers, de no mediar la fortuna. Sólo hay un medio de salvarla: viniendo usted aquí.

—¿Para qué me asesinen con ella o para entregarme a la policía?

—Si es inteligente, acaso ninguna de las dos cosas, aún cabe un

arreglo entre nosotros. Recuerde que Hilde está aquí, en nuestro poder. Su vida responde de su visita dentro de una hora. Conviene que no falte. No le prometo nada, pero es su único medio de ayudarla. ¿Va a dejarla abandonada a su suerte, después de haberla metido en éste lío? Por si le interesa saberlo, desde que dejó de verla, a la puerta del hospital, hasta ahora, ha sufrido algunos daños serios, y sabemos de qué color es su sangre...

—¡Canallas! —rugió Lane estrujando el receptor con furia primitiva.

Al otro lado del mismo, la risita sorda de nuevo. Luego, colgaron. Lane, rabioso, se volvió hacia Knox y rugió entre dientes:

—¡Moragas tiene a Hilde y la ha torturado! ¡Voy a llamar a la policía, voy a entregarme para que a cambio de ello averigüen dónde se hizo esa llamada y arresten a esa pandilla! ¡Estoy harto de luchar! ¡Y hay que salvar a Hilde Murdock de todo esto!

—No haga eso, Shelby —le dijo Knox, abatido—. Es lo que ellos esperan. Tampoco debe ir al «Embarcadero». Le matarán, o le entregarán a la policía, atado de pies y manos...

—¿De veras? —Shelby miró pensativamente su automática. Luego, apretó la boca de tal modo que crujieron sus huesos, avanzó, como en sueños, hacia la puerta. Dijo, por encima del hombro, a la abatida pareja—: Pues a pesar de todo, voy a ir allí..., ahora mismo.

CAPÍTULO IX

Mientras conducía en la noche, el rostro de Shelby Lane era una máscara de furia sorda, violenta y contenida, ahora estaba atando muchos cabos sueltos, aún quería comprobar el último de ellos. Pero mientras tanto, daba rienda suelta a su imaginación, a la más aplastante de las lógicas.

El enemigo había desestimado su cerebro, adjudicándole demasiado valor como luchador pero muy escaso como hombre de mente rápida y aguda, acaso ése fue el único error de las personas con quienes se estaba enfrentando en un mortal duelo contra reloj, mientras el «Cadillac» de Carol Travers le conducía a través de un San Francisco neblinoso y húmedo, tal vez al último capítulo de aquella alucinante aventura entre crímenes, sangre y falsedad.

Le habían bastado pocos detalles para enfocar el caso en su verdadera dimensión: el simple modo de sonar una voz, pese a su disimulado tono, unas palabras..., y varios cabos sueltos que, estúpidamente, dejara pasar de largo durante aquella noche de pesadilla.

Finalmente, se detuvo ante el *Graphic Sports*, la publicación deportiva mensual. Entró pidiendo al soñoliento conserje ver el archivo durante breves momentos. El empleado observó que para eso estaban las horas del día. Pero un billete de diez dólares cambió sorprendentemente sus ideas al respecto. La franqueó sin chistar la entrada al archivo, oscuro y abandonado, recomendándole prontitud en su tarea. Lane así lo prometió. Y se quedó solo, rodeado de altas estanterías repletas de libros con los ejemplares de la publicación encuadernada por años.

Lane leyó rápidamente las líneas de libros. Sabía lo que tenía que buscar y no esperaba perder mucho tiempo allí. Miró una mesa,

con algunos pliegos de papel dispuestos en bloc, con el membrete del periódico y su sección, para los curiosos que tuvieran algo que anotar. Igual papel que aquél en que escribiera su «manager», Happy, antes de morir.

Extrajo un grueso ejemplar, de varios años atrás. Traía la historia lamentable del encarcelamiento del campeón local, Shelby Lane, acusado de tráfico de drogas. Y en otra sección del mismo año, la noticia que él esperaba leer. La repasó, casi con la misma voracidad que si tuviera ante sí la razón, la clave de aquella incógnita sangrienta. Y en realidad, era así.

Salió del archivo, caminando hacia la calle como un autómata, de modo que era aquello lo que Happy buscó la mañana de su llegada a San Francisco. Entonces, con un arma poderosa contra la gente a quien pretendía combatir, para no enfangarse más, acudió al piso de Lucy Lee. Le contó todo a ella. Y Lucy le apoyó, porque deseaba que Happy dejara el peligroso asunto del dinero falso. Pero *ellos* sabían ya sus propósitos y el lugar donde se escondía. Le mataron, antes de que pudiera decir a nadie lo que sabía, antes de hundir al dirigente siniestro de aquel negocio.

Tomó el teléfono, junto al adormilado conserje, y marcó un número que aún recordaba: el de la Oficina Federal en San Francisco. Una voz interrogó:

—Aquí el FBI. ¿Quién llama?

—Shelby Lane —informó fríamente el joven.

—¿Eh? —aulló una voz, al otro extremo.

—No se esfuerce en localizar el número desde donde llamo —rió Lane—. Cuando lleguen, ya no estaré aquí. Busquen al teniente Gargan, de la policía metropolitana. Y al sargento Müller. Tengo una deuda con ellos. Y también díganle de mi parte al agente especial de su oficina, Ellis Wallace, que Lane le ha llamado. Dentro de media hora quiero que estén en un lugar determinado. Con todas las precauciones. Les podré entregar, si la suerte me ayuda, a los culpables de todo lo que a mí ha sido achacado... incluso hace años.

Añadió una dirección concreta. Luego, completó, irónico:

—Ahora, voy a recibir el amoroso besó de la mujer más delgada del mundo. ¿Sabe quién?

—No... —balbució, sorprendido, el federal.

—La Muerte, amigo mío, la Muerte...

Y después, colgó el aparato, ante el asombro del conserje del *Graphic Sports*.

Cuando salió a la calle volvía a lloviznar pertinazmente. El agua parecía llenar de finas agujas heladas la niebla que envolvía la ciudad. Lane experimentó un temblor. Pensaba en el frío beso de la Dama a quien iba a desafiar en breve. Una Dama implacable y ávida con sus enamorados..., que jamás soltaba su presa.

Pero Shelby sabía que el beso de la Muerte era el precio de la victoria..., y de la vida de Hilde Murdock.

* * *

Shelby se apoyó cansadamente en la jamba de la puerta, después de pulsar el timbre. Luego, esperó, al abrirse la puerta, momentos después, todo lo que permitía la cadena, el rostro soñoliento de Carol le miró con infinito asombro.

—¡Lane! ¿Qué hace aquí a estas horas?

—Busco un rincón, amigo, donde esperar una cita —dijo Shelby con un susurro—. La cita con la Muerte.

—¡Dios mío, no diga cosas así! —Se apartó, quitó la cadena y dejó franco el paso al cansado boxeador—. Ya he pasado bastante temor esta noche, para oír palabras horribles, como esa que usted ha dicho, Lane. Me han herido gravemente a Bill, me han robado el coche, y...

—Ese fui yo —rió Shelby.

—¿Usted? —Ella abrió la boca, con estupor—. Pero ¿por qué?

—Los policías descubrieron que era yo. Hilde Murdock y su «Hudson» desaparecieron... ¿Qué otra cosa iba a hacer? Lo siento de veras, Carol. Lo tiene abajo, aparcado. He vuelto sobre todo para eso. También quiero saber si Bill salió bien de todo.

—Por el momento, sí —sonrió débilmente ella—. Saldrá mañana o pasado del hospital, y yo le cuidaré aquí. Hemos tenido suerte, en medio de todo. Pero, Lane, ¿qué es lo que hace usted todavía, danzando por la ciudad? Está agotado, pálido y vencido... Tiene que descansar.

—Estoy deshecho, Carol, pero no vencido —le rectificó Shelby, sentándose pesadamente en una butaca del *living*—. No lo estaré hasta que haya muerto o me encuentre en una mazmorra.

—¿Y cuánto tiempo puede estar ocultándose, Lane? —le interrogó Carol.

—Muy poco ya —rió Shelby huecamente—. Pero ha terminado el juego. Ya no me oculto. Voy a ir por mis propios pasos hasta el final de la aventura. ¿Sabe dónde está ese final?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Es verdad —suspiró él, reclinando la cabeza y mirando al limpio techo hogareño—. Usted, Carol, y el bueno de Bill, están demasiado lejos de todas esas torvas intrigas que yo he vivido durante tantas horas, sin reposo ni tregua. Si supiera la podredumbre y el fango que he llegado a descubrir..., afortunadamente, no todo el mundo es igual, aquí, en su casa, uno se siente mejor y más sereno.

—Celebro que piense así, Lane —sonrió ella con dulzura—. ¿Quiere dormir?

—No, gracias. Creo que no podría ya despertarme en muchas horas si cediera al sueño. Prefiero que me prepare café, si no la molesto. Como le dije, tengo una cita con la Muerte.

—Creí que bromeaba —se estremeció ella.

—Ya ha pasado la hora de bromear. La Muerte que ha rondado tanto, que alguna vez hemos de encontrarnos ella y yo cara a cara. No rehuiré su beso, a veces, morir es triunfar. Si mi final sirve para vencer al Mal, será un hermoso sacrificio, ¿no cree, Carol?

—No puedo comprender todas esas palabras atroces que usted dice hoy —se asustó ella—. Pero descanse tranquilo. Voy a prepararle el café, Lane.

—Gracias, Carol.

Se quedó allí, con la vista perdida en el techo, inmóvil y abatido. Poco a poco, entornó los párpados, así le encontró Carol cuando regresó de la cocina, un cuarto de hora después con una gran taza de humeante café.

Lane reaccionó perezosamente, al olor del brebaje. Sonrió, al tomar la taza.

—Eso reanimaría incluso a mi cadáver —bromeó macabramente—. ¿Puede completar su generosidad con una copa de algún licor? Siento el estómago como si estuviera Heno de escarcha...

—Con el café le pasará; no obstante, puedo traerle un buen licor... —le retiró, al volver, de la taza de Shelby apenas quedaba la

octava parte, un fondo insignificante, que el joven dejó, con un suspiro, sobre la mesita cercana, tomando la copa de manos de Carol.

—Gracias. El café estaba exquisito, amargo, como a mí me gusta, pero excelente...

—Beba ahora eso, y se sentirá mejor —sonrió ella.

Shelby iba a probar la copita de ambarino licor, cuando de pronto se irguió, mirando hacia la puerta del cuarto situado frente a él.

—¿Ha oído? —murmuró—. Ha sonado un ruido ahí dentro...

—¿Un... ruido? —Carol habló con un hilo de voz. Luego, miró aprensivamente a la puerta—. No, no..., creo. Es... es el cuarto de los trastos viejos.

—Pues algo ha sonado dentro de él —sostuvo Lane—. Vamos a ver...

Había extraído su automática y avanzaba ya hacia la puerta. Carol, muy pálida, musitó:

—¡No! ¡No haga eso! Si..., si hay alguien... pueden hacerle algún mal, avisemos a la policía...

—No me conviene a mí, Carol, recuerde mi actual situación —rió entre dientes él—. Es mejor que comprobemos nosotros lo que ocurre. ¿Está usted sola?

—Claro que sí —ella respiró hondo, mirando alrededor con cierto miedo.

—De todos modos... miraré... —Tiró hacia sí de la puerta. Carol miró al interior, con ojos desorbitados. Pero no había nadie. Sólo bártulos, ropas y objetos en descuidado montón. Lane rió—. Bueno, creo que empiezo a oír fantasías. No me iría mal dormir. Siento sueño ahora... Más sueño que cuando entré...

Se sentó de nuevo en la butaca. Carol le miraba, preocupadamente. El rostro de Shelby estaba bañado en sudor, y su automática en la mano. Pero los dedos la dejaron resbalar, y el arma rodó sobre la alfombra.

—Tengo... mucho sueño, Carol... —Hundió la cabeza, con ojos enturbiados—. Dígame a Bill que..., que...

Pero no terminó. Se había dormido mucho antes de poder ligar las ideas. Carol le miró, preocupada. Se inclinó, recogiendo la automática. Luego, se movió hacia la puerta del «placcard» y la abrió. Extrajo un envoltorio ligado con dos bandas de goma

elástica. Era forma cuadrada y similar a un libro en su grueso. Lo depositó junto a Lane. Luego, movió el gatillo del arma y acercó la automática a la sien de Shelby.

Su rostro ya no era aquel apacible y tranquilo que Lane conociera durante meses y años. Era una mujer implacable, la Muerte misma, a punto de dar su beso mortal a Shelby Lane...

* * *

El arma produjo un seco sonido metálico, un clic sordo, nada similar a un disparo. Y no sucedió nada. Carol Travers miró el arma que empuñaba, con sorpresa. Iba a comprobar su carga, cuando una voz burlona, musitó, cerca de ella:

—No tiene balas, Carol. Ni una sola. ¿Te ha fallado el golpe de gracia, verdad?

Carol miró, atónita, a Shelby Lane, despejado y sonriente, erguido en la butaca.

—¡Lane! Creí que estabas... dormido...

—Y disparaste el arma contra mi sien, ¿verdad? Muy angelical...

—Shelby le arrebató el arma y la arrojó a un lado. Luego extrajo del bolsillo otra arma. Una automática empavonada, de cachas de nácar y calibre 38. Carol la miró, atónita. —Ésta no hubiera fallado, Carol. Está cargada y es la tuya. Hiciste mal en dejarla en tu coche después de disparar contra Fred y tu marido. Un grave error... que supone la silla eléctrica para los dos. Has tenido mal fina, Carol. Y Bill no lo tendrá mejor.

—¿Estás loco, Lane? —Ella retrocedió dos pasos con asombro—. No entiendo nada...

—¿No? —Se inclinó con rapidez, sin dejar de encañonarla, y tomó el envoltorio de las tiras de goma—. Esto es lo que Hilde echó en falta. Bill debió de imaginarse enseguida dónde estaban las pruebas acumuladas contra él por Happy. Y entró en su piso, llevándoselas, ahora, iban a servir para condenarme a mí, ante la policía. El culpable se suicida, con las pruebas de su culpabilidad en las manos. ¿Qué son? ¿Las planchas de los billetes de cinco y diez dólares?

Rió al ver la expresión torcida de Carol. Ella enmudeció ante el cúmulo de acusaciones de Lane. Ya no quería fingir. Pero replicó

vivamente:

—¿Cree que va a convencer al FBI de esa absurda teoría? Bill y yo no tenemos nada que ver en todo esto, todos lo saben.

—Seguro que cambiarán de idea cuando lean el *Graphic Sports* de hace algunos años. Entonces sabrán que Bill fue interrogado como sospechoso en el célebre tráfico de drogas de entonces. Y que él dispuso que yo fuera el presunto culpable. Igual que ahora, cuando Happy trató de echarse atrás en el negocio, y Bill decidió su muerte. Primero dispuso que el propio Happy se indispusiera conmigo, así, cuando Winslow muriese, sería Shelby Lane, un hombre ya condenado por un delito federal años atrás, quien pagara la culpa. Un buen proyecto, que hubiera salido bien de ir yo a encontrarme con Bill en lugar de Ascott. Me hubieseis matado, y allí hubiera terminado la historia. «Lane, muerto por sus cómplices». Buen titular para la Prensa... Pero a mí no me gustó. Y elegí otro: «Shelby Lane desenmascara a Carol y Bill Travers, el dúo de asesinos enmascarados bajo el nombre de Sammy Moragas». ¿No suena mejor?

—Eso es disparatado y absurdo. Nadie podría creerlo.

—Es posible que no. Pero pronto se os va a derrumbar todo el edificio, y no servirá de nada lo que se crea o no, si hay pruebas contra vosotros. Por cierto, Carol, tengo algo que entregarte también, algo que siempre creí que pertenecía a Lucy, y resultó ser tuyo. ¡Toma!

Arrojó al suelo un par de pendientes, ambos de herradura. Carol, fascinada, los miró.

El color huyó de su rostro con rapidez.

—Son tuyos, ¿verdad? No lo niegues. Creí en principio que serían de Lucy Lee. Pero cometí un error. Lucy encontró tus pendientes, cuando los perdiste al visitar a Happy en el piso de Lucy, mientras tu marido me llevaba a mí al local de Freeman, sólo para perder tiempo. Si él sabía lo de Lucy y Happy, ¿a qué perder tiempo en pedir datos a Freeman? Era que tú lo necesitabas para ir a terminar con Winslow. Él sospechaba que Bill era el verdadero «Sammy Moragas», el fantástico personaje ideado por vosotros para dirigir con Kruger y Knox el tráfico de moneda falsa, una vez perdido hace años el de las drogas. Pero Winslow no te creyó nunca mezclado en ello. Engañas mucho con tu aire angelical, Carol.

Mataste a Happy, y perdiste tus pendientes. Que Lucy reconoció acto seguido. He observado que cierran mal, y en la violencia de la escena con Winslow, que acaso se resistió, se te cayeron sin tiempo para recuperarlos. Lucy los recogió, pero al llegar vuestro pistolero, Moss también se precipitó y perdió uno, que yo encontré.

»Lucy cometió el error de venir a comprobar si era tuyo. Era fácil comprobarlo —y con un gesto irónico, Shelby señaló la fotografía que presidía el saloncito. Era de Carol. En ella lucía los pendientes famosos—. Pero tú lo advertiste y la hiciste seguir. O acaso la seguiste tú, matándola cuando Hilde Murdock se fue dejándola sola en el piso. Temías que Hilde supiera la verdad por ella, pero era un riesgo que tenías que correr. Te salió bien. Informaste a Bill de todo, y al saber que yo andaba sobre la pista, y no me dejaba cazar, Bill resolvió eliminarme. Mi cita con él era una gran oportunidad. Tú dispararías desde un coche, el tuyo propio, que se ajusta a su descripción del vehículo criminal, procurando herirle ligeramente a él, para alejar sospechas. Eres buena tiradora, pero te falló el tiro. Y casi liquidas a Bill, como lo hiciste con el pobre Fred, bien ajeno a su horrible suerte.

»Comprendí todo esto cuando medité: ¿quién sabía que yo iba en busca de Winslow y se anticipó, matando al pobre Happy y atacándome por medio de Moss, para que la policía me hallase en el lugar del crimen, culpándome de él? ¿Quién sabía que yo iba a Fishermans a reunirme con Bill, sino vosotros mismos? ¿Y quién, por fin, pudo decir al sargento Müller, al irme yo del Hospital, que era Shelby Lane, telefoneando a la enfermera de abajo para que me entretuviese mientras ellos bajaban? ¡Sólo vosotros, Bill o tú! Esta noche, cuando llamaste a Knox, reconocí tu voz por el teléfono, a pesar del disfraz, a pesar de todo, tu modo de llamarme “Lane” me dio la pista. Primero me dije que era imposible. Luego recapacité, registré tu coche, hallando el arma donde faltaban las balas que mataron a Fred e hirieron a Bill, encontré en el *Graphic* el relato, ya olvidado, de las sospechas sobre Bill en el tráfico de drogas donde se me culpó injustamente a mí. Ya entonces, Bill Travers era un oscuro agente pugilista, con ambiciones de poder. Lo que no logró con su trabajo, lo obtuvo con el contrabando. Y ahora, siendo demasiado arriesgado repetir el juego de las drogas, planeasteis el tráfico de moneda falsa. Culpándome también a mí, tras provocar

mi resentí miento contra Happy por lo que yo creía su traición personal.

»Esa moneda, fabricada por dos desaprensivos granujas, Alfred Kruger y Hal Knox, era repartida por vosotros, utilizando para ello a hombres como Winslow, con fama de honrados y demasiado apurados monetariamente para serlo realmente. El boxeo, con sus largas giras por los estados, era buen medio de extender los billetes, de poco valor para hacer más impune la falsificación. Pero cometiste otro error al no quitarle a Winslow los que llevaba en el bolsillo. Ésos pusieron sobre la pista a los federales.

»Claro que las planchas, robadas por Winslow en el club antes de salir de gira conmigo, habían quedado en poder de su sobrina Hilde, pero Bill lo receló, arrebatándoselas de allí, ahora, como el negocio boyante de la moneda falsa se ha ido al agua, me ibais a dejar, junto a mi cadáver, el paquete con las planchas. Toda una confesión antes del suicidio, ¿no es cierto? Pero yo imaginé que tu café contenía algo para adormecerme y entregarme sin defensa posible en manos de la policía, y ni siquiera lo he probado. ¿Crees que no venía a tu casa seguro de encontrar a una mujer sin escrúpulos y sin conciencia, a la mitad de la firma “Sammy Moragas”, el asesino de Winslow, Lucy Lee y Fred Ascott?

—Tu cerebro es más agudo de lo que imaginé nunca, Lane —dijo ella, serena—. ¿Por qué no acudiste al «Embarcadero», como te dije por teléfono?

—Porque no era posible que el club estuviera sin policías. Yo mismo provoqué la caída del dinero falso, de un cajón que lo contenía. Es seguro que los policías tuvieron que verlo. Y a estas horas Moss, sus sicarios y el propio Kruger, estarán encerrados. Por suerte para vosotros. Porque Kruger en libertad, sería un peligro. Cuando haya sabido que matasteis a su hermana, hubiera dado años de vida por teneros en sus manos, aunque sin duda ignora la identidad de «Moragas», así que tu cita era una celada..., y preferí celebrarla aquí, en tu propio cubil, Carol Travers...

—Has sido muy listo, ¿no es cierto?

—Mucho. Incluso miré en el cuarto de los trastos viejos creyendo que tendría ahí a Hilde. Pero ella no está allí. Ha de estar, pues, en otra habitación. Y ahora que recuerdo, tú no pudiste secuestrarla. Estabas en el hospital cuando ella desapareció. ¿Cómo

lo hiciste, para...?

—Fui yo, amiguito, quien lo hizo —dijo una voz a sus espaldas. Shelby no se movió. Reconoció el tono duro y áspero de Moss Garfield, el boxeador—. Suelte su juguete, o le coso a balazos.

Lane obedeció. Carol, con el rostro hecho una pálida máscara de sadismo, se lo arrebató.

Un cuerpo metálico se hundió en su espalda, empujándole. La respiración sibilante y animal de Moss le rozaba el cuello desagradablemente, como el aliento de un tigre.

—Bueno, amiguito, las tornas se han cambiado, ¿eh? —rió Carol, mirándole con furia—. El inteligente boxeador que quiso olvidarse de sus músculos para usar el cerebro, olvidó que la sociedad «Sammy Moragas», nuestro querido, inefable e imaginario «Sammy Moragas», podía ser de tres y no de dos. Moss es nuestro tercer hombre, el personaje que se dejaba ver y procuraba que no nos viesan nunca a nosotros. Es un bruto, pero a veces resulta adorable. Mucho más que el propio Bill...

Shelby sintió náuseas ante aquella sugerencia, de modo que a la dulce Carol, a la mujer de espíritu sanguinario cruel, satisfacía más la brutalidad sádica de Moss que el cariño de su propio esposo, tan duro y despiadado como ella, pero más cerebral que aquel trozo de carne dotado de una animalidad repulsiva. Era nauseabundo y deleznable, como toda la odiosa historia...

—Y tú y tu adorado Moss vais a silenciar ahora la boca peligrosa, ¿no es cierto?

—Sería muy arriesgado no hacerlo —rió Moss—. Te he oído todo, «cerebro». Tus explicaciones podían convencer a un policía calenturiento y vernos en un aprieto. Será mejor terminar... con los dos, andando, amiguito.

Tuvo que caminar hacia la alcoba de Carol. Cruzó el cuarto, que olía a aroma de jazmines. Se llamó estúpido a sí mismo. El olor del departamento de Lucy... pero nunca fue un perfume de Lucy. Eso explicaba que no lo sintiera al tocar su cadáver...

La puerta de un pequeño y coqueto cuarto de baño embaldosado de azul se ofreció ante él, Y dentro de la bañera, ligada con fuertes correas, estaba ella: Hilde Murdock.

Semidesmayada, mirándole con ojos mortecinos, con la sangre de varias heridas reseca sobre el delicado rostro, con los cabellos

húmedos y la blusa totalmente rasgada ofreciendo la visión morena de su piel, hendida por los surcos rojos de varios trallazos brutales. El espectáculo sádico se repetía en sus piernas, con destrozadas medias.

Ante la visión, Lane perdió el control de sí mismo, que no le había abandonado durante los últimos momentos de aquella cita final con la Muerte, en casa de Bill Travers. Se revolió contra Moss y contra Carol como una fiera salvaje. El disparo le fue hecho a bocajarro y experimentó un fuego perforante y vivísimo en su cuerpo. Pero la herida de la pistola de Moss no bastó a detenerle. El balazo de Carol, también centrado en él, salió desviado y rozó su trinchera junto al hombro.

Shelby cayó sobre la mole enorme de Moss Garfield y le hundió el puño en el rostro. El bruto rugió de cólera. Vivamente, sin atender a su herida ni al dolor que le producía, Shelby machacó implacablemente el rostro del «guardaespaldas», al mismo tiempo le retorció la muñeca, tratando de arrancarle el arma.

Carol Travers acercó su automática a él, para volarle los sesos. Lane le cabeceó con tal rabia, que el cuerpo de la mujer saltó atrás, perdiendo la pistola, y golpeó el muro de mosaicos. Un estruendo formidable siguió a la caída, al dispararse de nuevo el arma de Moss, en el salvaje forcejeo de ambos hombres.

Lane, sin soltar su muñeca, volvió a golpearle el rostro viendo con satisfacción el surtidor de sangre que brotó de la rota nariz del expugilista. Implacablemente siguió abatiendo el puño una y otra vez. Su pegada y su potencia eran mayores que las de Moss. Pero empezaba a sentir el calor viscoso de algo que le corría por la trinchera y el traje, y la falta de fuerzas en sus manos poderosas.

Angustiado, vio que Carol trataba de rehacerse, para recuperar su arma y rematar allí mismo a Lane. Pugnó por tomar la automática de la mujer y lo logró, a costa de vivos esfuerzos. Se revolió, cuando Carol ya venía sobre él. Disparó.

La bala del 38 alcanzó a la mujer de Travers en el vientre. La vio detenerse, con estupor infinito, estupor que se trocó lentamente en angustia, en dolor. Luego, sus manos femeninas se posaron sobre el orificio de la bala y se apartaron bañadas en sangre. Finalmente se derrumbó de bruces al lado de Moss que, duro como un toro, resistía aún sin perder el conocimiento.

En cambio, Lane no podía más. La herida dolía ahora mucho, era cerca de su estómago, y los ojos se le nublaban. Soltó a Moss y se sintió ahora dominado por el reanimado luchador. Una sacudida violenta le mandó contra la bañera. La amordazada Hilde balbució algo bajo la tela que cubría su boca y se revolvió en el cubículo de blanca loza.

Moss abatióse sobre Shelby, un simple guñapo ensangrentado, fácil blanco de todo ataque, vencido finalmente por la adversidad. El salvaje sicario de los Travers alzó su mano armada del revólver. Lane cerró los ojos. Iba a destrozarle los sesos a martillazos..., y él no podía defenderse siquiera. Ni defender a Hilde. Balbució, con la Muerte, descarnada y burlona, erguida ante él:

—Lo siento... Hilde... Te amo... te...

Bajó el brazo de aquella bestia humana, convertida en una máquina de matar. Y resonó un disparo. Uno, dos, cinco, diez, veinte acaso.

Al otro lado de la ventana esmerilada del baño, desde la plataforma de la escalera de incendios, crepitó una ametralladora, barriendo a Moss Garfield como si fuera un trapo. Los proyectiles, en enjambre, hurgaron su corpachón, le lanzaron materialmente a varias yardas de distancia de Shelby Lane.

Y allí, convertido en una pulpa informe desde la cabeza hasta la cintura, se quedó inmóvil, quieto para siempre, mientras hombres con uniforme azul y agentes federales con armas automáticas en las manos invadían en legión el piso de los Travers, corriendo en liberación de Hilde y tratando de salvar al inerte Shelby Lane...

—¡Pronto, salvadle! —ordenó roncamente el agente especial Wallace—. ¡Ese muchacho vale su peso en oro! ¡Y pensar que yo le tuve por culpable desde que entró aquella vez en prisión...! A esa mujer reanimadla también, si es posible. Tiene que ir a la silla eléctrica...

—Vivirá —aseveró el agente, inclinándose sobre Carol Travers— si la llevamos rápidamente a un hospital. El disparo ha sido certero, señor.

—Andando, entonces. Que vaya a hacer compañía a su marido. Juntos irán a la cámara de muerte. Si hay alguien en el mundo que lo merezca, son esos dos canallas. Y gracias a Dios que creí en el informe de ese muchacho.

Luego, acercándose a Hilde, le preguntó con interés:

—¿Se encuentra bien, señorita?

Hilde, medio llorosa medio riendo, asintió. Luego lanzóse sobre Shelby, que seguía inconsciente, y gimió desconsoladamente:

—¡Shelby, amor mío! ¡Cariño, tienes que vivir! ¡Tienes que vivir para mí! ¡Yo también te amo...!

CAPÍTULO X

—No volveré al boxeo —aseguró Lane, convaleciente de su herida, mirando calculadoramente a los federativos deportivos que le visitaban.

—¡Pero, Lane, es una locura! ¡Después de su aventura, los periódicos de todo el país le han hecho la más fabulosa de las propagandas, completamente gratis! ¡Los públicos rugirían cuando Shelby Lane el excampeón, apareciese de nuevo en los «rings», dispuesto a repetir sus hazañas!

—Es lo más deleznable y horrendo que oí jamás —se estremeció Shelby—. Una cosa es aporrear asesinos por el mundo, y otra meterse en un cuadrilátero, a pelear contra otro hombre que no nos ha hecho mal alguno.

—¡Pero es el boxeo, Lane! —arguyó el preparador pugilístico más famoso del oeste de los Estados Unidos, Philip Marsten—. Y usted ha vivido años enteros dentro de él...

—Ya lo sé, no me lo recuerde —le atajó secamente Lane—. ¿Y qué saqué con ello? ¡Nada! ¡Al primer error se me echó como a un perro, se me culpó de todo lo más atroz y perdí toda clase de amigos! Únicamente tuve uno leal, un amigo fiel, cobardemente asesinado después. Pero con él casi he pagado mi deuda. Vengué su muerte. Sus asesinos han sido condenados a la última pena por un tribunal federal. Sin embargo, aún he de vengarme yo.

—Lane, no sea rencoroso —suplicó un federativo.

—No lo soy —sonrió él—. Puedo olvidar, y olvido. Olvido el boxeo, les olvido a ustedes y olvido su falta de confianza en mí. Si ahora me voy para siempre del deporte, es para casarme. Con la mujer más hermosa y abnegada del mundo...

Miró largamente a la morena muchacha sentada junto a él, en el

luminoso cuarto de la clínica donde se reponía rápidamente de su grave herida de aquella noche, cuando la oportuna llegada del FBI, atendiendo su aviso telefónico, le salvó de morir. Hilde Murdock apretó su mano con fuerza, en muda respuesta a su elogio, y le sonrió como solo aquella criatura podía hacerlo, una vez pasadas todas las nubes oscuras de la pesadilla sufrida.

—Shelby, éste es el momento de elegir tu senda en la vida —sonrió ella—. Nuestra senda. No me importará si deseas volver a tu profesión. Me casaré igualmente contigo...

—No sabes lo que dices —rió Lane—. Nunca serás la esposa de un boxeador. Mi época ha pasado. Y hay en el mundo mil oficios duraderos y fieles que este que ha quedado ahora atrás. Ya tuvimos golpes suficientes. Tú sobre todo, pequeña, aquellos monstruos te dañaron a conciencia. Y todo por arrancarte informes sobre lo que yo pudiera conocer...

Luego se volvió hacia los visitantes.

—¿Se han dado cuenta, amigos? —dijo—. Sin rencor. Pero no vuelvo al boxeo, aquello ha terminado.

—Entonces, Lane..., ¿es éste el último capítulo de la historia de un boxeador?

—Sí. Y el primero en la historia de un hombre nuevo: Shelby Lane, el hombre más feliz de la tierra. El hombre en quien confió una mujer, a los pocos minutos de conocerle...

Y sin respeto alguno para sus visitantes, buscó el rostro de Hilde. Ella también buscaba el suyo. Se besaron, acaso porque el capítulo final de la historia era muy breve, lo hicieron largamente.

El beso de Hilde era mucho más dulce y cálido que aquel que la Muerte había llegado a darle, rozando con su helado soplo los labios de Shelby Lane.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: *No dispare contra mí* (José María Nunes, 1961); *Nuestro agente en Casablanca* (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del ISBN aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.